
ΕΙΣ ΦΑΟΣ

HISTORIA
DE LA FLORIDA

POR EL INCA

GARCILASO DE LA VEGA.

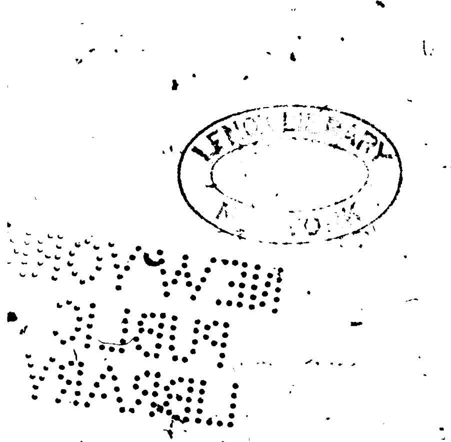
NUEVA EDICION.

TOMO II.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1803.


LENOX LIBRARY



HISTORIA DE LA FLORIDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Gobernador pasa á Osachile. Cuentase el modo con que los Indios de la Florida fundan sus pueblos.

Despues de la batalla digna de risa que hemos contado en el último capítulo del tom. 1.º aunque sangrienta y cruel para los pobres Indios, estuvo el Gobernador quatro dias en el pueblo de Vitachuco, reparando el daño que él y los suyos habian recibido: al quinto dia salieron en demanda de otra provincia que está cerca de aquella, llamada Osachile. Caminaron el primer dia quatro leguas, y alojaronse á la ribera de un

gran rio que divide los términos de estas dos provincias. Para lo pasar era necesario hacer otra puente como la que se hizo en el rio de Ochile, porque no se podia vadear.

Teniendo los Castellanos la tablazon hecha para echarla en el agua, acudieron los Indios de la otra parte á defender la obra y el paso. Los Christianos, dexando la fábrica de la puente, hicieron seis balsas grandes en que pasaron cien hombres entre ballesteros y arcabuceros, y cincuenta caballeros armados, que llevaron las sillas de los caballos en las balsas.

Quando estos hubieron tomado tierra, el Gobernador, que aunque emplastado el rostro se hallaba presente á todo, mandó echar al rio cincuenta caballos, que pasaron á nado.

Los Españoles que estaban de la otra parte, habiéndolos recibido y en-

sillado, con toda diligencia salieron al llano. Los Indios, viendo caballos en tierra limpia de monte, desampararon el puesto, y dexaron los Christianos libres para hacer su puente, la qual echaron al rio, y con la diligencia acostumbrada la acabaron en dia y medio.

El exército pasó el rio. Caminó dos leguas de tierra sin monte, y al fin de ellas halló grandes sementeras de maiz, frisol y calabaza, de la que en España llaman romana. Con las sementeras empezaba la poblacion de casas, derramadas y apartadas unas de otras sin orden de pueblo, y estas iban por espacio de quatro leguas hasta el pueblo principal llamado Osachile, el qual era de doscientas casas grandes y buenas, y era asiento y corte del curaca y Señor de aquella tierra, y habia el mismo nombre Osachile.

Los Indios que por las dos le-

guas de tierra limpia y rasa no habian osado esperar á los Españoles, luego que los vieron entre los sembrados, revolviendo sobre ellos, y encubriéndose con los maizales, les echaron muchas flechas, acometiéndolos por todas partes, sin perder tiempo, lugar y ocasion dó quiera que se les ofrecia para les poder hacer daño, con lo qual hirieron muchos Castellanos: mas tampoco se iban los Indios alabando, porque los Christianos, reconociendo la desvergüenza y corage rabioso que los infieles traian por los matar ó herir, en topándolos al descubierto los alanceaban sin perdonar alguno, que muy poços tomaron á prision. Asi anduvo el juego riguroso en las quatro leguas de los sembrados, con pérdida yá de unos, yá de otros, como siempre suele acaecer en la guerra. Del pueblo de Vitachuco, al de Osachile hay diez leguas de

tierra llana y apacible.

Los Españoles hallaron el pueblo de Osachile desamparado, que el Curaca y sus Indios se habian ido á los montes. El Gobernador le envió luego mensageros de los pocos Indios que en su tierra prendieron, convidándole con la paz y amistad. Mas el curaca Osachile, ni salió, ni respondió á los recaudos, ni volvió Indio alguno que los hubiese llevado, debió ser por el poco tiempo que los Christianos estuvieron en su pueblo, que no fueron mas de dos dias. En los quales, poniéndose los Españoles en emboscadas, prendieron muchos Indios para servirse de ellos. Despues de rendidos eran domésticos y de buen servicio, aunque con las armas en las manos se habian mostrado feroces.

Por el poco tiempo que los Españoles estuvieron en esta provincia, y por ser ella pequeña, aunque

bien poblada de gente, y abastada de comida, acaecieron pocos casos que contar mas de los que se han dicho; por lo qual será razon, porque no salgamos tan presto de ella, describamos el sitio, traza y manera de este pueblo Osachile, para que por él se vea el asiento y forma de los demás pueblos de este gran Reyno, llamado la Florida, porque como toda su tierra sea casi de una misma suerte y calidad, llana, y con muchos rios que corren por ella, así todos sus naturales pueblan, visten, comen y beben casi de una misma manera, y aun en su gentilidad, en sus ídolos, ritos y ceremonias, que tienen pocas, y en sus armas, condicion y ferocidad, difieren poco ó nada unos de otros, de donde visto un pueblo los habremos visto casi todos, y no será menester pintarlos en particular, sino se ofreciere alguno tan diferente que sea

forzoso hacer de por sí relacion de él.

Para lo qual es de saber, que los Indios de la Florida siempre procuraron poblar en alto, siquiera las casas de los Caciques y Señores quando no podian todo el pueblo. Y porque toda la tierra es muy llana, y pocas veces hallan sitio alto que tenga las demas comodidades útiles y necesarias para poblar, lo hacen á fuerza de sus brazos, que amontonando grandísima cantidad de tierra la ván pisando fuertemente, levantandola en forma de cerro, de dos y tres picas en alto, y encima hacen un llano capaz de diez, doce, quince ó veinte casas para morada del Señor, de su familia y gente de servicio, conforme á su posibilidad y grandeza del estado. En lo llano, al pie del cerro, natural ó artificial, hacen una plaza quadrada, segun el tamaño del pueblo que se ha de po-

blar : al derredor de ella hacen los más nobles y principales sus casas, y luego la demas gente comun las suyas : procuran no alejarse del cerro donde está la casa del Señor, antes trabajan de cercarle con las suyas.

Para subir á la casa del Curaca hacen calles derechas por el cerro arriba, dos, tres ó mas, como son menester, de quince ó veinte pies de ancho. Por paredes de estas calles hincan gruesos maderos, que ván juntos unos de otros, y entran en tierra mas de un estado. Por escalones atraviesan otros maderos no menos gruesos que los que sirven de paredes, y los travan unos con otros. Estos maderos que sirven de escalones son labrados de todas quatro partes, porque la subida sea mas llana. Las gradas distan una de otra quatro, seis ú ocho pies, segun que es la disposicion y aspereza del

cerro, mas ó menos alto. Por ella subian y baxaban los caballos facilmente, porque eran anchas. Todo lo demás del cerro fuera de las escaleras lo cortan en forma de pared, de manera que no puedan subir por él, porque de esta suerte queda la casa del Señor mas fortalecida. De esta forma y traza tenia Osachile su pueblo y casa, la qual desamparó por parecerle mas fuerte el monte, donde se estuvo sin querer aceptar la amistad de los Españoles, ni responder á sus mensages.

CAPITULO II.

Llegan los Españoles á la famosa provincia de Apalache: resistencia que hicieron los Indios.

El Gobernador y sus Capitanes, habiendo sabido en el pueblo de Osachile, que la provincia de Apalache, de quien habian oido tantos loores y grandezas, así de la abundancia y fertilidad de la tierra, como de los hechos en armas, y bravosidades de la gente, estaba ya cerca, con cuya ferocidad y valentia tantas amenazas les habian hecho los Indios por el camino, diciéndoles que los de Apalache los habian de asaetear, desquartizar, quemar y destruir, deseando verla yá, é invernar en ella si fuese tan fértil como decian, no quisieron parar en Osachile mas de dos dias. A fin de ellos salieron del pueblo, y en otros

tres caminaron sin contradicion alguna doce leguas de despoblado, que hay en medio de las dos provincias, y á las doce del quarto dia llegaron á una cienega muy grande y mala de pasar, porque solamente de agua, sin el monte que de una parte y otra habia, tenia media legua de ancho, y de largo era como un rio. A las orillas de la cienega, fuera del agua, habia un monte de mucha arboleda, gruesa y alta, con mucha maleza de zarzas, y otro monte baxo, que entretexiéndose con los arboles gruesos, espesaban y cerraban de tal manera el monte, que parecia un fuerte muro: por lo qual no habia paso alguno por donde pasar el monte y la cienega, sino por una senda que los Indios tenian hecha, tan angosta que apenas podian ir por ella dos hombres juntos.

Antes de llegar al monte, en un buen llano, se alojó el Real, y por-

que era temprano, mandó el Gobernador, que cien infantes, entre ballesteros, arcabuceros y rodeleros, y treinta de á caballo, con doce nadadores, señalados para tantear la hondura del agua, fuesen á reconocer el paso de la cienega, y advirtiesen bien las dificultades que en ella hubiese, para llevarlas prevenidas el dia siguiente.

Los Españoles fueron, y á pocos pasos que entraron por el callejon del monte, hallaron Indios apercibidos para defenderles el paso; mas como el callejon era tan estrecho, ni los fieles ni infieles podian pelear sino los dos delanteros de cada vanda. Por lo qual, poniéndose dos Españoles, los mas bien armados, en delantera, con sus espadas y rodelas, y otros dos ballesteros y arcabuceros en pos de ellos, antecogiéron los Indios por todo lo que habia de monte hasta salir al agua, don-

de, como los unos y los otros se pudieron esparcir y derramar, hubo gran pelea; y muchos, y muy buenos tiros de una parte á otra, con muertes y heridas de ambas partes.

Por la mucha resistencia que los Indios hicieron en el agua, no pudieron por entonces reconocer los Christianos quanta fuese la hondura de ella, de lo qual dieron aviso al General, el qual fué en persona al socorro, y llevó consigo los mejores infantes del Exército. Los enemigos asimismo por su parte acudieron muchos mas que los que antes habia en la pelea; con los quales se reforzó é hizo mas cruel y sangrienta la batalla. Los unos y los otros andaban peleando el agua á medios muslos y á la cinta, con mucha dificultad y aspereza que habia para andar por ella, por las malezas de zarzas, matas y árboles caidos que hallaban debaxo del agua; mas

con todas estas contradicciones, viendo los Españoles que no les convenia volver atrás, sin haber reconocido el paso, hicieron gran impetu en los enemigos, los echaron de la otra parte del agua, y hallaron que toda se vadeaba á la cinta y á los muslos, salvo en medio de la canal, que por espacio de quarenta pasos, por su mucha hondura, se pasaba por una puente, hecha de dos árboles caidos, y otros maderos atados unos con otros. Vieron tambien, que de la misma manera que por el monte, habia un callejon debaxo del agua, limpio de las matas y malezas que á una parte y á otra habia fuera del callejon: pasada la cienega de la otra parte fuera del agua, habia otro monte tan cerrado y espeso como el que hemos dicho, que habia destotra parte; por el qual tampoco se podia andar, sino por otro callejon y camino angosto he-

cho á mano. Estos dos montes y la cienega, cada uno de por sí, tenian media legua de traviesa, de manera que en todo habia legua y media.

El Gobernador, habiendo reconocido bien el paso, y consideradas las dificultades que en él habia, se volvió con los suyos á su alojamiento, para ordenar conforme á lo visto y notado lo que el dia siguiente se hubiese de hacer, y habiendo consultado con los capitanes los inconvenientes y peligros que en el caso habia, mandó apercibir cien hombres de los de á caballo, que por ser gente mas bien armada que la infanteria, recibia siempre menos daño de las flechas; los quales, tomando rodelas, porque no eran menester los caballos, fuesen á pie delante, haciendo escudo á otros cien infantes, entre ballesteros y arcabuceros, que les habian de seguir en pos.

Mandó asimismo, que todos ellos fuesen apercibidos de hachas, hocinos y otros instrumentos para desmontar un pedazo del monte que de la otra parte de la cienega habia, para alojamiento del exército; porque habiendo de pasar los Españoles uno á uno, por ser el camino estrecho, y habiendo de resistirles el paso los enemigos, que tan feroces se habian mostrado aquel dia, le pareció al Gobernador imposible que su gente pudiese atravesar de claro en un dia los dos montes de la cienega, por lo qual quiso apercibirse de alojamiento hecho, á fuerza de brazos en el segundo monte, pues no lo podia haber de otra suerte.

CAPITULO III.

Ganan los Españoles el paso de la cienega: pelean en ella valerosamente.

Con las prevenciones y orden que se ha dicho, llevando cada uno de los soldados en el seno la comida de aquel dia, que era un poco de maiz tostado ó cocido, sin otra cosa alguna, salieron del Real doscientos Españoles de los mas escogidos que en él habia: dos horas antes que amaneciese entraron en el callejon del monte, y con todo el silencio posible caminaron por él hasta llegar al agua, donde reconociendo la senda limpia de malezas que debajo de ella iba, la siguieron hasta la puente, hecha de los árboles caidos, y maderos atados, que atravesaba lo mas hondo de la canal de la cie-

nega. La qual puente pasaron sin que Indio alguno saliese á la defensa, porque les habia parecido no osarian los Españoles entrar de noche en la espesura del monte, y en la hondura del agua y malezas que en ella habia, con lo qual se habian descuidado de madrugar á defender el paso. Mas quando vieron el dia, y sintieron que los Christianos habian pasado la puente, acudieron con grandísima furia, grita y alarido á la defensa de lo que del agua y cienega quedaba por pasar, que era un quarto de legua; y con enojo que de sí mismos hubieron por haberse descuidado y dormido tanto, cargaron sobre los Castellanos con gran ferocidad é ímpetu. Empero ellos iban bien apercibidos, y como estaban ganosos que aquella pelea no durase mucho tiempo, apretaron reciamente con los Indios. Andaban los unos y los otros á la cinta en el agua. Echaronlos fue-

ra de ella, encerráronlos en el callejon del segundo monte, el qual era tan cerrado y espeso que no podian los Indios huir por él tendidos, sino á la hila, antecogidos por la senda angosta. Encerrados los Indios en el callejon del monte, como por la estrechura del paso fuesen menester pocos Españoles para lo defender, acordaron que los ciento y cincuenta de ellos entendiesen en desmontar el sitio para alojamiento del Real, y los otros cincuenta guardasen y defendiesen el paso, si los Indios quisiesen venir á estorvar la obra; porque como no habia otro camino para entrar donde estaban los que rozaban el monte, sino por la senda ó callejon, pocos Christianos que estuviesen al paso bastaban á defenderlos.

De esta manera estuvieron todo aquel dia los Indios, dando grita y alarido por inquietar con la voceria

á sus enemigos, ya que no podian con las armas, y los Castellanos trabaxando unos en defender el paso; otros cortando el monte, otros quemando lo cortado porque no acupase el sitio. Venida la noche, cada uno de los maestros se quedó donde le tomó, sin dormir parte alguna de ella, por los muchos sobresaltos y grita que los Indios les daban.

Llegado el dia, empezó á pasar el exército, y aunque no tuvo contradiccion de los enemigos, la tuvo del mismo camino, que era muy estrecho, y de las malezas que en el agua habia, que no les dexaban pasar como ellos quisieran, por lo qual les era forzoso caminar de uno en uno. Por esta dilacion, que era mucha, hicieron harto aquel dia en llegar todo el Real á se alojar en lo desmontado, donde la noche siguiente, por la voceria y sobresaltos que los enemigos daban, dur-

mieron tan poco como la pasada. La comida para los que defendian el paso la proveyeron pasándola de mano en mano de unos á otros, hasta llegar á los delanteros.

Luego que amaneció, caminaron los Españoles por el callejon del monte, llevando antecogidos los Indios, los quales siempre les iban tirando flechas, y retirándose poco á poco, no queriendo darles mas lugar del que ellos pudiesen ganar á golpe de espada.

Así caminaron la media legua que habia de aquel monte cerrado y espeso. Saliendo de la espesura, entraron en otro monte mas claro y abierto, por donde los Indios, pudiendo esparcirse, entrar y salir por entre las matas, daban mucha pesadumbre á los Castellanos, acometiéndolos por una parte y otra del camino, tirándoles muchas flechas; pero con orden y concierto, que

quando acometian los de la una vanda no acometian los de la otra, hasta que aquellos se habian apartado, por no herirse unos á otros con las flechas que salian desmandadas, las quales eran tantas que parecia lluvia que caia del Cielo.

El monte que diximos ser mas claro por donde ahora iban peleando Indios y Españoles, no lo era tanto que los caballos pudiesen correr por él, por lo qual andaban los infieles tan atrevidos, entrando y saliendo en los christianos, que no hacian caso de ellos; y aunque los ballesteros y arcabuceros salian á resistirles, los tenian en nada; porque mientras un Español tiraba un tiro, y armaba para otro, tiraba un Indio seis y siete flechas: tan diestros son, y tan á punto las traen, que apenas han soltado una quando tienen puesta otra en el arco.

Los pedazos de tierra limpia que

habia entre el monte por donde los caballos podian correr, tenian los Indios cerrados y atajados con largos maderos que iban atados de unos árboles á otros, para asegurarse de los caballos; y lo que habia de monte cerrado por donde los Indios no podian andar, lo tenian rozado á pedazos con entradas, y salidas para poder ofender á los christianos sin ser ofendidos de ellos.

Hicieron estas prevenciones con tiempo, porque sabian, que por ser el monte de la cienega tan cerrado como lo era, no habian de poder ofender á los Castellanos como quisieran y pudieran, si el monte fuera mas abierto y claro, como el que ahora llevaban. Pues como se viesen con las ventajas que por causa del sitio á los Españoles hacian, no dexaban de tentar y hacer qualquiera diligencia, ardid ó engaño que podian en ofensa de los christianos,

con ansia de los herir ó matar.

Los Castellanos por el monte atendian á defenderse de los enemigos mas que no á ofenderlos, porque no podian aprovecharse de los caballos por el estorbo del monte; por lo qual iban fatigados de su propio corage mas que no de las armas de los contrarios. Los Indios, viendo sus enemigos embarazados, los apretaban mas y mas por todas partes, con ansias y deseos de romperlos y desbaratarlos. Cobraban por otras nuevo ánimo y esfuerzo con la memoria y recordacion de haber diez ó once años antes en esta misma cienega, aunque no en este paso, rompido y desbaratado á Pánfilo de Narvaez, la qual hazaña recordaban á los Españoles y á su General, diciéndoles entre otras desvergüenzas y denuestos, que de ellos y de él habian de hacer otro tanto.

Con las dificultades del camino,

y con las pesadumbres que los enemigos les daban, caminaron los Españoles dos leguas que habia de monte, hasta salir á tierra limpia y rasa, donde llegados que fueron, dando gracias á Dios que los hubiese sacado de aquella carcel, soltaron las riendas á los caballos, y mostraron bien el enojo que contra los Indios llevaban, porque en mas de dos leguas que duraba la tierra limpia, hasta llegar á las sementeras de maiz, no toparon Indio que no prendiesen ó matasen, principalmente á los que mostraban hacer alguna resistencia, de los quales no escapó alguno. Asi mataron muchos Indios, que fue grande la mortandad de aquel dia, y prendieron pocos, con lo qual vengaron estos Castellanos la ofensa y daño que los de Apalache hicieron á Pánfilo dé Narvaez, y les desengañaron de la opinion y jactancia que de sí tenian, que habian de ma-

tar y destruir á estos Castellanos, como hicieron á los pasados.

CAPITULO IV.

Continua pelea que hubo hasta llegar al pueblo principal de Apalache.

Pareciendo al Gobernador Hernando de Soto que por aquel dia se habia hecho harto en haber salido de los montes, donde tanta contradiccion habian tenido, y en haber castigado en parte á los Indios, no quiso pasar adelante, sino alojar su exército en aquel llano, por ser tierra limpia de monte. El Real se asentó cerca de un pueblo pequeño, del qual empezaba la poblacion y sementeras de la provincia de Apalache, tan nombrada y famosa en toda aquella tierra.

Los Indios no quisieron reposar la noche siguiente, ni que los chris-

tianos descansasen de los malos dias y noches que despues que llegaron á la cienega les habian dado, que en toda la noche cesaron de dar grita, voceria, arma y rebatos á todas horas, echando muchas flechas en el Real. Con esta inquietud pasaron toda la noche los unos y los otros sin llegar á las manos.

Venido el dia, caminaron los Españoles por unas grandes sementeras de maiz, frisoles, calabaza y otras legumbres, cuyos sembrados á una mano y á otra del camino se tendian por aquellos llanos á perderse de vista y de travesía: tenian dos leguas. Entre las sementeras se derramaba gran poblacion de casas sueltas y apartadas unas y otras, sin órden de pueblo. De las casas y sementeras salian los Indios á toda diligencia á flechar los Castellanos, obstinados en el deseo y porfia que tenian de los matar ó herir. Los

quales, enfadados de tanta pertinacia, y enojados del corage y rencor que les sentian, perdida la paciencia, sin alguna piedad los alanceaban por los maizales, por ver si con el rigor de las armas pudiesen domarlos, ó escarmentarlos; mas todo era en vano, porque tanto mas parecia crecer en los Indios el enojo y rabia que contra los christianos tenian, quanto ellos mas deseaban vengarse.

Pasadas las dos leguas de los sembrados, llegaron á un arroyo hondo de mucha agua, y monte espeso que habia de la una parte y otra de él. Era un paso bien dificultoso, y que los enemigos lo tenian bien reconocido, y prevenido para ofender en él á los Castellanos. Los quales, viendo las dificultades y defensas que el paso tenia, se apearon los caballeros mas bien armados, y á espada y rodela, y otros con hachas gana-

ron el paso, y derribaron las palizadas y barreras que habia hechas para que los caballos no pudiesen pasar, ni sus dueños ofenderles.

Aquí cargaron los Indios con grandísimo ímpetu y furor, poniendo su última esperanza de vencer á los christianos en este mal paso, por ser tan dificultoso, donde fue brava la pelea, y hubo muchos Españoles heridos, y algunos muertos, porque los enemigos pelearon temerariamente, haciendo como desesperados la última prueba; mas no pudieron salir con su mal deseo, porque los Castellanos hubieron la victoria, mediante el ánimo y esfuerzo que mostraron, y la mucha diligencia que pusieron para que el daño no llegase á ser tan grande como habian temido recibir en paso tan dificultoso.

Pasado el arroyo, caminaron los Castellanos otras dos leguas de tier-

ra limpia de sembrados y poblacion, y en ellas no acudieron los Indios, porque en campo no podian medrar con los caballos. Los Christianos se alojaron en aquel campo, que era limpio de monte, porque los Indios, con el temor de los caballos, viendolos fuera de monte los dexasen dormir, que segun los quatro dias y las tres noches pasadas habian velado y trabajado, tenian necesidad de descanso. Mas aquella noche durmieron tan poco como las pasadas, porque los enemigos, fiados en la obscuridad de la noche, aunque en tierra limpia, no cesaron en toda ella de dar arma y rebatos por todas las partes del Real, no dexando reposar los Castellanos, por no perder la opinion y reputacion que los de esta provincia de Apalache entre todos sus vecinos y comarcanos habian ganado, de ser los mas valientes y guerreros.

El dia siguiente, que fue el quinto despues que pasaron la cienega, luego que empezó á caminar el exército, se adelantó el Gobernador con doscientos caballeros y cien infantes; porque de los Indios prisioneros supo, que dos leguas de allí estaba el pueblo de Apalache, y su Cacique dentro con gran número de Indios valentísimos, esperando los Castellanos para los matar y desquartizar á todos. Palabras son las mismas que los prisioneros dixeron al Gobernador, que aunque presos y en poder de sus enemigos no perdian la bravosidad y presuncion de ser naturales de Apalache. El General y los suyos corrieron las dos leguas alanceando quantos Indios á una mano y á otra del camino topaban. Llegaron al pueblo: hallaron que el curaca y sus Indios lo habian desamparado. Los Españoles, sabiendo que no iban lejos, los siguie-

ron y corrieron otras dos leguas de la otra parte del pueblo, mas aunque mataron y prendieron muchos Indios, no pudieron alcanzar á Capafi, que asi se llamaba el Cacique. Este es el primero que hallamos con nombre diferente de su provincia. El Adelantado se volvió al pueblo, que era de doscientas y cincuenta casas grandes y buenas, en las quales halló alojado todo su exército, y él se aposentó en las del Cacique, que estaban á una parte del pueblo, y como casas del señor se aventajaban á todas las demas.

Sin este pueblo principal, por toda su comarca, á media legua, á una, á legua y media, á dos, y á tres habia otros muchos pueblos, los quales eran de cincuenta y de á sesenta casas, y otros de á ciento, de á mas y de á menos, sin otra multitud de casas que habia derramadas sin orden de pueblo. El sitio de to-

da la provincia es apacible, la tierra fértil, con mucha abundancia de comida, y gran cantidad de pescado, que para su mantenimiento los naturales todo el año pescan y guardan preparado.

El Gobernador, sus Capitanes y los Ministros de la hacienda real, todos quedaron muy contentos de haber visto las buenas partes de aquella tierra, y la fertilidad de ella; y aunque todas las provincias que atras habian dexado eran buenas, esta les hacia ventaja, puesto que los naturales eran indómitos y temerariamente belicosos, como se ha visto, y adelante veremos en algunos casos notables que en particular y en general entre los Españoles é Indios acaecieron en esta provincia, aunque por excusar proligidad no los contaremos todos; por los que se dixeren se verá bien la ferocidad de estos Indios de Apalache.

CAPITULO V.

Tres Capitanes van á descubrir la comarca de Apalache: relacion que traen de ella.

Habiendo descansado el exército algunos dias, y reparadose algun tanto del mucho trabajo pasado, aunque nunca en este tiempo faltaron las continuas armas y rebatos que de noche y dia los enemigos daban, el Gobernador envió quadrillas de gente de á pie y de á caballo, con Capitanes señalados que entrasen quince y veinte leguas la tierra á dentro, á ver y descubrir lo que en la comarca y vecindad de aquella provincia habia.

Dos Capitanes entraron hácia la vanda del Norte por diversas partes, el uno llamado Arias Tinoco, y el otro Andres de Vasconcelos, los quales, sin que les hubiese acaeci-

do cosa que sea de contar, volvieron, el uno á los ocho dias, y el otro á los nueve de como habian salido del Real, y dixeron casi igualmente, que habian hallado muchos pueblos, con mucha gente, y que la tierra era fértil de comida, y limpia de cienegas y montes bravos. Al contrario dixo el Capitan Juan de Añasco, que fué hácia el Sur, que habia hallado tierra asperísima y muy dificultosa, y casi imposible de andar por las malezas de montes y cienegas que habia hallado, y tanto peores, quanto mas adelante iba al Mediodia. De ver esta diferencia de tierras muy buenas, y muy malas, les pareció no pasar adelante, sin tocar lo que Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en sus Comentarios escribe de esta provincia de Apalache; donde la pinta áspera y fragosa, ocupada de muchos montes y cienegas, con rios y malos pasos, mal pobla-

da y estéril, todo en contra de lo que de ella vamos escribiendo, por lo qual, dando fé á lo que escribe aquel caballero, que es digno de ella, entendemos que su viage no fue la tierra tan á dentro como la que hizo el Gobernador Hernando de Soto, sino mas allegado en la ribera del mar, de cuya causa hallaron la tierra tan áspera y llena de montes y malas cienegas cómo él dice, que lo mismo halló y descubrió, como luego verémos, el Capitan Juan de Añasco, que fue del pueblo principal de Apalache á descubrir la mar, el qual hubo gran ventura en no perderse muchas veces, segun la mala tierra que halló. El pueblo que Cabeza de Vaca nombra Apalache, donde dice que llegó Pánfilo de Narvaez, entiendo que no fue este principal que Hernando de Soto descubrió, sino otro alguno de los muchos que esta provincia tiene, que esta-

ria mas cerca de la mar, y por ser de su jurisdiccion se llamaria Apalache como la misma provincia, porque en el pueblo que hemos dicho, que era cabeza de ella, se halló la que hemos visto. Tambien es de advertir, que mucha parte de la relacion que Alvar Nuñez escribe de aquella tierra es la que los Indios le dieron, como él mismo lo dice, que aquellos Castellanos no la vieron, porque como eran pocos, y casi ó del todo rendidos, no tuvieron posibilidad para hallarla, y verla por sus ojos, ni para buscar de comer, y así los mas se dexaron morir de hambre; y en la relacion que le daban es de creer que los Indios dirian antes mal que bien de su patria, por desacreditarla, para que los Españoles perdieran el deseo de ir á ella, y con esto no desdice nuestra historia á la de aquel caballero.

CAPITULO VI.

Trabajos que pasó Juan de Añasco para descubrir la costa de la mar.

Digimos que uno de los Capitanes que fueron á descubrir la comarca de Apalache fue Juan Añasco. Pues para que se sepa mas en particular el trabajo que pasó es de saber, que llevó quarenta caballos, y cincuenta peones. Con él fue un caballero deudo de la muger del Gobernador, que habia nombre Gomez Arias, gran soldado, y donde quiera que se hallaba era de mucho provecho, porque con su buena soldadesca, y mucha industria y buen consejo, y con ser grandísimo nadador, cosa util y necesaria para las conquistas, facilitaba las dificultades que en agua y tierra se les ofrecian. Habia sido esclavo en Berberia, donde apren-

dió la lengua morisca, y la habló tan propiamente, que de muchas leguas la tierra á dentro salió á una frontera de Christianos, sin que los Moros que le topaban echasen de ver que era esclavo. Este caballero, y la gente que hemos dicho fueron con Juan de Añasco hácia el Medio-dia á descubrir la mar, que habia nueva que estaba menos de treinta leguas de Apalache. Llevaron un Indio que los güiase, el qual se habia ofrecido a los guiar, haciendo mucho del fiel, y muy amigo de los Christianos.

En dos jornadas de á seis leguas que anduvieron de muy buen camino, ancho y llano, llegaron á un pueblo llamado Aute: hallaronlo sin gente, pero lleno de comida. En este camino pasaron dos rios pequeños y de buen paso.

Del pueblo de Aute salieron en seguimiento de su demanda, llevan-

do comida para quatro dias El segundo dia que caminaron por el mismo camino ancho y bueno, empezó el Indio que los guiaba á malear, pareciéndole que era mal hecho hacer buena guia á sus enemigos. Con esto los sacó del camino llano y bueno que hasta allí habian llevado, y los metia por unos montes espesos y cerrados, de mucha aspereza, con muchos árboles caidos, sin camino ni senda; y algunos pedazos de tierra que se hallaban como navazos sin monte, era de suyo tan cenagosa, que los caballos y peones se hundian en ella, y por cima estaba cubierta de yerba, y parecia tierra firme que se podia andar seguramente por ella. Hallaron en este camino, ó monte por mejor decir, un género de zarzas, con ramas largas y gruesas que se tendian por el suelo, y ocupaban mucha tierra: tenian unas puas largas y dere-

chas, que á los caballos y á la gente de á pie lastimaban cruelmente, y aunque quisiesen guardarse de estas malas zarzas, no les era posible, porque habia muchas, y estaban entre dos tierras tendidas y cubiertas con cieno, ó con arena, ó con agua. Con estas dificultades y otras, quales se pueden imaginar, anduvierón estos Castellanos descaminados cinco dias, dando vueltas á unas partes y á otras, por donde el Indio, segun su antojo, queria llevarlos para burlar de ellos, ó meterlos donde no saliesen.

Quando se les acabó la comida que sacaron del pueblo Aute, acordaron volverse á él, para tomar mas provision y porfiar en su demanda. Al volver para Aute pasaron mas trabajo en el camino que á la ida, porque les era forzoso desandar lo andado por los mismos pasos, por no perderse; y como hallasen la tierra ya hollada del camino pasado,

atollaban los caballos, y aun los infantes mas que quando estaba fresca;

En estas dificultades y trabajos bien entendian los Castellanos que el Indio á sabiendas los traia perdidos, porque tres veces se hallaron por aquellos montes tan cerca de la mar, que oian la resaca de ella. Mas el Indio luego que las sentia, volvia á meterlos la tierra á dentro, con deseo de entramparlos donde no pudiesen salir, y pereciesen de hambre: y aunque él muriese con ellos, se daba por contento á trueque de matarlos. Todo esto sentian los christianos, mas no osaban darselo á entender, por no lo dañar mas de lo que de suyo lo estaba, y tambien porque no llevaban otra guia.

Vueltos á Aute, á donde llegaron muertos de hambre, como gente que habia quatro dias que no habian comido sino yerbas y raices, tomaron bastimentos para otros cin-

co ó seis dias, que lo habia en el pueblo en gran abundancia, y volvieron á su descubiimiento, no por mejores caminos que los pasados, sino por otros peores, si peores podian ser, ó si la diligencia y malicia de la guia los hallaba como los deseaba.

Una noche de las que durmieron en los montes, el Indio, que se le hacia largo el plazo de matar los Christianos, no lo pudiendo sufrir, tomó un tizon de fuego, dió con él á uno de ellos en la cara, y se la maltrató. Los demas soldados quisieron matarlo, por la desvergüenza y atrevimiento que habia tenido, mas el Capitan lo defendió diciendo, que le sufriesen algo, que era guia y no tenian otra. Vueltos á reposar, dende á una hora hizo lo mismo á otro Castellano. Entonces por castigo le dieron muchos palos, coces y bofetadas, mas el Indio no escar-

mentó, que antes que amaneciese sacudió á otro soldado con otro tizon.

Los Españoles ya no sabian que hacer de él. Por entonces se contentaron con darle muchos palos, y entregarlo por la cadena en que iba atado á uno de ellos mismos para que tuviese particular cuidado de él.

Luego que amaneció volvieron á caminar bien lastimados de la mucha aspereza del camino pasado y del presente, y enfadados de la maldad de la guia. El qual, á poco trecho que hubieron caminado, viéndose en poder de sus enemigos sin los poder matar ni huirse de ellos, desesperado de la vida, arremetió con el soldado que lo llevaba asido por la cadena, y abrazándolo por detrás lo levantó en alto, dió con él tendido en el suelo, y antes que se levantase, saltó de pies sobre él y le dió muchas coces. Los Castellanos y su Capitan, no pudiendo

ya sufrir tanta desvergüenza, le dieron tantas cuchilladas y lanzadas que lo dexaron por muerto: aunque se notó una cosa estraña, y fue, que las espadas y hierros de las lanzas entraban y cortaban en él tan poco que parecia encantado, que muchas cuchilladas hubo que no le hicieron mas herida que el verdugon que suele hacer una vara de membrillo ó de acebuche quando dan con ella. De lo qual enojado Juan de Añasco se levantó sobre los estrivos, y á toda su fuerza, tomando la lanza con ambas manos, le dió una lanzada, y con ser hombre robusto y fuerte no le metió medio hierro de lanza, de que habiéndolo notado los Españoles se admiraron todos, y le echaron un lebrel para que lo acabase de matar, y se encarnizase y cebase en él: así quedó el Indio pérfido y malvado como él merecia.

CAPITULO VII.

El Capitan Juan de Añasco llega á la baía de Aute: lo que halló en ella.

No se habian apartado los Castellanos cincuenta pasos del Indio, que entendian que quedaba muerto y comido del perro, quando oyeron dar grandes aullidos al lebrel, quejándose como si lo mataran: los nuestros acudieron á ver qué era, y hallaron que el Indio con el poco espíritu que le quedaba, le habia metido los dedos pulgares por un lado y otro de la boca, y se la rasgaba sin que el perro se pudiese valer. Uno de los Españoles viendo esto le dió muchas estocadas, con que acabó de matarlo, y otro con un cuehillo de monte que llevaba le cortó las manos, y despues de cortadas, no podia desasirlas de la boca del perro:

tan fuertemente lo habia asido.

Con este suceso volvieron los Españoles á su camino, admirados qué un Indio solo hubiese sido parte para haberles dado tanta pesadumbre, mas como no supiesen á qué parte echar, estaban confusos sin saber qué hacer. En esta confusion les socorrió la ventura con un Indio que en el camino pasado, quando volvieron al pueblo Aute, habian preso, y lo habian traido siempre consigo; y aunque es verdad que antes de la muerte del Indio guia, los Españoles le habian preguntado muchas veces si sabia el camino para ir á la mar, nunca habia respondido palabra alguna, haciéndose mudo, porque el otro le habia amenazado con la muerte si hablaba Viendo pues ahora quitado el impedimento, y que estaba libre del compañero, y temiendo no le diesen la misma muerte que al otro, habló y

respondió á lo que entonces le preguntaron, y por señas, y algunas palabras que se dexaban entender, dixo que los llevaria á la mar, al mismo lugar donde Pánfilo de Narvaez habia hecho sus navios, y donde se habia embarcado, mas que era menester volver al pueblo Aute, porque de allí se tomaba el camino derecho para la mar. Y aunque los Españoles le dixeron que mirase que estaba cerca, porque de donde estaban oian los embates y resaca de ella, respondió, que jamas en toda la vida llegarian á la mar por donde ellos pensaban, y el otro Indio los llevaba, por las muchas cienegas y maleza de montes que habia en medio, por lo qual era forzoso volver al pueblo Aute. Con esta relacion volvieron los Castellanos al pueblo, habiendo gastado en este segundo viage cinco dias; y diez en el primero, con mucho trabajo de sus

personas, y con pérdida de los quince dias, que era lo que ellos mas sentian, por la pena que el Gobernador tendria de su tardanza.

Volviendo pues al pueblo Gomez Arias, y Gonzalo Silvestre, que iban delante descubriendo la tierra, prendieron dos Indios que hallaron cerca del pueblo; los quales, preguntados si los sabrian guiar á la mar, dixeron que sí, y en todo conformaron con lo que habia dicho el Indio que traían preso. Con estas esperanzas reposaron aquella noche los Españoles con algun mas contento que las quince pasadas.

El dia siguiente, los tres Indios guiaron á los Christianos por un camino llano, limpio y apacible, por entre unos rastrojos grandes y buenos, saliendo de ellos iba el camino mas ancho y abierto, y en todo él no hallaron mal paso, sino una cienega angosta y facil de pasar, que

no atollaban los caballos á las quartillas. Habiendo caminado poco mas de dos leguas, llegaron á una baía muy ancha y espaciosa, y andando por su ribera llegaron al sitio donde Pánfilo de Narvaez estuvo alojado: vieron donde tuvo la fragua en que hizo la clavazon para sus barcas, y hallaron mucho carbon en derredor de ella: vieron asimismo unas vigas gruesas cabadas como artesas, que habian servido de pesebres para los caballos.

Los tres Indios mostraron á los Españoles el sitio donde los enemigos mataron diez Christianos de los de Narvaez, como en su historia tambien lo cuenta Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Traxeronlos paso por paso por todos los que Panfilo de Narvaez anduvo, y señalaban los puestos donde tal y tal suceso habia pasado. Finalmente no dexaron cosa de las notables que Pánfilo de

Narvaez hizo en aquella baía, de que no diesen cuenta por señas y palabras, bien y mal entendidas, y algunas dichas en castellano, que los Indios de toda aquella costa se precian mucho de saber la lengua castellana, y con toda diligencia procuran aprender siquiera palabras sueltas, las quales repiten muchas veces.

El Capitan Juan de Añasco y sus soldados anduvieron con gran diligencia mirando si en los huecos de los árboles hallaban metidas algunas cartas, ó en las cortezas de ellos escritas algunas letras que declarasen cosas de las que los pasados hubiesen visto y notado: porque ha sido cosa usada y muy ordinaria dexar los primeros descubridores de nuevas tierras semejantes avisos para los venideros; los quales avisos muchas veces han sido de gran importancia; mas no pudieron hallar

cosa alguna de las que deseaban.

Hecha esta diligencia, siguieron la costa de la baía hasta la mar, que estaba tres leguas de allí, y con la menguante de ella entraron diez ó doce nadadores en unas canoas viejas, que hallaron echadas al través, y sondaron el fondo que la baía tenia en medio de su canal.

Hallaronla capaz de gruesos navios: entonces pusieron señales en los árboles mas altos que por allí habia, para que los que viniesen costeando por la mar reconociesen aque sitio, que era el mismo donde Pánfilo de Narvaez se embarcó en sus cinco barcas, tan desgraciadas que ninguna de ellas salió á luz.

Hechas las prevenciones que hemos dicho, y llevándolas por escrito para que no errasen el puesto los que fuesen á él, se volvieron al Real, y dieron cuenta al Gobernador de todo lo sucedido, y de lo que

dexaban hecho. El General holgó mucho de verlos, porque estaba con cuidado de su tardanza, y recibió contento de saber que habia puerto para los navios.

CAPITULO VIII.

Apercibense treinta lanzas para volver á la baía de Espíritu Santo.

Entre tanto que los tres Capitanes descubridores fueron y vinieron con la relacion de lo que cada uno de ellos habia visto y descubierto, el Gobernador Hernando de Soto no holgaba ni reposaba, antes con todo cuidado y vigilancia entre sí mismo andaba estudiando y previniendo lo que á su exército convenia. Viendo, pues, que el invierno se acercaba, que esto era ya por Octubre, le pareció por aquel año no pasar adelante en su descubrimien-

to, sino invernar en aquella provincia de Apalache, donde habia mucho bastimento. Imaginaba enviar por el Capitan Pedro Calderon, y los demas Españoles que con él quedaron en la provincia de Hirrihigua, que viniesen á juntarse con él, porque donde estaban no hacian cosa alguna de importancia.

Con estos propósitos mandó recoger todo el bastimento que fuese posible. Mandó hacer muchas casas sin las que el pueblo tenia, para que hubiese alojamiento acomodado para todos sus soldados. Hizo fortificar el sitio, lo que le pareció que convenia para la seguridad de su gente. No cesó en este tiempo de enviar mensageros á Capafi, señor de aquella provincia, con dádivas y buenas palabras, rogándole saliese de paz y fuese su amigo. El qual no quiso aceptar partido alguno, antes se hizo fuerte en un monte muy

áspero, lleno de ciénegas y malos pasos, que tomó para defensa y guarida de su persona.

Ordenadas y proveidas las cosas dichas, mandó el Gobernador apercibir al contador Juan de Añasco, para que volviese á la provincia de Hirrihigua, por parecele que este caballero era el Capitan mas venturoso, que mejores suertes habia hecho desde el principio de esta jornada que otro alguno de los suyos, y que hombre tal, con las demas buenas partes que tenia de soldado, era menester para pasar por los peligros y dificultades á que le ofrecia: con esta consideracion le dió orden para que con otras veinte y nueve lanzas, que se apercibieron, y la suya treinta, volviese al pueblo de Hirrihigua por el mismo camino que el exército habia traido, para que el Capitan Pedro Calderon y los demas soldados que con él estaban su-

piesen lo que su General les mandaba.

Provision fue muy rigurosa para los que habian de volver casi ciento y cincuenta leguas de tierra, poblada de valientes y crueles enemigos, ocupada con rios caudalosos, con montes, cienegas y malos pasos, donde pasando todo el exército se habia visto en grandes peligros, quanto mas ahora que no iban mas de treinta lanzas, y habian de hallar los Indios mas apercibidos que quando el Gobernador pasó, y por las injurias recibidas mas ayrados y deseosos de vengarse. Mas todo esto no bastó para que los treinta caballeros apercibidos rehusasen la jornada, antes se ofrecieron á la obediencia con toda prontitud. Los quales, porque fueron hombres de tanto animo y esfuerzo, y que pasaron tantos trabajos, peligros y dificultades como veremos, será justo queden nom-

brados, y se pongàn los nombres de los que la memoria ha retenido: los que faltaren me perdonen, y reciban mi buena voluntad, que yo quisiera tener noticia, no solamente de ellos, sino de todos los que fueron en conquistar y ganar el Nuevo Mundo, y quisiera alcanzar juntamente la facundia historial del grandísimo Cesar, para gastar toda mi vida contando y celebrando sus grandes hazañas: que quanto ellas han sido mayores que las de los Griegos, Romanos y otras naciones, tanto mas desdichados han sido los Españales en faltarles quien las escribiese, y no ha sido poca desventura la de estos caballeros que las suyas viniesen á manos de un Indio, donde saldrán antes menoscababas y aniquiladas que escritas como ellas pasaron, y merecen. Mas con haber hecho todo lo que pudiere, habré cumplido con esta obligacion, pues

para servirles me cupo mas caudal de deseos que de fuerzas y habilidad.

Los caballeros apercibidos fueron el Contador y capitan Juan de Añasco, natural de Sevilla, Gomez Arias, natural de Segovia, Juan Cordero, y Alvaro Fernandez, naturales de Yelves, Antonio Carrillo, natural de Illescas (este fue uno de los trece que con Francisco Hernandez Giron se alzaron con el Cozco el año de mil quinientos cincuenta y tres), Francisco de Villalobos, y Juan Lopez Cacho, vecinos de Sevilla, Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcantara, Juan de Espinosa, natural de Ubeda, Hernando Atanasio, natural de Badajoz, Juan de Abadía, Vizcaino, Antonio de la Cadena, y Francisco Segredo, naturales de Medellin, Bartolome de Argote, y Pedro Sanchez de Astorga, Juan García Pechudo, na-

tural de Alburquerque, Pedro Moron, mestizo, natural de la ciudad de Bayamo, de la isla de Cuba. Este soldado tuvo una gracia rarisima, que venteaba y sacaba por rastro mas que un perro ventor, que muchas veces le acaeció en la isla de Cuba, saliendo él y otros á buscar Indios alzados ó huidos, sacarlos por el rastro de las matas, ó huecos de árboles, ó cuebas en que se habian escondido: sentia asimismo el fuego por el olor á mas de una legua, que muchas veces en este descubrimiento de la Florida, sin que hubiese visto candela ni humo, decia á los compañeros, apercibios que hay fuego cerca de nosotros, y lo hallaban á media legua, y á una legua. Era grandísimo nadador, como atrás dexamos dicho: fue con él su compañero y compatriota Diego de Oliva, mestizo, natural de la isla de Cuba.

CAPITULO IX.

Lo que hiciéron los treinta caballeros hasta llegar á Vitucbuco: lo que allí hallaron.

Estos veinte caballeros, y otros diez, cuyos nombres faltan para el número treinta, salieron del pueblo de Apalache á los veinte de Octubre del año mil quinientos treinta y nueve, para ir á la provincia de Hirrihigua, donde Pedro Calderon quedó. Llevaron el órden que adelante se dirá, de lo que en mar y tierra habian de hacer.

Fueron todos muy á la ligera, no mas que con las celadas y cotas sobre los vestidos, sus lanzas en las manos, y sendas alforjas en las sillas, con algun herrage y clavos, y con el bastimento que en ellas podia caber para caballos y caballeros.

Salieron del Real buen rato antes que amaneciese, y porque la fama de su ida no les pasase adelante, y con ella se apercibiesen los Indios para salirles á tomar los pasos, caminaron á toda buena diligencia, corriendo donde les convenia correr. Este dia alancearon dos Indios que toparon en el camino: mataronlos, porque con algun alarido no apercibiesen los que habia derramados por el campo. Con este cuidado de que no fuese la nueva adelante caminaron siempre: así anduvieron aquel dia las once leguas que hay de Apalache, hasta la cienega, la qual pasaron sin contradiccion de enemigos, que no fue poca ventura, porque pocos Indios que vinieran bastáran á flecharles los caballos en el camino tan angosto como el que habia en el monte y en el agua.

Durmieron los Españoles en el llano fuera de todo el monte, ha-

biendo corrido y caminado aquel dia mas de trece leguas: mientras descansaban, se velaban por tercios de diez en diez, como atrás hemos dicho.

Antes que fuese de dia salieron en seguimiento de su viage, y caminaron las doce leguas que hay de despoblado desde la cienega de Apalache hasta el pueblo de Osachile: iban con temor no supiesen los Indios de su ida, y saliesen á estorvarles el paso, por lo qual se fueron deteniendo para que anocheciese, y cerca de la media noche pasaron por el pueblo corriendo á media rienda. Una legua adelante del pueblo, apartados del camino, descansaron lo que de la noche les quedaba, velándose como hemos dicho por tercios. Este dia caminaron mas de otras trece leguas

Al romper del alva siguieron su viage corriendo á media rienda, por

que habia gente por los campos, que esto hacian siempre que iban por tierra poblada, porque la nueva de su ida no les pasase adelante, que era lo que mas temian. Asi corrieron las cinco leguas que hay de donde durmieron hasta el rio de Osachile, á costa de los caballos, y ellos eran tan buenos que lo sufrian todo. Llegando cerca del rio, Gonzalo Silvestre, que por haber dado mas priesa á su caballo que los otros iba delante, llegó á darle vista con harto temor, si lo hallaria mas crecido que quando el exército pasó por él. Fue Dios servido que antes traxese ahora menos agua que entonces. Con el contento de verlo así se arrojo á él, y lo pasó á nado, y salió al llano de la otra parte. Quando sus compañeros lo vieron en la otra ribera, hubieron mucho placer, porque todos llevaban el mismo temor de hallar el rio crecido: pasaronló sin

desgracia alguna, y por fiesta y regocijo de haber pasado el rio se pusieron á almorzar. Luego caminaron á paso moderado las quatro leguas que hay desde el rio de Osachile hasta el pueblo de Vitachuco, donde pasó la temeridad del cacique Vitachuco.

Los Castellanos iban con recelo de hallar el pueblo Vitachuco como lo habian dexado, y temian si habian de pelear con los moradores de él, y ganar el paso á fuerza de brazos, donde podia acaecer que matasen ó hiriesen algun hombre ó caballo, la qual desgracia les seria doblarles el trabajo y dificultades del camino, por lo qual consultaron entre todos que ninguno se detuviese á pelear, sino que todos procurasen pasar adelante sin detenerse. Con esta determinacion llegaron al pueblo, donde perdieron la congoja que llevaban, porque lo hallaron todo



quemado y asolado, las paredes derribadas por tierra, y los cuerpos de los Indios que murieron el dia de la batalla, y los que mataron el dia que el cacique Vitachuco dió la puñada al Gobernador, estaban todos por aquellos campos amontonados, que no habian querido enterrarlos. Al pueblo, como despues decian los Indios, desampararon y destruyeron por estar fundado en sitio infelice y desdichado, y á los Indios muertos, por hombres mal afortunados, que no habian salido con su pretension, los dexaron sin sepultura, para manjar de aves y bestias fieras, que entre ellos era este castigo de grande infamia, y se daba á los desdichados y desventurados en armas, como á gente maldita y descomulgada, segun su gentilidad, y asi lo dieron á este pueblo y á los que en él murieron, porque les pareció que la desgracia en él sucedida la habia

causado mas la infelicidad del sitio, y la mala fortuna de los muertos, que no el esfuerzo y valentia de los Españoles, pues eran tan pocos en número contra tantos y tan valientes Indios.

CAPITULO X.

Prosigue el viage de las treinta lanzas hasta llegar al rio de Ochile.

Admirados los Españoles de lo que habian visto, pasaron por el pueblo, y apenas habian salido de él, quando hallaron dos Indios gentiles hombres, que con sus arcos y flechas andaban cazando, descuidados de ver Christianos aquel dia, mas como los vieron asomar, se recogieron debaxo de un nogal muy grande que allí cerca habia. El uno de ellos, no fiando mucho de la guarida, salió huyendo del árbol, y fue

á meterse en un monte que estaba á un lado del camino. Dos Castellados, bien contra la voluntad de su Capitan, salieron al través, y antes que el Indo llegase al monte lo alancearon: hazaña bien pequeña para dos caballeros.

Al otro Indio que tuvo mas ánimo, y esperó debaxo del árbol le sucedió mejor, porque á los osados, como á gente que lo merece, favorece la fortuna. El qual, poniendo una flecha en el arco, hizo rostro á todos los Españoles que uno en pos de otro iban corriendo á media rienda, é hizo muestra de tirarla si se le acercasen. Algunos de ellos enojados del atrevimiento y desvergüenza del Indio, ó envidiosos de ver un ánimo y osadía tan rara y extraña, quisieron apearse y acometerle á pie con las lanzas en las manos, mas Juan de Añasco no lo consintió, diciendo que no era va-

lentia ni cordura por matar un temerario y desesperado aventurar que el Indio matase ó hiriese alguno de ellos, ó de sus caballos, en tiempo que tanta necesidad tenian de ellos, y donde tan mal recaudo llevaban para curar las heridas.

Diciendo estas palabras, como iba guiando á los demas, hizo un gran cerco apartándose del Indio, y del camino que pasaba cerca del árbol donde estaba, porque el enemigo no les tirase al pasar, é hiriese algun caballo, que era lo que mas temian. El Indio, con la flecha puesta en el arco, como iba pasando el Español, le iba apuntando al rostro, amenazando tirarle, y habiendo pasado el primero hacia lo mismo al segundo, y al tercero y á los demas como iban por su orden, y con estos ademanes estuvo hasta que pasaron todos, y quando vió que no le habian acometido, antes

se habian apartado y huido de él, empezó á darles grita con palabras afrentosas, diciéndoles, cobardes, pusilanimes, apocados, que treinta de á caballo no habeis osado acometer á uno de á pie. Con estas bravatas se quedó debaxo de su árbol, con mas honra que ganaron todos los de la fama: así lo decian los Castellanos con demasiada envidia que le habian, los quales pasaron adelante, corridos de la grita que el Indio les daba. En esto oyeron una gran voceria y alarido que los Indios que estaban por los campos, á una parte y á otra del camino daban, apellidándose unos á otros para atajarles el camino.

Los Españoles se libraron de este peligro y de otros semejantes, con la ligereza de los caballos, corriendo siempre, y dexando los enemigos atrás. Este dia, que fué el tercero de su camino, ya bien de

noche llegaron á un buen llano limpio de monte, donde descansaron, habiendo corrido y caminado aquel dia diez y siete leguas, las últimas ocho por la provincia de Vitachuco.

El quarto dia caminaron otras diez y siete leguas, todas por la provincia de Vitachuco. Los naturales de ella, como estaban lastimados y ofendidos de la batalla pasada, viéndolos ahora pasar por su tierra, y que eran pocos, deseaban vengarse de ellos con matarlos; para lo qual se ponian en paradas, y se iban dando la palabra de uno á otro para pasar adelante la nuevas de la ida de los Españoles, y convocar alguna gente para los atajar, y tomar algun paso estrecho. Los nuestros, sintiendo la intencion de los Indios, pusieron tanta diligencia tras ellos, que ninguno que pretendió ser mensagero se les escapó; y asi alancearon este dia siete In-

dios. Al anochecer llegaron á un llano limpio de monte, donde les pareció descansar, porque no sintieron ruido de Indios que hubiese por el campo.

A poco mas de media noche salieron de esta dormida, y al salir del sol, habiendo caminado cinco leguas, llegaron al rio de Ochali, donde diximos habian flechado los Indios al lebrel bruto. Iban los Castellanos con alguna esperanza de hallar el rio con menos agua que quando lo pasaron, como habian hallado el de Osachile, mas sucedióles muy encontra, porque buen rato antes que llegasen á él, vieron las barrancas, con ser, como diximos, de dos picas en alto, todas cubiertas de agua, y que trasvertía fuera de ellas en el llano. El rio venia tan feroz, tan turbio y bravo, con tantos remolinos por todas partes, que solo mirarle ponia espan-

to, quanto mas haberlo de pasar á nado. A esta dificultad y peligro se añadió otro mayor, que fue el alarido y voceria que los Indios de la una parte y otra del rio levantaron en viendo asomar los Christianos, apellidándose unos á otros para matarlos al pasar del rio.

Los Españoles, viendo que en su buen ánimo, esfuerzo y diligencia estaba el remedio de sus vidas, en un punto tomaron acuerdo de lo que en aquel peligro debian hacer, y como si lo traxeran prevenido, y todos fueran capitanes, mandaron, nombrándose unos á otros por sus nombres, que doce de ellos, que eran los mejores nadadores, con solas las celadas y cotas sobre las camisas, sin llevar otra mas ropa por no estorvar el nadar á los caballos, y las lanzas en las manos, se echasen al rio, para tomar la otra ribera antes que los Indios llegasen á

ella, porque en ella, por haber mas, y acudir toda la del pueblo, habia mas peligro; y era necesario tenerla desembarazada y libre, porque al pasar nadando los Castellanos, no los flechasen á su salvo los Indios. Viendo pues los doce nombrados el peligro tan eminente en que iban, esforzándose unos á otros dixeron todos á una, salga el que saliere, y muera el que muriere, que ya vemos que no se puede hacer otra cosa. Mandaron asimismo, que catorce de ellos con toda diligencia cortasen cinco ó seis palos gruesos de los árboles que por la ribera habia caidos y secos, y de ellos hiciesen balsa en que pasasen las sillas, ropa y alforjas, y los Españoles que no sabian nadar, y los quatro que restan, procurasen resistir los Indios que destotra parte, por el rio arriba y abaxo acudian á toda furia á estorvarles el paso.

Como lo ordenaron así lo pusieron por obra en un punto. Los doce nombrados para pasar de la otra parte del rio, desembarazándose de la ropa se echaron luego al agua, y con buen suceso salieron los once de ellos á tierra por un gran portillo que en la barranca habia; el doceno, que fué Juan Lopez Cacho, no acertó á tomar la salida, porque su caballo se cayó algun tanto del portillo, y no pudiendo cortar la furia del agua para arribar á tomar la salida, se dexó ir el rio abajo, á ver si habia otro portillo por do salir, y aunque procuró muchas veces subir la barranca para tomar tierra, no le fué posible, por ser la barranca tan cortada como una pared, y no hallar el caballo donde afirmar los pies, por lo qual tuvo necesidad de volver á estotra ribera, y como el caballo hubiese nadado tanto tiempo sin descansar, iba muy fatigado:

Juan Lopez pidió socorro á los compañeros que cortaban la madera para la balsa: quatro de ellos, grandes nadadores, viendo el peligro en que venia, se echaron al agua, y á él y á su caballo sacaron á tierra en salvamento, que no fue poca ventura segun venian fatigados de lo que habian trabajado, donde los dexarémos por decir lo que el Gobernador hizo entre tanto en Apalache.

CAPITULO XI.

El Gobernador prende al Curaca de Apalache.

El Adelantado Hernando de Soto no estaba ocioso mientras el Contador y Capitan Juan de Añasco, y los treinta caballeros que con él iban hacian el viage que hemos dicho; antes sintiendo los Indios de la provincia de Apalache, donde él estaba, con la ansia y cuidado que hemos visto de matar ó herir á los Castellanos, y que no perdian ninguna ocasion que para poderlo hacer de dia ó de noche se les ofrecia, pareciéndole que si pudiese haber á las manos al Cacique, cesarian luego las asechanzas y traiciones de sus Indios, puso gran diligencia en secreto por saber donde estaba el Curaca, y en pocos dias le traxeron nueva cierta que estaba metido en

unas grandes montañas de mucha aspereza, donde aunque no estaba mas de ocho leguas del Real, le pareció al Cacique estar seguro, así por la mucha máleza y dificultad del camino, monte y cienegas que en él habia, como por la fortaleza del sitio, y por la mucha y buena gente que para su defensa consigo tenia.

Con esta nueva cierta quiso el Géneral hacer la jornada por su propia persona; y tomando los caballos é infantes necesarios, guiado por las mismas espías, fué donde el Cacique estaba, y habiendo caminado las ocho leguas en tres dias, y pasado mucho trabajo por las dificultades del camino, llegó al puesto. Los Indios lo tenian fortificado en esta manera. En medio de un monte grandísimo y muy cerrado tenian rozado un pedazo, donde el Curaca y sus Indios tenian su alojamiento. Para entrar á esta pla-

za tenian por el mismo monte abierto un callejon angosto y largo de mas de media legua. Por todo este callejon á trechos, de cien á cien pasos, tenian hechas fuertes palizadas con maderos gruesos que atajaban el paso; en cada palenque habia gente de guarnicion, señalada por sí para que le defendiese. No tenian hecha salida para salir por otra parte de este fuerte, por parecerles que el sitio, aunque los Españoles llegasen á él, era de suyo tan fuerte, y la gente para su defensa tanta y tan valiente, que era imposible que lo ganasen. Dentro en él estaba el Cacique Capafi bien acompañado de los suyos, y ellos con ánimo de morir todos antes que ver su Señor en poder de sus enemigos.

Llegado el Gobernador á la boca del callejon halló la gente bien apercibida para su defensa: los Cas-

tellanos pelearon bravamente, porque como el callejon era angosto no podian pelear mas de los dos delanteros. Con este trabajo, á puro golpe de espada, recibiendo muchos flechazos ganaron la primera palizada y la segunda. Mas como fuese menester cortar las maromas de mimbres y otras sogas con que los Indios tenian atados los maderos atravesados, mientras las cortaban recibian mucho daño de los enemigos; empero con todas estas dificultades ganaron el tercer palenque, y los demás hasta el último, aunque los Indios pelearon tan obstinadamente, que por la mucha resistencia que hacian ganaban los Españoles el callejon palmo á palmo, hasta que llegaron donde estaba el Curaca en lo desmontado.

Allí fué grande la batalla, porque los Indios, viendo á su Señor en peligro de ser muerto ó preso,

peleaban como desesperados, y se metian por las espadas y lanzas de los Españoles, para los herir ó matar, quando de otra manera no podian. Los Christianos, por otra parte, viendo tan cerca la presa que deseaban, por no perder lo trabajado, hacian peleando todo lo posible porque el Cacique no se les fuese. En esta porfia y combate estuvieron mucho espacio Indios y Españoles, mostrando los unos y los otros la fortaleza de sus ánimos, aunque los Indios por falta de las armas defensivas llevaban lo peor. El Gobernador, que deseaba ver al Cacique en su poder, sintiéndole tan cerca, peleaba por su persona, como muy valiente soldado que era, y como buen capitan animaba á los suyos, nombrándoles á voces por sus nombres. Con lo qual los Españoles hicieron grandisimo ímpetu, é hirieron á los enemigos con tanta ferocidad y

crueldad que casi los mataron todos.

Los Indios, habiendo hecho para gente desnuda mas de lo que habian podido, esos pocos que quedaron, porque los Españoles á vueltas de ellos no matasen al Cacique, viendo que ya no podian defenderle, y tambien porque el mismo Curaca á grandes voces se lo mandaba, soltaron las armas y se rindieron; y puestos de rodillas ante el Gobernador le suplicaron todos á una, perdonase á su señor Capafi, y á ellos mandase matar. El General recibió á los Indios piadosamente, y les dixo, que á su señor y á todos ellos perdonaba la inobediencia pasada, con que adelante fuesen buenos amigos.

El Cacique vino en brazos de sus Indios, porque no podia andar por sus pies: llegó á besar las manos al Gobernador, el qual lo recibió con mucha afabilidad, muy con-

tento de verlo en su poder. Era Capafi hombre grosísimo de cuerpo, tanto que por la demasiada gordura, y por los achaques é impedimentos que ella suele causar, estaba de tal manera impedido, que no podia dar solo un paso, ni tenerse en pie: sus Indios lo traian en andas: donde quiera que andaba por su casa era á gatas, y esta fué la causa de no haberse alejado Capafi mas de lo que se apartó del alojamiento de los Españoles, entendiendo que bastaba la distancia de el sitio, y la fortaleza de él, con la maleza del camino, para que le aseguráran de ellos, mas hallóse engañado de sus confianzas.

CAPITULO XII.

El Cacique de Apalache vá con orden del Gobernador á reducir sus Indios.

Con la presa del Cacique se volvió el General muy contento al pueblo de Apalache, por parecerle que con la prision del Señor cesarian las desvergüenzas y atrevimiento de los vasallos, los quales, despues que los Castellanos entraron en aquel pueblo, no habian dexado de hacer insultos de dia y de noche, dándoles armas y rebatos muy á menudo, andando tan astutos y diligentes en sus asechanzas, que en desmandándose el Español, por poco que se apartase del Real, luego los salteaban ó herian, todo lo qual le pareció al General se acabaria con tener al Curaca en su po-

der. Mas toda esta esperanza le salió vana, porque los Indios, con la pérdida de su Cacique, quedaron mas libres y desvergonzados, y fueron mas continuos en las molestias que a los Christianos hacian, porque como no tenian señor en cuya guarda y servicio se ocupasen, todos se convertian en molestar y dañar á los Castellanos mas obstinadamente que antes; de lo qual enojado el Adelantado habló un dia á Capafi, y le dixo la pesadumbre que tenia de la mucha insolencia, y ningun agradecimiento que sus vasallos mostraban al buen tratamiento que á su Curaca y á ellos se les habia hecho, en no haber executado el mal y daño que en sus personas y haciendas pudieran hacer en castigo de la rebeldia de ellos, que antes los habia tratado como á amigos, que sino era irritado de ellos mismos, no habian

muerto ni herido Indio alguno, ni movídose á hacer daño en sus pueblos y sementeras, pudiendo talar y quemar toda su provincia, porque eran tierras y casas de enemigos tan perversos como ellos: que les mandase cesar de sus traiciones y desvergüenzas sino queria que les hiciese guerra á fuego y sangre: que mirase que estaba en poder de los Españoles, los quales le honraban y trataban con mucho respeto y regalo; y que podria ser que los desacatos y la mucha soberbia de sus vasallos causasen su muerte y la total destruccion de su pátria.

El Curaca respondió con mucha sumision y muestras de gran sentimiento diciendo, que le pesaba en extremo que sus vasallos no correspondiesen á la obligacion de la merced que su señoria les habia hecho, ni sirviesen como él lo

deseaba y habia procurado despues que estaba en su poder, con mensageros que les habia enviado, mandándoles que cesasen de enojar y dar pesadumbre á los Castellanos; pero que los recaudos no habian hecho efecto alguno, porque los Indios no querian creer que fuesen del cacique sino agenos; ni podian persuadirse á entender la merced y regalo que su señoria le hacia, ni que estaba libre; antes sospechaban que lo tenia muy mal tratado en hierros y prisiones, y que esta sospecha era la causa de que anduviesen ahora mas solícitos y porfiados en sus asechanzas que antes. Por lo qual suplicaba á su señoria mandase á sus capitanes y gente, que llevándolo á buen recaudo, fuesen con él cinco ó seis leguas del Real donde él los guiase, que alli estaban retirados en un gran monte los mas nobles y principales de sus vasallos, á los

quales llamaria á grandes voces de dia ó de noche, nombrandolos por sus nombres, y ellos oyendo la voz de su señor acudirian todos á su llamado; y habiendose desengañado de su mala sospecha se apaciguarian, y harian lo que les mandasen, como lo veria por la obra; y que este era el camino mas cierto y mas breve para reducir los Indios á su servicio, por el respeto y veneracion que naturalmente tenian á sus curacas, y que por via de mensageros no aprovecharia cosa alguna, ni se negociaria nada con ellos, porque habian de responder que eran recaudos falsos y fingidos, que los enviaban sus propios enemigos, y no su cacique.

Con estas palabras, y un semblante muy penado persuadió Capafi á Hernando de Soto que lo enviase donde él decia, y asi se ordenó y puso por obra. Fueron con él dos compañias, una de caballos, y otra

de infantes, los quales iban muy encargados de la guarda y buen recaudo del curaca, no se les huyese. Con este cuidado salieron del Real antes que amaneciese. Caminaron seis leguas hácia el Mediodia: llegaron cerca de la noche al puesto donde el cacique decia que estaban los suyos, en unos montes que por alli habia.

Luego que Capafi llegó al sitio señalado, entraron en el monte tres ó quatro Indios de los que con él habian ido, y en poco espacio volvieron otros diez ó doce de los que estaban en los montes, á los quales mandó el curaca, que aquella noche apercibiesen á todos los Indios principales que en el monte habia, para que se juntasen, y el dia siguiente pareciesen ante él, que por sú propia persona les queria dar noticia de cosas que importaban mucho á la honra, salud y provecho de to-

dos ellos. Con este recaudo se volvieron los Indios al monte, y los Castellanos, habiendo puesto sus centinelas y buena guarda en la persona del cacique, reposaron aquella noche con mucho contento de lo que estaba ordenado, pareciéndoles que su pretension iba encaminada á que ellos volviesen con honra y gloria de su jornada; no advirtiendo, que las mayores esperanzas que los hombres de si mismos se prometen, suelen salir mas vanas, como les acaeció á estos Españoles.

CAPITULO XIII.

El cacique de Apalache, siendo tullido, se huye á gatas de los Españoles.

Con gran contento y comun regocijo se habian puesto á reposar y descansar nuestros Castellanos, capitanes y soldados, entendiendo que el dia venidero habian de volver á su Capitan General con victoria y triunfo de llevarle todos los Indios principales de aquella provincia reducidos á su amistad y servicio, con que todos pensaban quedar en paz y descanso, quando se hallaron burlados de sus imaginaciones; porque luego que amaneció se vieron sin el cacique, y sin Indio alguno de los pocos que con él habian ido. De lo qual admirados, se preguntaron unos á otros que se hubiese hecho, y todos respondian, que no era posible

sino que el Indio hubiese conjurado los demonios, y que ellos lo hubiesen llevado por los ayres, porque segun las centinelas afirmaban, no habia habido descuido alguno por do el cacique pudiese haber huido.

Mas la verdad del hecho fue, que los Castellanos, asi por el cansancio de la jornada larga del dia pasado, como por la confianza que de la amistad y buenas palabras de Capafi, y del impedimento y lision de su persona habian tomado, se descuidaron y durmieron las centinelas y no centinelas. El curaca, reconociendo el sueño y la buena ocasion, se atrevió á hurtarse de ellos, y lo puso por obra, saliéndose á gatas por medio de las centinelas; y sus Indios, que no dormian, antes andaban en asechanza de los Españoles, topando con él, se lo habian llevado acuestas, y fue merced que Dios hizo á los Christianos, que no vol-

viesen los infieles á degollarlos; porque segun la ferocidad de ellos y el sueño de los nuestros, pudieran hacerlo muy á su salvo. Mas contentaronse con ver á su señor libre del poder de los Castellanos, y porque no volviese á él, procuraron ponerlo á mejor recaudo que antes estaba; y asi lo llevaron donde entonces ni despues nunca mas pareció.

Los dos Capitanes, que por su honra callamos sus nombres, y sus buenos soldados hicieron grandes diligencias por aquellos montes buscando á Capafi como á fiera; mas por mucho que lo trabajaron todo el dia no hallaron rastro de él, porque mal se cobra el páxaro que se escapa de la red.

Los Indios, habiendo puesto en cobro al curaca, salieron á los Christianos, y les dixeron mil afrentas y denuestos, haciendo burla y escarnio de ellos, y sin hacerles otro

enojo, que no quisieron pelear con ellos, los dexaron volver á su Real, donde llegaron bien corridos y avergonzados de que un Indio que tan encomendado habian llevado se les hubiese huido y escapado á gatas. Al General y á los demas Capitanes dixeron mil fábulas en descargo de su descuido, y én abono de su honra, certificando todos que habian sentido aquella noche cosas extrañisimas, y que no era posible sino que se habia ido por los ayres con los diablos, porque de otra manera juraban que era imposible, segun la buena guarda que le tenian puesta.

El Gobernador, ya que vió el mal recaudo hecho, y que no habia remedio en él, por no afrentar aquellos capitanes y soldados, se dió por persuadido de lo que decian, y les ayudó con decir, que los Indios eran tan grandes hechiceros, que podian

hacer mucho mas que aquello; empero no dexó de sentir el descuido que habian tenido.

Volviendo á los treinta caballeros que dexamos trabaxando en pasar el caudaloso rio de Ocali decimos, que los que se ocupaban en cortar la madera, en breve tiempo hicieron la balsa, porque para semejantes necesidades iban prevenidos de hachas y cordeles, y la echaron en el agua con dos cordeles largos, con los quales la llevasen y traxesen de una parte á otra del rio, y dos buenos nadadores llevaron uno de los cordeles á la otra ribera. Todo esto tenian hecho los Españoles quando los Indios de Ocali con gran ímpetu y voceria llegaron cerca del rio, con ánimo y deseo de matar los Christianos.

Los once caballeros que salieron de la otra parte del rio se pusieron al encuentro, y cerraron con ellos.

con tanta determinacion y denuedo, alanceando los primeros que toparon, que los Indios no osaron esperarles, porque la tierra era limpia de monte baxo y alto, y los caballeros eran señores del campo, por lo qual se retiraron é hicieron á lo largo, contentándose con tirarles muchas flechas desde lejos.

Los quatro caballeros que estaban de estotra parte del rio, donde habia menos enemigos acudian, los dos el rio abaxo, y los otros dos el rio arriba, porque de estas dos partes venian los Indios. Detenianlos con sus arremetidas, para que no llegasen donde la balsa andaba, la qual, entre tanto que los de á caballo le defendian la una ribera y la otra, hizo cinco viages: en el primero llevó los capotes de los once caballeros que estaban de la otra parte del rio, que los pedian á grandes voces, porque un viento norte que

se habia levantado, tomándolos mojados, no con mas ropa que las camisas y las cotas de malla encima, los helaba de frio.

En otros quatro viages pasaron las sillas, frenos, y alforjas, y los compañeros que no sabian nadar eran pocos, porque los que sabian pasaban nadando, por no perder tiempo, echando mas viages con la balsa de los que no pudiesen excusar: y como iban pasando, así iban saliendo al llano en socorro de los que en él andaban resistiendo á los enemigos, que de hora en hora crecian: solamente quedaban dos Españoles, para retirar de la balsa, y recibir lo que en ella iba.

Para el último viage quedaron de esta parte del rio solo dos, el uno fue Hernando Atanasio, y el otro Gonzalo Silvestre. El qual entre tanto que el compañero echaba su caballo al agua, y entraba en la bal-

sa, salió á detener los enemigos, y habiéndolos retirado una buena carrera de caballo, volvió á todo correr para entrar en la balsa, donde le esperaba el compañero, y sin quitar silla, ni freno al caballo, lo echó al agua, y él entró en la balsa, habiendo desatado el cordel que tenia atado en tierra.

Por priesa que los Indios se dieron en venir á flechar los Castellanos, ya ellos iban à medio rio fuera de peligro, por la mucha diligencia que los compañeros de la otra parte habian puesto en tirar de la balsa. Los caballos, como los echaban en el agua, así pasaban de muy buena gana sin que les hiciesen fuerza, ni los guiasen: que parecia reconocer el mal que los enemigos les deseaban hacer, y como si fueran racionales, así acudian á obedecer lo que les mandaban, sin rehusar el entrar y salir do quiera que

los metian, que para los Españoles no era poco alivio: y aun de ellos tomaban exemplo para acudir con mayor prontitud al trabajo, viendo que las bestias no lo rehusaban.

CAPITULO XIV.

Suceso del viage de los treinta caballeros hasta llegar á la cienega grande.

Con las dificultades y trabajos que hemos dicho, y muchos mas que se dexan de decir, porque es imposible poderse contar todos los que en semejantes jornadas se padecen, pasaron estos treinta valientes y esforzados caballeros el rio de Ocali, habiendolos Dios nuestro Señor favorecido tan piadosamente, que ninguno de ellos ni de sus caballos saliesen heridos. Eran ya las dos de la tarde quando acabarón de pasar el rio. Fueron al pueblo, por necesidad

que tenian de parar en él, porque Juan Lopez Cacho, con lo mucho que habia trabajado en el agua, y con el gran frio que hacia, se habia helado, y quedado como estatua de palo sin poder menear pie ni mano.

Los Indios, viendo ir los Españoles al pueblo, se pusieron á defenderles el paso, por detenerles entretanto que sus mugeres é hijos se iban al monte, y no por estorvarles la entrada y estada que en el pueblo quisiesen hacer. Y quando entendieron que su gente podria estar ya libre, se retiraron y desampararon el lugar. Los Castellanos entraron dentro, y se alojaron en medio de la plaza, que no osaron entrar en las casas porque los enemigos, hallándolos divididos, no los cercasen y tomasen encerrados.

Hicieron quatro fuegos grandes en quadrangulo: al calor de ellos pu-

bien de lo que era. El qual con el lustror de la noche, vió una grande y obscura nube de gente, que con un murmollo feroz y sordo venia al pueblo, y mirando mas se certificó que era un formado esquadron de enemigos. Luego fue con el aviso á los demas Españoles, los quales, viendo con alguna mejoria á Juan Lopez, lo pusieron bien arropado sobre su caballo, y lo liaron á la silla, porque no se podia tener de suyo. Semejaba al Cid Ruiz Diaz quando salió difunto de Valencia, y venció aquella famosa batalla.

Un compañero tomó las riendas del caballo para guiarle, porque Juan Lopez no estaba para tanto. De esta manera, lo mas secretamente que les fue posible, salieron los treinta Españoles del pueblo Ocali antes que los enemigos llegasen á él, y caminaron á tan buen paso, que al amanacer se hallaron seis leguas del pueblo.

Con esta misma diligencia siguieron siempre su viage, corriendo la posta por las tierras pobladas, porque la nueva de su ida nó les pasase adelante, y alanceaban los Indios que topaban cerca de los caminos, porque no diesen aviso de ellos. Por las tierras despobladas, donde no habia Indios, acortaban el paso, porque los caballos descansasen y tomasen aliento para correr donde hubiese necesidad. Así pasaron este dia, que fue el sexto de su jornada, habiendo corrido y caminado casi veinte leguas, parte de ellas por la provincia de Acuera, tierra poblada de gente belicosisima.

Al seteno dia que habian salido del Real adoleció uno de ellos llamado Pedro de Atienza, y pocas horas despues que sintió el mal, yendo caminado, falleció encima de su caballo. Los compañeros le enterraron con mucha lastima de tal muer-

te, que por no perder tiempo en su camino no habian creido lo que con su mal repentino se habia quexado. La sepultura hicieron con las hachas que llevaban de partir leña, que aun para esto fueron buenas. Pasaron adelante con pena que en tal tiempo y de número tan pequeño faltase uno.

Al poner del sol llegaron al paso de la cienega grande, habiendo corrido y caminado este dia tan bien como el pasado otras veinte leguas; cosa increible á los que no se hubieren hallado en las conquistas del Nuevo Mundo, ó en las guerras civiles del Perú, pensar que haya caballos ni hombres que puedan hacer tan largas jornadas; pues en ley de hijodalgo afirmamos con verdad, que en siete dias anduvieron estos caballeros ciento y siete leguas, una mas ó menos que hay por donde ellos fueron, del pueblo principal

de Apalache hasta la gran cienega. La qual hallaron que venia hecha una mar de agua, con muchos brazos que entraban y salian de ella, tan raudos y bravos, que qualquiera de ellos bastaba á dificultarles el paso, quanto mas tantos; y la madre sobre todos. Para que los caballos puedan sufrir el demasiado trabajo que en las conquistas del Nuevo Mundo han pasado y pasan, tengo para mí, con aprobacion de todos los Españoles Indianos que acerca de esto he oido hablar, que la principal causa sea el buen pasto del maiz que comen; porque es de mucha substancia, y gratisisimo para ellos y para todo animal; y pruebase esto, con que los Indios del Perú, á los carneros que les sirven de caballería, para que puedan sufrir la carga excesiva, qual es el peso de un hombre la carga comun que ellos llevan, le dan zara: y á los demas,

aunque lleven carga, por ser acomodada a sus fuerzas, los sustentan solamente con el pasto que puede haber en el campo.

Aquella noche durmieron, ó por mejor decir, velaron á la ribera de la cienega, con grandísimo frio que sobrevino, por levantarse el tiempo norte, que en toda aquella region es frigidísimo. Hicieron grandes fuegos, y con el calor de ellos pudieron pasar el frio, aunque con temor no acudiesen Indios á la lumbre del fuego, que veinte de ellos que vinieran, bastaran á les impedir el paso, y aun á matarlos todos, porque en el agua, desde sus canoas, podian los Indios ofender muy á su salvo á los Españoles, y ellos no podian aprovecharse de sus caballos para ofender los enemigos, ni tenian arcabuces, ni ballestas con que alejarlos de sí. Con esta pena y congoja, velándose por sus ter-

cios, se pusieron á descansar, apercibidos para el trabajo del dia venidero.

CAPITULO XV.

Trabajo insoportable que los treinta caballeros sufrieron al pasar la cienega grande.

Pocas horas reposaron nuestros Españoles sin sobresalto, aunque no causado de los enemigos, sino del excesivo trabajo que por el camino habian padecido, y fue, que cerca de la media noche, uno de ellos, llamado Juan de Soto, que era camarada de Pedro Atienza, el que atrás dexamos enterrado, falleció casi repentinamente. No faltó en la quadrilla quien á todo correr saliese huyendo de ellos, diciendo á grandes voces: Voto á tal que nos ha dado pestilencia, pues en tan breve espacio, y tan repentinamente se han

muerto dos Españoles. Gomez Arias, que era hombre cuerdo y discreto, dixo al que huia: Harta pestilencia llevais en vuestro viage, de la qual no podeis huir por mucho que hagais, si huis de nosotros, ¿donde pensais ir? que no estais en el arenal de Sevilla ni en su axarafe. Con esto volvió el huido, y ayudó á rezar las oraciones que por el difunto se decian, mas no osó llegar á enterrar el cuerpo, que todavia porfiaba que habia muerto de peste.

Con este socorro para sus trabajos pasaron la noche. Venido el dia, dieron órden en pasar la cienega, la qual vieron que traia menos agua que el dia antes, que no fue poco alivio para el trabajo que esperaban tener. Ocho Españoles que no sabian nadar aderezaron la varandilla de la puente que en lo mas hondo de la cienega estaba hecha de árboles caidos, y por ella pasaron las sillas

de los caballos, y la ropa de todos los compañeros. Los otros veinte Españoles, desnudos como nacieron, trabajaban por echar los caballos al agua, los quales por el mucho frio del agua no querian entrar á lo hondo de ella, donde hubiesen de nadar. Los Castellanos ataban cordeles largos á las jaquimas, y quatro y cinco de ellos entraban nadando hasta en medio de la corriente para tirar los caballos, otros con varas largas les daban de palos para que entrasen; mas ellos, juntando todos quatro pies se estaban quedos, y se dexaban matar á palos antes que entrar en el agua. Algunos caballos, asi compelidos y forzados, entraban nadando un trecho, mas no pudiendo sufrir el frio revolvian, huyendo á tierra, trayendo los nadadores arrastrando, que no eran parte para los tener, ni los que estaban en tierra los podian resistir: y aunque de-

cimos que estaban en tierra, andaban con el agua á la cinta y á los pechos.

Así anduvieron trabajando estos veinte Españoles mas de tres horas de relox, que con toda quanta diligencia pusieron no fueron poderosos para hacer que caballo alguno quisiese pasar de la otra parte, aunque los remudaban, tomando unos y dexando otros, á ver si habia alguno que quisiese pasar.

Al cabo de las tres horas, por la mucha fuerza que les hacian, pasaron dos caballos, el uno fue el de Juan de Añasco, y el otro de Gonzalo Silvestre; y aunque pasaron estos no quisieron pasar los otros por el miedo que habian cobrado del frio del agua. Los dueños de los caballos, que eran de los que no sabian nadar, los ensillaron y subieron en ellos, para estar aperci-

bidos, y hacer lo que pudiesen si viniesen enemigos.

Gomez Arias era el caudillo de los diez y nueve compañeros que en el agua andaban, y era el que mas trabajaba de todos ellos; los quales, como hombres que habia mas de quatro horas que andaban en el agua, sufriendo el frio que los caballos no podian sufrir, estaban pasados de frio, y tenian los cuerpos amoratados que parecian negros: y como viesen que todas las diligencias que hacian, y el trabajo que pasaban, que cada uno puede imaginar quál seria, no les aprovechaba nada para que los caballos pasasen de la otra parte, querian desesperar de la vida. A este tiempo llegó Juan de Añasco que, como diximos, habia ensillado su caballo, y venia por el agua, por lo que se podia vadear hasta la canal honda; el qual enfadado de que

no hubiesen pasado mas caballos, sin considerar que no habia sido por falta de diligencia de los que en el agua andaban, y sin mirar quales los tristes estaban, incitado de una cólera que este caballero tenia, ocasionada para que le perdiesen el respeto que como á caudillo se le debia tener, dixo en voz alta: Gomez Arias ¿por qué no acabais de pasar esos caballos, mucho enhoramala para vos? Gomez Arias, viendo quales estaban él y sus compañeros, y que mas parecian difuntos que vivos que ya no podian llevar el tormento que sentian, así del ánimo como del cuerpo, y que el capitan agradecia mal el insoportable trabajo que él y sus compañeros padecian, que cierto no se puede encarecer ni decir por entero el que aquel dia pasaron estos veinte y ocho compañeros, en especial los que anduvieron en el agua, desdeñado de la

ingratitud que Juan de Añasco mostraba á su mucho afan, le respondió diciendo: Mala sea para vos y para la mala perra bagasa que os parió. Estais encima de vuestro caballo muy bien vestido, y arropado con vuestro capote, y no mirais que ha mas de quatro horas que andamos en el agua elados de frio, sin poder hacer mas. Apeaos en mala hora, entrad acá, y verémos si sois para mas que nosotros. A estas palabras añadió otras no mejores, porque la ira quando se enciende no sabe tener freno.

Juan de Añasco, se reportó por lo que los compañeros, volviendo por Gomez Arias, le dixeron, y tambien porque vió que en lo que habia dicho no habia tenido razon, y que la aspereza de su mala condicion habia causado aquella zizaña, y con ella el desacato de su persona.

Otras muchas veces se la causó

en este viage y en otros que hizo, que por no mirar primero lo que en semejantes casos habia de decir, se vió muchas veces en confusion y menoscabo de su reputacion. Lo qual deben advertir los hombres, principalmente los constituidos en la guerra por caudillos y superiores, que en todo tiempo les está bien la mansedumbre y afabilidad con los suyos, y el mandarles en los trabajos, siempre sea antes con el exemplo que con las palabras; y quando hubiere de usar de ellas sean buenas, que se puede decir lo que estas ganan, y pierden las malas, no siendo de mas costa las unas que las otras.

CAPITULO XVI.

Viage de los treinta caballeros hasta media legua del pueblo de Hirribigua.

Luego que se apaciguó la discordia, volvieron los Españoles á su trabajo, y como era ya cerca de medio dia, con el beneficio del calor del Sol, que templaba algun tanto el frio del agua, empezaron los caballos á pasar mejor que hasta entónces; mas no con tanta presteza como era menester, que ya eran mas de las tres de la tarde quando acabaron de pasar.

Era gran compasion y lástima ver quales salieron los Españoles del agua, molidos y hechos pedazos del largo trabajo que pasaron, consumidos del frio que casi todo el dia sufrieron, tan quebrantados y cansados que apenas podian tenerse, y con esto es de advertir el poco ó

ningun regalo que tenian para restaurarse de tanto mal pasado : mas todo lo dieron por bien empleado por haber pasado aquella mala cienega que tan temida traian. Dieron gracias á Dios que no hubiesen acudido enemigos á defenderles el paso, que fue particular misericordia divina; porque si al trabajo que hemos dicho que pasaron se les añadiera haber de pelear, y defenderse de solos cincuenta Indios, ¡ qué fuera de ellos! La causa de no haber acudido Indios, debió ser estar aquella cienega lejos de poblado, y ser ya invierno, que entonces, porque andan desnudos, acostumbran salir poco de sus casas.

Los Españoles acordaron hacer noche en un gran llano que pasada la cienega estaba, porque salieron tales ellos y sus caballos, que no estuvieron para caminar un paso. Hicieron grandes fuegos para calentar-

se: consolaronse con que de alli adelante hasta Hirrihigua, donde iban, no habia malos pasos que pasar.

Venida la noche, la durmieron con el mismo cuidado que las pasadas, y antes que amaneciese siguieron su camino: alancearon cinco Indios que toparon, que no llevasen adelante la nueva de su ida. Los caballos de los dos compañeros que fallecieron iban sueltos, ensillados y enfrenados, siguiendo á los otros, y muchas veces iban ellos delante, que para guiarlos no hacian falta sus dueños. Caminaron aquel dia trece leguas. Pararon en un buen llano, donde durmieron la noche con el orden acostumbrado. Con el alva caminaron; y á poco mas de salido el Sol pasaron por el pueblo de Urribarracuxi: dexaronlo á una mano, que no quisieron entrar en él, por no tener pendencia con sus moradores. Este dia, que fue el décimo de su viage,

caminaron quince leguas, é hicieron noche tres leguas antes del pueblo de Mucòzo.

A poco mas de media noche salieron de la dormida, y habiendo caminado dos leguas, vieron en un monte que estaba cerca del camino un fuego, del qual mas de una legua antes habia dado aviso el Mestizo Pedro Moron, diciendo, alerta yo siento que hay fuego no lejos de donde vamos. Una legua mas adelante volvio á decir, bien cerca estamos ya del fuego, y á poco trecho que anduvieron lo descubrieron.

Los compañeros, admirados de cosa tan extraña, fueron do el fuego estaba, y hallaron muchos Indios: que con sus mugeres é hijos estaban asando lizas para almorzar. Los Españoles acordaron prender los que pudiesen aunque fuesen vasallos de Mocozo, hasta saber si habia sustentado la paz con Pedro Calderon,

porque sino la hubiesen mantenido, pretendian enviar á la Habana los que prendiesen, para que con otras señales y muestras de sus victorias fuese aquella. Con esta determinacion arremetieron al fuego. Los Indios gandules, sobresaltados con el ruido y tropel de los caballos, huyeron por el monte adelante. De mugeres y muchachos prendieron hasta diez y ocho ó veinte personas que pudieron atajar, que otros muchos se escaparon por la obscuridad de la noche, y por los matos del monte. Los presos á grandes voces, aclamando y llorando, llamaban el nombre de Ortiz, sin decir otra palabra, mas de aquella repetida muchas veces, como que quisiesen traer á la memoria de los Españoles los beneficios que su cacique, y ellos le habian hecho: no les aprovechó nada para que dexasen de ir presos y antecogidos, porque de las buenas obras

ya recibidas pocos son los que se acuerdan para las agradecer. De las lizas almorzaron los Españoles así acaballo como estaban, y aunque con la revuelta de los Indios y caballos se habian henchido de arena, no curaron quitarla, porque decian que era azucar y canela segun les sabia, por la mucha hambre que llevaban.

Pasaron por una traviesa lejos del pueblo de Mucozo, y habiendo caminado aquella mañana cinco leguas, se les cansó el caballo de Juan Lopez Cacho, del qual nos hemos olvidado despues que del pueblo de Ocali lo sacaron liado. Es de saber, que con el gran sobresalto que aquella noche tuvo de la venida de los enemigos, y mediante el vigor de la edad robusta, que era de poco mas de veinte años, volvió en sí entrando en calor, y sanó del mal que con el mucho frio y trabajo de aquel dia

habia cobrado, y por todo el camino trabajó despues como qualquiera de los compañeros. Su caballo, como trabajó tanto al pasar del rio de Ocali, vino á cansarse tan cerca del pueblo donde iban á parar, que no les quedaba mas de seis leguas por andar. No fue posible, por cosas que le hicieron, llevarlo adelante: dexaronlo en un buen prado de mucha yerba donde comiese: quitaronle el freno y la silla: pusieronla en un árbol para que el Indio que quisiese servirse de él lo llevase con todo su recaudo; mas antes temian y habian lastima que luego que lo topasen lo habian de flechar. Con esta pena caminaron casi cinco leguas, hasta que con la sospecha de otra mayor se les olvidó aquella, y fue, que como llegasen á poco mas de una legua del pueblo de Hirrihigua, donde quedó el capitan Pedro Calderon con los quarenta caballos y ochenta

infantes, iban mirando el suelo con deseo de ver rastro de caballos, que por ser tan cerca del pueblo, y ser la tierra limpia de monte, les parecia que no era mucho haberla paseado y hollado hasta allí, y aun mas adelante; y como en ninguna manera hallasen pisadas ni otra señal de caballos, recibieron grandísimo dolor y tristeza, temiendo si los habian muerto los Indios, ó si ellos se habian ido de aquella tierra en los vergantines y la caravela que les quedó: porque decian, que si allí estuvieran, era imposible no haber rastro de caballos tan cerca del pueblo.

En esta sospecha, y en la confusion que ella les causaba de lo que harian si hubiese acaecido lo uno ó lo otro, tomaron su acuerdo en lo por venir, porque se hallaban aislados de tal manera, que para salir de la tierra é irse por la mar, no te-

nian siquiera una barca, ni como poderla hacer; y para volver donde el Gobernador quedaba, les parecia imposible, segun lo que al venir habian pasado. Entre estos miedos y desconfianzas salieron igualmente todos con un mismo ánimo y determinacion, y dixeron, que quando no hallasen los compañeros en Hirrihigua, se entrarian en alguna parte secreta de los montes que por allí habia, donde hallasen yerba para los caballos, y entre tanto que ellos descansasen, matarian el que sobraba, y lo harian tasajos para matalotage del camino; y habiendo dexado descansar los caballos tres ó quatro dias se aventurarian á volver donde el Gobernador quedaba, que si los matasen en el camino, habrian acabado como buenos soldados, haciendo el deber en lo que su capitan general les habia encomendado; y si saliesen á salvamento, habrian hecho

lo que se les habia encargado. Esto determinaron entre todos veinte y ocho Españoles, por última resolucion de lo que adelante habian de hacer, no hallando á Pedro Calderon en Hirrihigua.

CAPITULO XVII.

Llegan los veinte y ocho caballeros donde está el capitan Pedro Calderon: como fueron recibidos.

Hecha la heroica determinacion siguieron su camino, y quanto mas adelante pasaron, tanto mas se certificaban en la sospecha y en el temor que llevaban, porque de ninguna manera hallaban rastro de caballos, ni otra señal por do pudiesen determinar que hubiesen andado por allí Españoles. Así caminaron hasta llegar á una laguna pequeña, que estaba menos de media legua del pue-

blo de Hirrihigua, donde hallaron rastro fresco de los caballos, y señal de que se habia hecho legia y lavado ropa en ella.

Con estas muestras se regocijaron grandemente los Españoles: y sus caballos, oliendo el rastro de los otros, se alentaron y tomaron nuevos brios, de tal manera que parecia que salian entonces de las caballerizas holgados de veinte dias. Con el contento que se puede imaginar, y con el nuevo aliento de los caballos se dieron mas priesa á caminar. Los caballos iban rechazando del suelo con saltos y brincos, que sus dueños no los podian sosegar ni tener; tan buenos eran, que quando se pensaba que de cansados no pudieran tenerse hacian esto. Llegaron á dar vista al pueblo de Hirrihigua á puesta de Sol, habiendo caminado aquel dia sin correr once leguas, y fue la jornada mas corta que en todo este via-

ge hicieron. Del pueblo salia la ronda de á caballo de dos en dos, con sus lanzas y adargas, para velar y guardar su alojamiento.

Juan de Añasco y sus compañeros se pusieron asimismo de dos en dos, y como si fuera entrada de juego de cañas, llegando à carrera de caballo con mucha algazara, grita, fiesta y regocijo corrieron á toda furia hasta el pueblo, con tal órden, que quando los primeros iban parando, los segundos iban corriendo á media carrera, y los terceros partian del puesto: así corrieron todos que pareció muy bien el órden que llevaron, y fue una fiesta alegre y placentera, y termino de una jornada tan trabajosa, como la hemos visto.

A la grita que daban los que corrian salieron el Capitan Pedro Calderon y todos sus soldados, y holgaron mucho de ver la buena entra-

da que hacian los que venian: recibieronlos con muchos abrazos y comun regocijo de todos, y fue de notar, que á las primeras palabras que hablaron los que estaban, sin haber preguntado por la salud de el exército, ni del Gobernador, ni de otro algun amigo particular, preguntaron casi todos á una con grande ansia de saberlo, si habia mucho oro en la tierra. La hambre y deseo de este metal muchas veces pospone y niega los parientes y amigos.

Habiendo pasado muchos mas trabajos y peligros que hemos dicho, acabaron estos veinte y ocho caballeros esta jornada, aunque no fue para acabar los trabajos, sino para empezar otros mayores y mas largos afanes, como adelante veremos. Tardaron en el camino once dias. Uno de ellos gastaron en pasar el rio de Ocali, y otro les ocupó la cienega grande, de manera que en nueve

dias caminaron ciento y cincuenta leguas, pocas mas que hay de Apalache a la baía que llamaron de Espíritu Santo, y pueblo de Hirrihigua. Por esto poco que hemos contado que pasaron en esta breve jornada, se podrá considerar y ver lo que los demas Españoles habran pasado en conquistar y ganar un Nuevo Mundo, tan grande y tan aspero como lo es de suyo, sin la ferocidad de sus moradores, y por el dedo del gigante se podrá sacar el grandor de su cuerpo: aunque ya en estos dias los que no lo han visto, como gozan á manos enxutas del trabajo de los que lo ganaron, hacen burla de ellos, entendiendo que con el descanso que ellos ahora lo gozan, con ese lo ganaron los conquistadores.

El capitan Juan de Añasco, luego que llegó al pueblo de Hirrihigua, se informó del capitan Pedro Calderon, si los Indios de aquella

provinçia y los de Muçozo le habian mantenido paz, y hechole amistad, y habiendo sabido que si, mandó sóltar luego las Indias y muchachos que traian presos, y con dádivas les envió á su tierra, y les mandó que dixesen á su Curaca Mucozo viniese á verlos, y traxese gente para llevar á sus casas el matalotage, y otras muchas cosas que á la partida de los Españoles pensaban dexarles, y que hubiese por encomendado el caballo que en su tierra habia quedado cansado.

Las mugeres y muchachos se fueron muy contentos con tan buen recaudo, y al tercero dia vino el buen Mucozo acompañado de sus caballeros y gente noble, y traxo el caballo consigo, y la silla y freno traxeron los Indios acuestas, que no supieron echarsela. Con mucho contento y amor abrazó el cacique Mucozo al capitan Juan de Añasco, y

á todos los que con él venian, y uno por uno les preguntó como venian de salud, y como quedaba el Gobernador su señor, y los demas capitanes caballeros y soldados. Despues de haberse informado de la salud del exército, quiso saber muy particularmente cómo les habia ido por el camino á la ida y á la venida, que batallas, recuentros, hambres, trabajos y necesidades habian pasado; y al cabo de sus preguntas, que la plática fue muy larga y gustosa, dixo, que holgaria mucho poder imprimir su ánimo y voluntad en todos los curacas y señores de aquel gran reyno, para que todos sirviesen al Gobernador y á sus Españoles, como ellos merecian y él lo deseaba.

El contador y capitan Juan de Añasco, habiendo notado quan de otra manera los habia recibido y hablado este curaca que sus propios compañeros, que no habian pre-

gustado sino por oro, les rindió las gracias en nombre de todos, por el amor que les tenia: de parte del general le dió muchas encomiendas á él y á todos los suyos, en agradecimiento de la paz y amistad que con el capitan Pedro Calderon y sus soldados habian tenido, y por la aficion que siempre les habian mostrado. Sin estas razones, hubo de ambas partes otras muchas palabras de comedimiento y amor; y las del Indio, segun iban ordenadas y dichas á propósito, admiraban á los Españoles: porque cierto fué dotado de todas las buenas partes que un caballero que se hubiese criado en la corte mas política del mundo pudiera tener: que demas de los dotes corporales, de buena disposicion de cuerpo y hermosura de rostro, los del ánimo, de sus virtudes y discrecion, así en obras como en palabras, eran tales, que con razon se maravi-

llaban de él nuestros Españoles, viéndole nacido y criado en aquellos desiertos; y muy juntamente le amaban por su buen entendimiento y mucha bondad; y asi fué gran lástima que no le convidasen con el agua del bautismo, que segun su buen juicio, pocas persuasiones fueran menester para sacarlo de su gentilidad, y reducirlo á nuestra Fé Católica; y fuera un galano principio para esperar que tal grano echára muchas espigas, y hubiera mucha mies. Mas no es de culparles, porque estos Christianos habian determinado de predicar y administrar los Sacramentos de nuestra ley de gracia despues de haber conquistado, y hecho asiento en la tierra, y esto los entretuvo para que no los administráran desde luego. Esto quede aquí dicho para que sirva de disculpa y descargo de estos Castellanos, de haber tenido el mismo descuido

en otros semejantes pasos que adelante verémos; que cierto se perdieron ocasiones muy dispuestas para ser predicado y recibido el Evangelio y no se espanten que se pierdan los que las pierden.

CAPITULO XVIII.

Cosas que ordenaron los Capitanes Juan de Añasco y Pedro Calderon, en cumplimiento dc lo que el General les habia mandado.

El curaca Mucozo se entretuvo con Juan de Añasco, y los demas Españoles quatro dias, en los quales, y en los demas que los nuestros estuvieron en el pueblo de Hirrihigua, no cesaron sus Indios de llevar á su tierra, yendo y viniendo como hormigas, todo lo que los Españoles por no lo poder llevar consigo habian de dexar en aquel pueblo, que era mucha cantidad: porque de solo

cazavi, que es el pan de aquella isla de Santo Domingo, Cuba y sus circunvecinas, les quedó mas de quinientos quintales, sin otra mucha cantidad de capas, sayos, jubones, calzones, calzas y calzado de todas suertes, zapatos, borceguies y alpargates: de armas habia muchas corazas, rodelas, picas, lanzas y morriones: que de todas estas cosas, como el Gobernador era rico, llevó grande abundancia, sin las otras que eran menester para los navios, como velas, jarcias, pez, estopa, sebo, sogas, espuertas, serones, áncoras y gumenas, mucho hierro y acero, que aunque de estas cosas el Gobernador llevó consigo lo que pudo llevar, quedó mucha cantidad; y como Mucozo era amigo, holgaron los Españoles que se las llevase, y así lo hicieron sus Indios, y quedaron ricos y contentos.

Juan de Añasco traia órden del

Gobernador para que en los dos vergantines que en la baía del Espíritu Santo habian quedado, fuese costeando toda la costa al poniente hasta la baía de Aute, que el mismo Juan de Añasco, con tantos trabajos como vimos, habia descubierto, y dexado señalada, para conocerla quando fuese costeando por la mar. Por cumplir su comision visitó los vergantines que estaban cerca del pueblo, reparólos, proveyó de bastimentos, y apercibió la gente que con él habia de ir, en lo qual gastó siete dias. Dió aviso al capitan Pedro Calderon del orden que el Gobernador mandaba que llevase en el camino que habia de hacer por tierra; y habiéndose despedido de los demas compañeros, se hizo á la vela en demanda de la baía de Aute, donde lo dexarémos hasta su tiempo.

El buen caballero Gomez Arias, que tambien llevaba comision del

Gobernador para ir á la Habana en la Caravela, á visitar á Doña Isabel de Bobadilla, á la ciudad de la Habana, y á toda la isla de Santiago de Cuba, y darles cuenta de lo que hasta entonces les habia sucedido, y de las buenas partes y calidades que habian visto y notado de la Florida, demas de lo qual habia de tratar otros negocios de importancia, que porque no son de nuestra historia no se hace relacion de ellos, para lo qual Gomez Arias mandó requerir la Caravela de carena, proveerla de gente y bastimentos, y alzó velas, y en pocos dias llegó en salvamento á la Habana, donde fue bien recibido de Doña Isabel, y de todos los de la isla de Cuba; los quales con mucha fiesta y regocijo solemnizaron las nuevas de los prósperos sucesos del descubrimiento y conquista de la Florida, y la buena salud del Gobernador, á quien to-

dos ellos particular y generalmente amaban y deseaban suma felicidad, como si fuera padre de cada uno de ellos, y lo tenia merecido á todos.

Atrás hicimos mencion de que los Indios de esta provincia de Hirrihigua, en dos lances habian preso dos Españoles, lo qual fue mas por culpa de los mismos Españoles presos, que por gana que los Indios hubiesen tenido de hacerles mal; y porque fueron cosas que sucedieron en el tiempo que el capitan Pedro Calderon estuvo en esta provincia, despues que el Gobernador salió de ella, aunque son de poca importancia, y tambien porque no le sucedieron otras de mas momento, será bien contarlas aqui. Es de saber que los Indios de aquella provincia tenian hechos en la baía de Espíritu Santo grandes corrales de piedra seca, para gozar de las lizas y otro mucho pescado, que con la creciente de la mar en

ellos entraba, y con la menguante quedaba acorralado casi en seco, y era mucha la pesqueria que los Indios asi mataban; y los Castellanos, que estaban con el capitan Pedro Calderon gozaban tambien de ella. Acaeció que un dia se les antojó á dos Españoles, el uno llamado Pedro Lopez, y el otro Anton Galvan, naturales de Valverde, ir á pescar sin orden del Capitan. Fueron en una canoa pequeña, y llevaron consigo un muchacho natural de Badajoz, de catorce ó quince años, que habia nombre Diego Muñoz, page del mismo Capitan.

Andando los dos Españoles pescando en un corral grande, llegaron veinte Indios que iban en dos canoas, sin otros muchos que quedaban en tierra; y entrando en el corral, con buenas palabras, de ellas en Español, y de ellas en Indio les dixeron, amigos, amigos, gocemos

todos del pescado. Pedro Lopez, que era hombre soberbio y rústico les dixo, andad para perros, que no hay para qué tener amistad con perros: diciendo esto hecho mano á su espada, é hirió á un Indio que se le habia llegado cerca. Los demas, viendo la sinrazon de los Españoles, los cercaron por todas partes, y á flechazos y á palos con los arcos, y con los remos de las canoas mataron á Pedro Lopez, que causó la pendencia, y á Galvan dexaron por muerto, la cabeza abierta, y todo el rostro desvaratado á poder de palos: á Diego Muñoz llevaron preso sin hacerle otro mal, por su poca edad.

Los Castellanos que estaban en el alojamiento acudieron en canoas á la grita, por dar socorro á los suyos, y llegaron tarde; porque hallaron muertos los dos compañeros, y el otro preso en poder de los Indios.

A Pedro Lopez enterraron, y Anton Galvan, sintiendo que todavia respiraba, le hicieron beneficios con que se restituyó á esta vida; pero tardó en sanar de las heridas mas de treinta dias, y por muchos meses, aunque sanó de sus miembros quedó como tonto, atronado de la cabeza de los palos que en ella le dieron. Y él, que en salud no era el mas discreto de sus aldeanos, siempre que contaba lo que aquel dia habia acaecido entre otras rústicas palabras, decia: quando los Indios mos mataron á mí y á mi compañero Pedro Lopez, hicimos esto y esto: los compañeros, habiendo placer con él, le decian: á vos no os mataron, sino á Pedro Lopez: ¿cómo decis que os mataron, pues estais vivo? respondia Anton Galvan: á mí tambien me mataron, y si soy vivo, Dios me volvió á dar la vida. Por oirle estas rusticidades y groserias

le hacian contar muchas veces el cuento; y Galvan, perseverando en su lenguage pulido, diciéndolo siempre de una propia manera, daba contento y que reir á sus compañeros.

En otro lance semejante prendieron los Indios de esta provincia Hirrihigua otro Español llamado Hernando Ventimilla, grande hombre de mar, el qual salió una tarde inadvertidamente mariscando, y cogiendo camarones por la ribera de la baía abaxo, con la menguante de ella, y asi descuidado fue hasta encubrirse con un monte que habia entre la baía y el pueblo, donde habia Indios escondidos; los quales viéndole solo, salieron á él y le hablaron amigablemente diciendo, que partiese con ellos del marisco que llevaba. Ventimilla respondió con soberbia, pretendiendo amedrentar los Indios con palabras, porque viesen que no los temia, y no se

atreviesen á hacer algun mal. Los Indios, enfadados y enojados de que un Español solo hablase con tanta soberbia á diez ó doce que ellos eran, cerraron con él, y lo llevaron preso, mas no le hicieron mal alguno.

Estos dos Españoles tuvieron consigo los Indios de esta provincia diez años, y los dexaban andar libres como si fueran de ellos mismos, hasta el año de mil quinientos quarenta y nueve, que con tormenta aportó á esta baía de Espíritu Santo el navio del Padre Fray Luis Cancel de Balvastro, Dominico que fué á predicar á los Indios de la Florida, y ellos le mataron, y á dos compañeros suyos, y los que en el navio quedaron se acogieron á la mar; y yendo huyendo les dió tormenta, y tuvieron necesidad de entrar en aquella baía á socorrerse de la furia de la mar. Los Indios de

Hirrihigua salieron pasada la tormenta con muchas canoas á combatir la nao; la qual como no llevaba gente de guerra, se retiró á la mar. Los Indios todavia porfiaban á seguirla, y con ellos iban los dos Españoles Diego Muñoz, y Vintimilla, de por sí en una canoa desechada, con intencion de huirse de los Indios, é irse á la nao si ella les esperase. Yendo así todos siguiendo el navio, acaeció que el viento norte se levantó. Los Indios, temiendo no creciese el viento con la furia que en aquella region suele correr, y los echase la mar adentro donde peligrasen, tuvieron por bien de volverse á tierra. Los dos Españoles con astucia se hicieron quedadizos, daban á entender, que por ser dos solos no podian remar contra el viento; y quando vieron los Indios algo apartados, volvieron la proa de su canoa al navio, y remaron á toda

furia, como hombres que deseaban libertad, por la qual se ponian al peligro de perder allí las vidas, y á grandes voces pedian que los esperasen. Los de la nao, viendo ir á ellos una canoa sola, luego entendieron que era de gente que los habia menester, amaynaron las velas, y esperaron la canoa, y llegada que fue recibieron los dos Españoles en trueque y cambio de los que habian perdido. De esta manera volvieron á poder de christianos Diego Muñoz, y Vintimilla, al cabo de diez años que habian estado en poder de los Indios de la provincia de Hirrihigua y baía de Espíritu Santo.

CAPITULO XIX.

Sale Pedro Calderon con su gente: suceso de su camino hasta llegar á la cienega grande.

Luego que Juan de Añasco y Gomez Arias se hicieron á la vela, el uno para la baía de Aute, y el otro para la isla de la Habana, apercibió el Capitan Pedro Calderon la gente que le quedó, que eran setenta lanzas, y cincuenta infantes, porque los treinta Españoles que faltan, llevaron Juan de Añasco y Gomez Arias en los vergantines y caravela, por no ir solos con los marineros. Salió del pueblo de Hirrihigua: dexó los huertos frescos que los Castellanos para su regalo habian plantado de muchas lechugas, rabanos y la demas hortaliza, de cuyas semillas habian ido apercibidos para si poblasen.

El segundo dia de su camino llegaron al pueblo del buen Mucozo, el qual salió á recibirlos, y aquella noche les hizo muy buen hospedage, y otro dia los acompañó hasta ponerlos fuera de su tierra, y á la despedida con mucha ternura y sentimiento les dixo: Señores, ahora pierdo del todo la esperanza de jamas ver al Gobernador mi señor, ni á ninguno de los suyos, porque hasta ahora, con teneros en aquel presidio, esperaba ver á su señoria, y me gozaba pensando servirle, como siempre lo he deseado: mas ahora, sin consuelo alguno lloraré toda mi vida su ausencia. Por lo qual os ruego le digais estas palabras, y que le suplico las reciba como se las envio. Con estas palabras, y muchas lagrimas con que mostraba el amor que á los Españoles tenia, se despidió de ellos, y se volvió á su casa.

El Capitan Pedro Calderon, y

sus ciento y veinte compañeros caminaron por sus jornadas hasta llegar á la cienega grande sin que les acaeciese cosa digna de memoria, sino fue una noche antes que llegasen á la cienega, que habiéndose alojado los Castellanos en un llano cerca de un monte, salian de él muchos Indios á les dar sobresaltos y rebatos á todas horas, hasta entrarseles por el alojamiento, y llegar á las manos, y quando los Españoles los apretaban se volvian huyendo al monte, y luego tornaban á salir á los inquietar. En un lance de estos arremetió un caballero con un Indio que se mostraba mas atrevido que los otros, el qual huyó del caballero, mas quando sintió que le iba alcanzando, revolvió á recibirle con una flecha puesta en el arco, y se la tiró tan cerca, que al mismo tiempo que el Indio desembrazó la flecha, le dió el Español una lanzada,

de que cayó muerto: mas no vengó mal su muerte, porque con la flecha que tiró, dió al caballo por los pechos, y aunque de tan cerca, fue el tiro tan bravo, que con las piernas y brazos abiertos, sin dar un paso mas, ni menearse, cayó el caballo muerto á sus pies; de manera que el Indio, el caballo y su dueño cayeron todos tres juntos unos sobre otros, y este caballo era el afamado de Gonzalo Silvestre, que no le valió toda su bondad para que el Indio se la respetara.

Los Españoles, admirados que un animal tan animoso, feroz y bravo qual es un caballo, hubiese muerto tan repentinamente de la herida de sola una flecha, tirada tan cerca, quisieron luego que amaneció ver que tal habia sido el tiro: abrieron el caballo, y hallaron que la flecha habia entrado por los pechos, y pasado por medio del corazon, buche y

tripas, y parado en lo último de los intestinos. Tan bravos, fuertes y diestros son en tirar las flechas, comunmente los naturales de este gran reyno de la Florida; mas no hay de que espantarnos si se advierte al perpetuo exercicio que en ellas tienen en todas edades; porque los niños de tres años, y de menos, en pudiendo andar en sus pies, movidos de su natural inclinacion, y de lo que continuamente ven hacer á sus padres, les piden arcos y flechas, y quando no se las dan, ellos mismos las hacen de los palillos que pueden haber, y con ellos andan desfenecidos tras las sanvandijas que topan en casa; y si aciertan á ver algun ratoncillo ó lagartija que se entre en su cueva, se estan tres quatro y seis horas con su flecha puesta en el arco, aguardando con la mayor atencion que se puede imaginar á que salga para la matar; y

no reposan hasta haber salido con su pretension; y quando no hallan otra cosa á que tirar, andan tirando á las moscas que ven por las paredes y en el suelo. Con este exercicio tan continuo, y por el habito que en él tienen hecho, son tan diestros y feroces en el tirar las flechas, con las quales hicieron tiros extrañisimos, como lo verémos, y notarémos en el discurso de la historia, y porque viene á propósito, aunque el caso sucedió en Apalache, donde el Gobernador quedó, será bien contarlo aquí, que quando lleguemos á aquella provincia no nos faltará que contar de las valentias de los naturales de ella. Fue así, que en una de las primeras refriegas que los Españoles tuvieron con los Indios de Apalache, sacó el Maese de Campo Luis de Moscoso un flechazo en el costado derecho, que le pasó una cuera de ante, y otra de malla que lle-

vaba debaxo, que por ser tan pulida habia costado en España ciento y cincuenta ducados, y de estas habian llevado muchas los hombres ricos, por muy estimadas: tambien la pasó la flecha un jubon estofado, y lo hirió de manera que por ser á soslayo no lo mató. Los Españoles, admirados de un golpe de flecha tan extraño, quisieron ver para quanto eran sus cotas, las muy pulidas, en quien tanta confianza tenian. Llegados al pueblo pusieron en la plaza un cesto, que los Indios hacen de carrizos, á manera de cestos de vendimiar, y habiendo escogido una cota por la mas estimada de las que llevaban, la vistieron al cesto, que segun estaba texido era muy fuerte y quitando un Indio de los de Apalache de la cadena en que estaba, le dieron un arco y una flecha, y le mandaron que tirase á la cota que estaba cincuenta pasos de ellos.

El Indio, habiendo sacudido los brazos á puño cerrado para despertar las fuerzas, tiró la flecha, la qual pasó la cota, y el cesto tan de claro y con tanta furia, que si de la otra parte topara un hombre tambien lo pasara. Los Españoles viendo la poca ó ninguna defensa que una cota hacia contra una flecha, quisieron ver lo que hacian dos cotas, y así mandaron vestir otra muy preciada sobre la que estaba en el cesto, y dando una flecha al Indio le dixeron, que la tirase como la primera á haber si era hombre para pasarlas ambas.

El Indio, volviendo á sacudir los brazos, como que les pedia nuevas fuerzas, pues le doblaban la defensa contraria, desembrazó la flecha, dió en las cotas por medio del cesto, pasó los quatro dobleces que tenia de malla, y quedó la flecha atravesada tanto de un cabo como

de otro. Y como viese que no habia salido en claro de la otra parte, con gran enojo que de ello mostró dixo á los Españoles. Dexenme tirar otra, y sino las pasare ambas de claro como hice la una, ahorquenme luego, que esta segunda flecha no me salió del arco tan bien como yo quisiera, y por eso no salió de las cotas como la primera.

Los Españoles no quisieron conceder la peticion del Indio, por no ver mayor afrenta de sus cotas, y de allí adelante quedaron bien desengañados de lo poco que las muy estimadas les podian defender de las flechas; y así haciendo burla de ellas sus propios dueños, las llamaban olandas de Flandes, y en lugar de ellas hicieron sayos estofados, de tres y quatro dedos en grueso, con faldamentos largos que cubriesen los pechos y ancas del caballo; y estos sayos hechos de mantas, resistian

mejor las flechas que otra alguna arma defensiva, y las cotas de malla gruesa y bastas, que no eran tenidas en precio, con qualquiera otra defensa que les pusiesen debaxo, defendian las flechas mejor que las muy galanas y pulidas, por lo qual, vinieron á ser estimadas las que habian sido menospreciadas, y desechadas las muy tenidas.

De otros tiros dignos de fama que hubo en este descubrimiento harémos mencion adelante en los lugares donde acaecieron, que cierto son para admirar. Mas al fin, considerando que estos Indios son engendrados y nacidos sobre arcos y flechas, criados y alimentados de lo que con ellas matan, y tan exercitados en ellas, no hay porque maravillarnos tanto.



CAPITULO XX.

Pedro Calderon pasa la cienega grande: llega á la de Apalache.

Volviendo á tomar el hilo de nuestro camino decimos, que los Indios que salian del monte á inquietar los Españoles en su alojamiento, se contentaron con haber muerto el caballo á Gonzalo Silvestré, y con haber perdido el Indio que lo mató, que debia ser principal entre ellos, pues viendole muerto se retiraron luego y no volvieron mas.

Los Castellanos llegaron otro dia despues de este suceso al paso de la cienega grande, donde pasaron aquella noche, y luego el dia siguiente, sin contradiccion de los enemigos la pasaron con no mas trabajo del que ella daba de suyo, que era harto grande. Siguieron su

viage por toda la provincia de Acuera, alargando siempre las jornadas todo lo mas que podian caminar, y para sobrellevar á los Infantes el trabajo de ir á pie, se apeaban los caballeros, y les daban los caballos que fuesen en ellos á ratos, y no los tomaban á las ancas, por no fatigar los caballos para quando los hubiesen menester. Con esta diligencia y cuidado caminaron hasta llegar al pueblo de Ocali sin contradicion alguna de los enemigos, como si fueran por tierra desierta. Los Indios desampararon el pueblo, y se fueron al monte. Los Españoles tomaron la comida que hubieron menester, y llegaron al rio; y en balsas que hicieron le pasaron, sin que de la una ribera ni de la otra hubiese Indio que les diese un grito.

Pasado el rio de Ocali entraron en el pueblo de Ochile, atravesaron toda la provincia de Vitachuco, y

llegaron al pueblo donde fue la muerte del soberbio Vitachuco y de los suyos, que los Castellanos llamaban la matanza. Pasada la provincia de Vitachuco llegaron al rio de Osachile, y lo pasaron en balsas, sin ver Indio que les hablase palabra. Del rio fueron al pueblo llamado Osachile, al qual desampararon sus moradores, como lo habian hecho todos los demas que atrás quedaron.

Los Españoles, habiendo tomado bastimento en Osachile, caminando por el despoblado que hay antes de la cienega de Apalache, llegaron á la cienega, habiendo caminado casi ciento treinta y cinco leguas en toda la paz y quietud del mundo; sino que fue la noche que mataron el caballo á Gonzalo Silvestre, no les dieron otra pesadumbre en todo este largo camino: de lo qual no hallamos razon que dar, ni entonces se pudo alcanzar.

Los Indios de la provincia de Apalache, como mas belicosos que los pasados, quisieron suplir la falta y descuido que tuvieron los otros en molestar y dañar á los Españoles, como luego veremos. Habiendo llegado los nuestros al monte cerrado que está en la ribera de la cienega, durmieron fuera en lo raso de un llano, y luego que amaneció caminaron por el callejon angosto del monte, que diximos ser de media legua en largo: entraron en el agua, llegaron á la puente de las varandillas, aderezaron tres ó quatro palos que hallaron caidos, y pasaron por ella los infantes. los de á caballo pasaron nadando lo mas hondo de la canal.

El capitan Pedro Calderon, viendo que habian pasado lo mas hondo y peligroso del agua, mandó para mayor diligencia y seguridad de lo que quedaba por pasar, que diez caballeros, tomando á las ancas cinco

ballesteros y cinco rodeleros, fuesen á tomar el callejon angosto del monte que habia en la otra ribera. Ellos lo pusieron así por obra, y fueron á toda priesa por el agua á tomar la tierra. A este tiempo salieron muchos Indios de diversas partes del monte, donde hasta entonces habian estado emboscados tras las matas y árboles gruesos, y con gran voceria y alarido acometieron á los diez caballeros que llevaban los infantes á las ancas, y les tiraron muchas flechas, con que mataron el caballo de Alvaro Fernandez, Portugués, natural de Yelves, é hirieron otros cinco caballos, los quales, como los sobresaltaron tan de repente, como iban tan cargados, y el agua á los pechos, revolvieron huyendo sin que sus dueños pudiesen resistirles, derrivaron en el agua los diez infantes que llevaban á sus ancas, casi todos mal heridos, que

como los Indios al revolver de los caballos los tomaron por las espaldas, pudieron flecharlos á su placer: y viendolos caidos en el agua, arremetieron á toda furia á los degollar, con grande voceria que á los demás Indios daban, avisándoles de su victoria, para que con mayor esfuerzo y ánimo acudiesen á gozar de ella.

El sobresalto tan repentino con que los Indios acometieron á los Castellanos, el derribar los peones en el agua, y el huir los caballos y los muchos enemigos que acudian á combatirles, causaron en ellos gran confusion y alboroto, y aun temor de ser desbaratados y vencidos; porque era la pelea en el agua, donde los caballos no podian servir con su ligereza para socorrer á los amigos, y ofender á los enemigos.

Al contrario los Indios, viendo quan bien les habia sucedido el primer acometimiento, cobraron nue-

vo ánimo y osadia, y con mayor ímpetu acometieron á matar los infantes que habian caido en el agua. Al socorro de ellos acudieron los Españoles mas esforzados que mas cerca se hallaron, y los primeros que llegaron fueron Antonio Carrillo, Pedro Moron, Francisco de Villalobos, y Diego de Oliva, que habian pasado por la puente; los quales se pusieron delante de los Indios, y defendieron que no matasen los infantes. Por el lado izquierdo de los Castellanos venia una gran banda de Indios que acudian á la victoria que los primeros habian cantado. Delante de todos ellos, mas de veinte pasos, venia un Indio con un gran plumage en la cabeza, con todo el denuedo y bizarria que se puede imaginar. Venia á tomar un árbol grande que estaba entre los unos y los otros, de donde podian, si los Indios lo ganaran, hacer mucho daño

á los Españoles, y aun defenderles el paso; lo qual como Gonzalo Silvestre, que estaba mas cerca del árbol, lo advirtiese, llamó á grandes voces á Anton Galvan, de quien atrás hicimos mencion, el qual, aunque estaba herido, y era uno de los que habian caido de los caballos, como buen soldado, no habia perdido su ballesta. y poniéndole una jara, fue en pos de Gonzalo Silvestre, que con un medio repostero que halló en el agua, iba haciendo escudo, y le persuadia que no tirase á otro sino al Indio que venia delante, que parecia ser capitan general: y era así verdad, aunque el lo dixo atiento. De esta manera llegaron al árbol, y el Indio que venia delante, quando vió que los Españoles lo habian ganado, por haberse hallado mas cerca de él, les tiró en un abrir y cerrar de ojos tres flechas, las quales Gonzalo Silvestre

recibió en el escudo que llevaba, que por ir mojado pudo resistir la furia de ella.

Anton Galvan, que por no perder el tiro habia esperado que el enemigo llegase mas cerca, viéndole en un buen puesto, le tiró con tan buena punteria, que le dió por medio de los pechos, y como el triste no traia por defensa mas del pellejo, le metió toda la jara por ellos. El Indio, dando una vuelta en redondo, que no cayó del tiro, alzó la voz á los suyos diciendo: muerto me han estos traidores. Los Indios arremetieron á él, y tomándolo en brazos con gran murmullo, pasando de unos á otros, lo llevaron por el mismo camino que habia traido.

CAPITULO XXI.

Prosigue el camino Pedro Calderon: contínua pelea de los enemigos.

No andaba menos cruel y sangrienta la pelea por las otras partes, porque por el lado derecho de la batalla acudió una gran banda de Indios con mucho ímpetu y furor sobre los christianos. Un valiente soldado, natural de Almendralejo, que habia nombre Andres de Meneses, salió á resistirles, y con él fueron otros diez ó doce Españoles, sobre los quales cargaron los Indios con tanta ferocidad y braveza, que de quatro flechazos que dieron á Andres de Meneses por las verixas y muslos, le derribaron en el agua; que por le ver cubierto el cuerpo con un pavés que llevaba, le tiraron á lo mas descubierto: hirieron

asimismo otros cinco de los que fueron con él.

Con esta rabia y crueldad andaba la pelea entre Indios y Españoles, donde quiera que podian llegar á las manos. Los Indios redoblaban las fuerzas y el corage por acabar de vencer, como hombres que tenian por suya la victoria, y estaban en sobervecidos con los buenos lances que habian hecho. Los Españoles se esforzaban con su buen ánimo á defender las vidas, que ya no peleaban por otro interés, y llevaban lo peor de la batalla, porque no eran á la defensa mas de los cincuenta peones, que los de á caballo, por ser la pelea en el agua, no eran de provecho para los suyos, ni de daño para los enemigos.

A este punto corrió por todos los Indios la desdichada nueva de que el capitan general de ellos estaba herido de muerte, con la qual mi-

tigaron algun tanto el fuego y la ira con que hasta entonces habian peleado. Empezaron á retirarse poco á poco, empero tirando siempre flechas á sus contrarios. Los Castellanos se rehicierõn, y con la mejor órden que pudieron siguieron los Indios hasta echarlos fuera de toda el agua y cienega, los metieron por el callejon del monte cerrado, que habia en la otra ribera de la cienega, y les ganaron el sitio que diximos habian rozado los Españoles para su alojamiento, quando pasó el Gobernador con su exército.

Aquel sitio habian fortificado los Indios, y tenian su alojamiento en él: desampararonlo por acudir á su capitan general. Los Españoles se quedaron en él aquella noche, porque era plaza fuerte y cerrada, donde los enemigos no podian hacerles daño, sino era por el callejon, y como lo guardasen, estaban seguros:

curaron los heridos como pudieron que todos los mas lo estaban, y mal heridos; y pasaron la noche velando, que con gritas y alaridos no les dexaron reposar los Indios.

Con el buen tiro que Anton Galvan acertó á hacer aquel dia socorrió Nuestro Señor á estos Españoles, que cierto á no ser tal, y en la persona del capitan general, se temió hicieran los Indios gran estrago en ellos, ó los degollaran todos segun andaban pujantes y victoriosos, y en gran número, y los Españoles pocos, y los mas á caballo, los quales por ser la pelea en el agua, no eran señores de sí ni de sus caballos para ofender al enemigo, ó defenderse de él: por lo qual, peleando los infantes solos, estuvieron á punto de perderse todos. Y así, platicando despues muchas veces delante del Gobernador del peligro de aquel dia, daban siempre la

Antonio Galvan la honra, de que por él no los hubiesen vencido y muerto.

Luego que amaneció caminaron los Castellanos por el camino angosto del monte cerrado, llevando antecogidos los enemigos, hasta sacarlos á otro monte mas claro y abierto, de dos leguas de travesía, donde á una parte y á otra del camino los infieles tenian hechas grandes palizadas, ó eran las mismas que hicieron quando el Gobernador Hernando de Soto pasó por este camino, y se habian quedado en pie hasta entonces. De las palizadas salian los enemigos, y tiraban innumerables flechas, con órden y concierto de no acometer á un mismo tiempo por ambos lados, por no herirse con sus propias armas. De esta manera caminaron las dos leguas de monte, donde los Indios hirieron mas de veinte Castellanos, y ellos

no pudieron hacer daño alguno en sus enemigos, porque hacian harto en guardarse de las flechas.

Pasado el monte salieron á un campo raso, donde los Indios, de temor de los caballos, no osaron ofender á los Españoles, ni aun esperarles; así los dexaron caminar con menos pesadumbre.

Los Christianos, habiendo caminado cinco leguas, hicieron alto para alojarse en aquel llano, porque los heridos de aquel dia y del pasado, con la continua pelea que habian llevado, iban fatigados. Luego que anocheció vinieron los Indios en gran número, y á un tiempo los acometieron por todas partes con gran voceria y alarido. Los de á caballo salieron á resistirles, sin guardar órden, sino que cada uno acudia donde mas cerca sentian los Indios. Los quales, viendo los caballos, se hicieron á lo largo, tirando

siempre flechas, con una de ellas hirieron malamente á un caballo de Luis de Moscoso. En toda la noche cesaron los infieles de dar grita á los Christianos, diciéndoles: Dónde vais malaventurados, que ya vuestro capitan y todos sus soldados son muertos, y los tenemos desquartizados, y puestos por los árboles, y lo mismo haremos de vosotros, antes que llegueis allá: qué quereis? ¿á qué venis á esta tierra? ¿pensais que los que estamos en ella somos tan ruines que os la hemos de desamparar, y ser vuestros vasallos, siervos y esclavos? Sabed que somos hombres que os mataremos á todos vosotros, y á los demas que quedan en Castilla. Estas y otras razones semejantes dixeron los Indios, tirando siempre flechas, hasta que amaneció.

CAPITULO XXII.

Pedro Calderon con la porfia de su pelea llega donde está el Gobernador.

Con el dia siguieron los nuestros su camino, y llegaron á un arroyo hondo, y muy dificultoso de pasar, que los Indios lo tenian atajado con palenques y albarradas fuertes puestas á trechos. Los Españoles, reconociendo el paso y lo que en él estaba hecho, y con la experiencia de los que otra vez pasaron por él, mandaron que se apeasen los de á caballo que mas bien armados iban, y tomando rodelas, espadas y hachas fuesen treinta de ellos en vanguardia á ganar y romper las palizadas y defensas contrarias; y los peor armados, subiendo en los caballos, porque no eran de provecho en aquel paso, fuesen con la ropa y gente de

servicio en medio, y otros veinte de los mejores armados quedasen en retaguardia, para que si los enemigos los acometiesen por las espaldas hallasen defensa: con esta órden entraron en el monte que habia antes de el arroyo. Los indios, viendo los Castellanos donde no podian valerse de los caballos, que era lo que ellos mas temian, cargaron con grandísimo ímpetu, ferocidad y voceria á flecharlos, pretendiendo matarlos todos, segun eran pocos y el paso dificultoso. Los Christianos, procurando defenderse, ya que por la estrechura del lugar no podian ofenderles, llegaron á los palenques, donde fue la pelea muy reñida y porfiada, que los unos por hacer camino por do pasar, y los otros por defenderlo se herian cruelmente, Al fin los Españoles, unos resistiendo á los Indios con las espadas, y otros cortando con las hachas las sogas y

ataduras de bejucas, que son como parrizas largas, y sirven de atár lo que quieren, ganaron el primer palenque y el segundo y los demas; empero costóles muy malas heridas que los mas de ellos sacaron, sin las quales mataron los Indios de un flechazo que dieron por los pechos á un caballo de Alvaro Fernandez, portugues, natural de Yelves: de manera que en este arroyo y en la cienega pasada perdió este fidalgo dos caballos buenos que llevaba. Con estos males y daños pasaron los Españoles aquel mal paso, y caminaron con menos pesadumbre por los llanos donde no habia malezas, porque los Indios do quier que no las habia, se apartaban de los Christianos de miedo de los caballos. Mas donde habia manchones de monte cerca del camino, siempre habia Indios emboscados que salian á sobresaltar y flechar los nuestros, dán-

doles grita, y repitiendo muchas veces aquellas palabras: Donde vais ladrones, que ya hemos muerto vuestro Capitan y á todos sus soldados; y tanto porfiaban en estas razones, que ya los Castellanos estaban por creerlas, porque estando ya tan cerca del pueblo de Apalache, que podian ser oidos segun la grita que llevaban, no habian salido á socorrerles, ni ellos habian visto gente, ni caballos ni otra señal por do pudiesen entender que estaban allí. De esta manera caminaron estos ciento y veinte Españoles, escaramuzando y peleando con los Indios todo el dia, y llegaron á Apalache á puesta el Sol, que aunque la jornada no habia sido tan larga como las pasadas, la habian caminado á paso corto, por los muchos heridos que llevaban, de los quales murieron despues diez ó doce, y entre ellos Andres de Meneses,

que era un valiente soldado.

Llegados ante la presencia tan deseada de su Capitan General, y de sus amados compañeros, fueron recibidos con la fiesta y regocijo que se puede imaginar, como hombres que habian sido tenidos por muertos y pasados de esta vida, segun que los Indios, por dar pena y dolor al Gobernador y á los suyos, les habian dicho muchas veces que los habian degollado por los caminos y ello era verosimil: porque habiéndose visto el Gobernador en grandes peligros y necesidades, con llevar mas de ochocientos hombres de guerra quando pasó por aquellas provincias y malos pasos, era creedero, que no siendo mas de ciento y veinte los que entonces iban, se hubiesen perdido. Por lo qual, como si hubieran resucitado, así fueron general y particularmente recibidos y festejados de sus compañe-

ros, dando los unos y los otros gracias á Dios que los hubiese librado de tantos peligros.

El Gobernador, como padre amoroso, recibió á su capitan y soldados con mucha alegria, abrazando y preguntando á cada uno de por sí, cómo venia de salud, y como le habia ido por el camino. Mandó curar y regalar con mucho cuidado los que iban heridos. En suma, con grandes palabras, engrandeció y agradeció los trabajos y peligros que á ida y vuelta los unos y los otros habian pasado. Cá este caballero y buen capitan, quando se ofrecia ocasion, sabia hacer esto con mucha bondad, discrecion y prudencia.

CAPITULO XXIII.

Juan de Añasco llega á Apalache: lo que el Gobernador proveyó para descubrir puerto en la costa.

Es de saber, que quando el capitan Pedro Calderon llegó al pueblo de Apalache, habia seis dias que el contador Juan de Añasco, que salió de la baía de Espíritu Santo con los dos vergantines en demanda de la de Aute, era llegado, sin haberle acaecido por la mar cosa digna de memoria. Desembarcose en Aute sin contradicion de los enemigos, porque el Gobernador, tanteando poco mas ó menos el tiempo que podia tardar en su viage, envió doce dias antes que llegase al puerto una compañia de caballos y otra de infantes que le asegurasen el puerto y el camino hasta el Real; los qua-

les se remudaban de quatro en quatro dias, que llegando los unos á la baía se volvian los otros, y mientras estaban en el puerto tenian las vanderas puestas en los árboles mas altos para que las viesen desde la mar. Juan de Añasco las vió, y se vino al Real con las dos compañias, dexando buen recaudo en los vergantines que quedaban en la baía. Pues como estos dos capitanes Juan de Añasco y Pedro Calderon se viesen ahora juntos en compañia del Gobernador, y de los demas capitanes y soldados, hubieron mucho placer y regocijo, por parecerles que como se hallasen juntos en los trabajos, por grandes que fuesen, se les harian fáciles, porque la compañia de los amigos es alivio y descanso en los afanes. Con este comun contento pasaron el invierno estos Españoles en el pueblo y provincia de Apalache, donde sucedie-

ron algunas cosas que será bien dar cuenta de ellas, sin guardar órden ni tiempo, mas de que pasaron en este alojamiento.

Pocos dias despues de lo que se ha dicho, como el Gobernador nunca estuviese ocioso, sino imaginando y dando trazas consigo mismo de lo que para el descubrimiento y conquista, y despues para poblar la tierra le pareció convenir, mandó á un caballero, de quien tenia toda confianza, natural de Salamanca, llamado Diego Maldonado, el qual era Capitan de infantería, y con mucha satisfaccion de todo el exército habia servido en todo lo que hasta entonces se habia ofrecido, que entregando su compañia á otro caballero natural de Talavera de la Reyna, llamado Juan de Guzman, grande amigo suyo y camarada, fuese á la baía de Aute, y con los dos vergantines que el contador Juan de

Añasco allí habia dexado, fuese costeando la costa adelante hácia el Poniente por espacio de cien leguas, y con todo cuidado y diligencia mirase y reconociese los puertos, caletas, senos, baías, esteros y rios que hallase, y los bagíos que por la costa hubiese, y de todo ello le traxese relacion que satisfaciese: que para lo que adelante se les ofreciese, dixo, le convenia tenerlo sabido todo, y dióle dos meses de plazo para ir y volver.

El Capitan Diego Maldonado fue á la baía de Aute, y de allí se hizo á la vela en demanda de su empresa, y habiendo andado costeando los dos meses, volvió al fin de ellos con larga relacion de lo que habia visto y descubierto. Entre otras cosas dixo, como á sesenta leguas de la baía de Aute dexaba descubierto un hermosisimo puerto llamado Achusi, abrigado de todos

vientos, capaz de muchos navíos, y con tan buen fondo hasta las orillas, que podian arrimar los navíos á tierra y saltar en ella sin echar compuerta. Traxo consigo de este viage dos Indios naturales del mismo puerto y provincia de Achusi, y el uno de ellos era señor de vasallos, los quales prendió con maña y astucia indigna de caballero; porque llegado que fue al puerto de Achusi, los Indios le recibieron de paz, y con muchas caricias le convidaron que saltase en tierra, y tomase lo que hubiese menester como en la suya propia. Diego Maldonado no osó aceptar el convite, por no fiarse de amigos no conocidos. Pues como los Indios lo sintieron, dieron en contratar con los Castellanos libremente, por quitarles el temor y la sospecha que de ellos podian tener; y así iban de tres en tres, y de quatro en quatro á los verganti-

nes á visitar á Diego Maldonado y á sus compañeros, llevándoles lo que les pedian. Con esta afabilidad de los Indios osaron los Españoles sondar y reconocer en sus batalejos todo lo que en el puerto hábia, y como hubiesen visto y comprado lo que para su navegacion habian menester, alzaron las velas, y se hicieron á largo, llevándose los dos Indios, que traxeron presos, que acertaron á ser el curaca y un pariente suyo, los quales, confiados en la buena amistad que infieles y fieles, aunque para ellos no lo fueron, se habian hecho, y movidos por la relacion que los otros Indios les habian dado de los vergantines, con deseo de ver lo que nunca habian visto, osaron entrar en ellos, y visitar al Capitan y á sus soldados. Estos, como supiesen que el uno de ellos era el Cacique, gustaron llevarselo.

CAPITULO XXIV.

El Gobernador envia relacion de su descubrimiento á la Habana. Cuentase la temeridad de un Indio.

Con la relacion que el Capitan Diego Maldonado trajo de toda la costa, y del buen puerto que habia descubierto en Achusi, holgaron mucho; porque conforme á las trazas que el General llevaba hechas, les parecia que los principios y medios de su descubrimiento y conquista iban bien encaminados para los fines que en ella pretendian, de poblar y hacer asiento en aquel reyno. Porque lo principal que el Gobernador y los suyos deseaban para poblar, era descubrir un puerto tal qual se habia descubierto, donde fuesen á surgir los navios que llevasen gente, caballos, ganados, semillas y otras

cosas necesarias para nuevas poblaciones. Pocos dias despues de la venida de Diego Maldonado, le mandó el Gobernador fuese á la Habana con los dos vergantines que tenia á su cargo, visitase á Doña Isabel de Bobadilla, le diese cuenta de lo que hasta entonces por mar y tierra habian andado y visto; y enviase la misma relacion á todas las demas ciudades y villas de la isla; que para el octubre venidero (que esto era el fin de febrero del año de mil quinientos y quarenta) volviese al puerto de Achusi con los dos vergantines y la caravela que Gomez Arias habia llevado, y con otro algun navio, ó navios mas si hallase á comprar, y en ellos traxesen todas las ballestas, arcabuces, plomo y pólvora que se pudiese haber, y mucho calzado de zapatos y alpargates, y otras cosas que el exército habia menester: de las quales por

escrito le dió una memoria, con instruccion de lo que habia de hacer, porque para entonces pensaba el Gobernador hallarse en el puerto Achusi, habiendo hecho un gran cerco por la tierra adentro, y descubierto las provincias que por aquel parage hubiese, para dar principio á la poblacion: mas convenia poblar primero el puerto, cosa tan necesaria para lo de la mar y lo de tierra. Mandóle asimismo dixese á Gomez Arias, se viniese con él para el tiempo señalado, porque por su mucha prudencia para las cosas de gobierno, y por su buena industria, y mucha práctica para las de la guerra, le convenia tenerlo consigo.

Con esta órden y comision salió el Capitan Diego Maldonado de la baía de Aute, y fue á la Habana; donde por las buenas nuevas que del Gobernador y de su exército llevaba, por el próspero suceso hasta en-

tonces habido, y por el que se esperaba tener adelante, fue muy bien recibido] de Doña Isabel de Bobadilla, y de toda la ciudad de la Habana, de donde se envió luego el aviso á las demas ciudades de la isla; las quales, con mucho regocijo solemnizaron la prosperidad del Gobernador, y para el tiempo señalado se hicieron grandes apercibimientos de enviarle socorro de gente, caballos, armas y las demas cosas necesarias para poblar. Todo lo qual aprestaban las ciudades en comun, y los hombres ricos en particular, esforzándose cada qual en su tanto de enviar ó llevar lo mas y mejor que pudiese, para mostrar el amor que á su Gobernador y Capitan general tenian, y por los premios que esperaban. En los quales apercibimientos los dexarémos, y volverémos á contar algunas cosas particulares que acaecieron en la provincia de Apa-

lache, por las quales se podran ver las ferocidades de los Indios de aquella provincia, y juntamente su temeridad; porque cierto por sus hechos muestran que saben osar, y no saben temer, como se verá en el caso siguiente, y en otros que se contarán, aunque no todos los que sucedieron, que por huir prolixidad nos escusarémos de los mas.

Es así que un dia de los del mes de enero del año de mil quinientos y quarenta, sucedió que el contador Juan de Añasco y otros seis caballeros andaban en buena conversacion, paseando á caballo las calles de Apalache; y habiéndolas andado todas, les dió gusto salirse al campo al derredor del pueblo sin apartarse lejos, porque por las asechanzas de los Indios que tras cada mata se hallaban emboscados, no estaba el campo seguro; empero no habiendo de apartarse del pueblo,

les pareció que podrian salir sin armas, á lo menos defensivas, y así salieron solamente con las espadas ceñidas, salvo uno de ellos llamado Esteban Pegado, natural de Yelves, que acertó á ir armado, y llevaba una celada en la cabeza, y una lanza en la mano. Yendo así en su conversacion, vieron un Indio y una India que en lo rozado de un monte que estaba cerca del pueblo andaban cogiendo frisoles, que del año pasado habian quedado sembrados. Debian de cogerlos mas por entretenerse hasta ver si salia algun Castellano del pueblo, que por necesidad que tuviesen de los frisoles, porque como habemos dicho, la provincia estaba llena de todo mantenimiento. Como los Españoles viesen los Indios, fueron á ellos para los prender. La India, viendo los caballos, se cortó que no acertó á huir. El marido la tomó en brazos, y

corriendo la llevó al monte que estaba cerca, y habiéndola puesto en las primeras matas, le dió dos ó tres empellones, diciéndole que se metiese por el monte adentro. Hecho esto, pudiendo haberse ido con la muger y escaparse no quiso, antes volvió corriendo á donde habia dexado su arco y flechas, y cobrándolas salió á recibir á los Castellanos con tanta determinacion y tan buen denuedo como si ellos fueran otro Indio solo como él, y de tal manera hizo este acometimiento, que obligó á los Españoles á que unos á otros se dixesen que no lo matasen, sino que lo tomasen vivo, por parecerles cosa indigna que siete Españoles á caballo matasen un solo Indio á pie, y tambien porque juzgaban que un ánimo tan gallardo como el infiel mostraba, no merecia que lo matasen, sino que le hiciesen toda merced y favor. Yendo todos

con esta determinacion, llegaron al Indio, que por ser el trecho corto aun no habia podido tirar una flecha, y lo atropellaron y procuraron rendir sin lo dexar levantar del suelo, encontrándole ya el uno ya el otro siempre que se iba á levantar, y todos le daban grita que se rindiese.

El Indio, quanta mas prisa le daban, tanto mas feroz se mostraba, y asi caido como andaba, unas veces poniendo la flecha en el arco y tirándola como le era posible, y otras dando punzadas en las barrigas, y por piernas de los caballos, los hirió todos siete, aunque de heridas pequeñas, porque no le daban lugar á poderlas dar mayores; y escapándose de entre los pies de ellos se puso en pie, y tomando el arco á dos manos, dió con él un tan fiero palo sobre la frente á Esteban Pegado, que era el que á recatonazos

mas le acosaba, que le hizo reventar la sangre por cima de las cejas, le corrió por la cara, y lo medio aturdió. El Español Portugues, viéndose ofendido y tan mal tratado, encendido en ira dixo: Pesar del tal ¿será bien que aguardemos á que este Indio solo nos mate á todos siete? Diciendo esto, le dió una lanzada por los pechos, que le pasó de la otra parte, y lo derribó muerto. Hecha esta hazaña, requirieron sus caballos, y los hallaron todos heridos, aunque de heridas pequeñas, y se volvieron al Real admirados de la temeridad y esfuerzo del bárbaro, y corridos y avergonzados de contar que un Indio solo hubiese parado de tal suerte á siete de á caballo.

CAPITULO XXV.

Dos Indios se ofrecen á guiar los Españoles donde hallen mucho oro.

Todo el tiempo que el Gobernador Hernando de Soto estuvo invernando en el alojamiento y pueblo de Apalache, siempre tuvo cuidado de inquirir y saber qué tierras, qué provincias habia adelante hácia el Poniente, por la parte que tenia imaginado y trazado de entrar el verano siguiente, para ver y descubrir aquel reyno. Con este deseo andaba siempre informándose de los Indios que en su exército habia domésticos de dias atrás, y de los que nuevamente prendian, importunándoles dixesen lo que de aquella tierra y partes de ella sabian. Pues cómo el General y todos sus capitanes y soldados anduviesen con este cui-

dado y diligencia, sucedió que entre otros Indios que prendieron los que iban á correr el campo, prendieron un Indio mozo de diez y seis ó diez y siete años: conociéronle algunos Indios de los que eran criados de los Españoles, y tenian amor á sus amos. Estos les dieron noticia para que se la diesen al Gobernador, como aquel mozo habia sido criado de unos Indios mercaderes que con sus mercaderias vendiendo y comprando solian entrar muchas leguas la tierra adentro, y que habia visto, y sabia lo que el Gobernador tanto procuraba saber. No se entienda que los mercaderes iban á buscar oro ni plata, sino á trocar unas cosas por otras, que era el mercadear de los Indios, porque ellos no tuvieron uso de moneda Con este aviso pesquisaron al mozo lo que sabia. Respondió que era verdad tenia noticia de algunas provincias

que con los mercaderes sus amos habia andado, y se atrevia á guiar los Españoles doce ó trece jornadas de camino, que habia en lo que él habia visto. El Gobernador entregó el Indio á un Español, encargándole tuviese particular cuidado de él no se les huyese: mas el mozo les quitó de esta congoja, porque en breve tiempo se hizo tan amigo y familiar de los Españoles, que parecia haber nacido y criadose entre ellos.

Pocos dias despues de la prision de este Indio, prendieron otro casi de la misma edad, ó poco mayor; y como el primero lo conociese dixo al Gobernador: Señor, este mozo ha visto las mismas tierras y provincias que yo, y otras mas adelante, que las ha andado con otros mercaderes mas ricos y caudalosos que mis amos.

El Indio nuevamente preso con-

firmó lo que habia dicho el primero, y de muy buena voluntad se ofreció á los llevar y guiar por las provincias que habian andado, que dixo eran muchas, y grandes. Preguntado por las cosas que en ellas habia visto, si tenian oro, plata ó piedras preciosas, que era lo que mas deseaban saber, y mostrándole joyas de oro, piezas de plata, y piedras finas de sortijas que entre algunos Capitanes y soldados principales se hallaron, para que entendiese mejor las cosas que le preguntaban, respondió, que en una provincia, que era la postrera que habia andado, llamada Cofachiqui, habia mucho metal como el amarillo y como el blanco, y que la mayor contratacion de los mercaderes sus amos era comprar aquellos metales, y venderlos en otras provincias. Demas de los metales dixo que habia grandísima cantidad de perlas, y

para decir esto señaló una perla engastada que vió entre las sortijas que le mostraron. Con estas nuevas quedaron nuestros Españoles muy contentos y regocijados, deseando verse ya en Cofachiqui para ser señores de mucho oro, plata y perlas preciosas. Volviendo á los hechos particulares que entre Indios y Españoles acaecieron en Apalache, es así, que entrando ya el mes de marzo, sucedió que salieron del Real veinte caballos, y cincuenta infantes, y fueron una legua del pueblo principal á otro de la jurisdiccion á traer maiz, que lo habia en abundancia por los poblezuelos de toda aquella comarca, en tanta cantidad, que los Españoles en todo el tiempo que estuvieron en Apalache nunca se alejaron legua y media del pueblo principal para proveerse de zara, y otras semillas y legumbres que comian. Pues como hubiesen recogi-

do el maiz que habian de llevar, se emboscaron en el mismo pueblo, con deseo de prender algunos Indios si á él viniesen. Pusieron una atalaya en lo mas alto de una casa, que se diferenciaba mucho de las otras, y parecia templo. Pasado un buen espacio, el atalaya dió aviso que en la plaza, que era muy grande, estaba un Indio mirando si habia algo en ella.

Un caballero llamado Diego de Soto, sobrino del Gobernador, que era uno de los mejores soldados del exército, y muy buen ginete, salió corriendo á caballo á prender el Indio, por mostrar su destreza y valentia, mas que por necesidad que de él tuviese. El Indio, como vio el caballero, corrió con grandísima ligereza una carrera de caballo, por ver si con la huida podia escaparse: que los naturales de este gran reyno de la Florida son ligeros y gran-

des corredores, y se precian de ello. Mas viendo que el caballo le iba ganando tierra, se metió debaxo de un árbol que halló cerca, que es guarida que los peones á falta de picas siempre suelen tomar para defenderse de los caballos; y poniendo una flecha en el arco, que como otras veces hemos dicho, de contínuo andan apercibidos de estas armas, esperó á que llegase á tiro el Español. El qual, no pudiendo entrar debaxo del árbol, pasó corriendo por lado, y tiró un bote al enemigo, corriendo la lanza sobre el brazo izquierdo, por ver si podia alcanzarle. El Indio, guardándose del golpe de la lanza, tiró la flecha al caballo, al tiempo que emparejaba con él, y acertó á darle entre la cincha y el codillo, con tanta fuerza y destreza, que el caballo fue trompicando quince ó veinte pasos adelante, y cayó muerto sin menear

pie, ni mano. A este punto iba corriendo á media rienda otro caballero llamado Diego Velazquez, caballerizo del Gobernador, no menos valiente y diestro en la gineta que el pasado: el qual habia salido en pos de Diego de Soto para le socorrer si lo hubiese menester. Viendo pues el tiro que el Indio habia hecho en el compañero, dió mas priesa al caballo, y no pudiendo entrar debaxo del árbol, pasó por lado tirando otra lanzada como la de Diego de Soto. El Indio hizo la misma suerte que en el primero, porque al emparejar del caballo le dió otro flechazo tras el codillo, y como al pasado le hizo ir dando tumbos hasta caer muerto á los pies del compañero. Los dos compañeros Españoles con sus lanzas en las manos se levantaron á toda priesa, y por vengar la muerte de sus caballos arremetieron con el Indio, el qual contento con las dos

buenas suertes que en tan breve tiempo y con tan buena ventura había hecho, se fue corriendo al monte, haciendo burla y escarnio de ellos, volviendo el rostro á hacerles visages y ademanes; y les decia yendose al paso do ellos, sin querer correr lo que podia: Peleemos todos á pie, y verémos quien son los mejores. Con estas palabras, y otras que dixo en vituperio de los Castellanos, se puso en salvo dexándolos bien lastimados de tanta pérdida como la de dos caballos, que por sentir estos Indios la ventaja que les hacian los Españoles á caballo, procuraban y holgaban mas de matar un caballo que quatro Christianos; y así, con todo cuidado y diligencia tiraban antes al caballo que al caballero.

CAPITULO XXVI.

Algunos trances de armas que acaecieron en Apalache. Fertilidad de aquella provincia.

Pocos dias despues del mal lance de Diego de Soto y Diego Velazquez sucedió otro no mejor, y fue, que dos portugueses, el uno llamado Simon Rodriguez, natural de la villa de Maruan, y el otro Roque de Yelves, natural de Yelves, salieron en sus caballos fuera del pueblo á coger fruta verde, que la habia en los montes cerca del pueblo; y pudiéndola coger de encima de los caballos de las ramas baxas, no quisieron sino apearse, subir en los árboles y coger de las ramas altas, por parecerles que era la mejor. Los Indios, que no perdian ocasion que se les ofreciese para poder matar ó herir á los Castellanos, viendo los dos Españo-

les portugueses subidos en los árboles, salieron á ellos. Roque de Yelves, que los vió primero que su compañero, dando arma se echó del árbol abaxo, y fue corriendo á tomar su caballo. Un Indio de los que iban tras él, le tiró una flecha con un harpon de pedernal, le dió por las espaldas, y le pasó á los pechos una quarta de flecha, de que cayó en el suelo sin poderse levantar: á Simon Rodriguez no dexaron baxar del árbol, sino que lo flecharon encima de él como si fuera alguna fiera encaramada, y atravesado con tres flechas de una parte á otra lo derribaron muerto, y apenas hubo caido, quando le quitaron la cabeza: digo todo el casco en redondo, que no se sabe con qué maña lo quitan con grandísima facilidad, y lo llevaron para testimonio de su hecho. A Roque de Yelves dexaron caido sin quitarle el casco, porque el socorro

de los Españoles á caballo, por ser la distancia breve, iba tan cerca que no dió lugar á los Indios á que se lo quitasen. Este en pocas palabras contó el suceso, y pidiendo confesion espiró luego. Los dos caballos de los portugueses, con el ruido y sobresalto de los Indios, huyeron hácia el Real: los Españoles que iban al socorro los cobraron, y hallaron que el uno de ellos traia en una pospierna una gota de sangre, y lo llevaron á un albeytar que lo curase; el qual, habiendo visto que la herida no era mayor que la de una lanceta, dixo que no habia allí que curar: el dia siguiente amaneció el caballo muerto.

Los Castellanos, sospechando hubiese sido herida de flecha, lo abrieron por la herida, y siguiendo la señal de ella por el largo del cuerpo, hallaron una flecha, que habiendo pasado todo el muslo, las

tripas y el asadura, estaba metida en lo hueco del pecho, que para salir al pretal no le faltaba por pasar quatro dedos de carne. Los Españoles quedaron admirados, pareciéndoles que una pelota de arcabuz no pudiera pasar tanto. Cuéntanse estas particularidades aunque de poca importancia porque acaecieron en este alojamiento, y por la ferocidad de ellas, que es de notar; y porque es ya razon que concluyamos con las cosas acaecidas en el pueblo principal de Apalache, decimos en suma, porque contarlas todas seria cosa muy prolija, que los naturales de esta provincia, todo el tiempo que los Españoles estuvieron invernando en su tierra se mostraron muy belicosos y solícitos, y que tenian cuidado y diligencia de ofender á los Castellanos, sin perder ocasion ni lance, por pequeño que fuese; donde pudiesen herir ó matar á los que

del Real se desmandaban, aunque fuese muy poco trecho.

Alonso de Carmona en su peregrinacion nota particularmente la ferocidad de los Indios de la provincia de Apalache, de los quales dice estas palabras, que son sacadas á la letra: Estos Indios de Apalache son de grande estatura, y muy valientes y animosos, porque como se vieron y pelearon con los pasados de Panfilo de Narvaez, y les hicieron salir de la tierra mal que les pesó, veníansenos cada dia á las barbas, y cada dia teníamos refriegas con ellos: y como no podian ganar nada con nosotros, á causa de ser nuestro Gobernador muy valiente, esforzado y experimentado en guerra de Indios, acordaron de andarse por el monte en quadrillas, y como salian los Españoles por leña, y la cortaban en el monte, al sonido de la hacha acudian los Indios, y ma-

taban los Españoles, y soltaban las cadenas de los Indios que llevaban para traerla acuestás, y quitaban al Español la corona, que era lo que ellos mas preciaban, para traerla al brazo del arco con que peleaban, y á las voces que daban, y arma que decian acudiamos luego, y hallábamos hecho el mal recaudo, y así nos mataron mas de veinte soldados, y esto fué en muchas veces. Y acuérdome que un dia salieron del Real siete de á caballo á ranchear, que es buscar alguna comida, y matar algun perrillo para comer, que en aquella tierra usábamos todos, y nos teniamos por dichosos el dia que nos cabia parte de alguno; y aun no habia faysanes que mejor nos supiesen; y andando buscando estas cosas, toparon con cinco Indios, los quales los aguardaron con sus arcos y flechas, y hicieron una raya en la tierra, y le dixeron que no pasasen

de allí, porque moririan todos. Y los Españoles, como nó saben de burlas, arremetieron con ellos, y los Indios desembrazaron sus arcos, y mataron dos caballos, y hirieron otros dos, y á un Español hirieron malamente, y los Españoles mataron uno de los Indios, y los demás escaparon por sus pies; porque verdaderamente son muy ligeros, y no les estorban los aderezos de las ropas, antes les ayuda mucho el andar desnudos. Hasta aquí es de Alonso de Carmona.

Sin la vigilancia contra los desmandados, la tenián tambien contra todo el exército, inquietándolo con armas y rebatos que de dia y de nóche le daban, sin querer presentar batalla de gente junta en esquadron formado, sino con asechanzas, escondiéndose en las matas y montecillos por pequeños que fuesen, y donde menos se pensaba que pudier-

sen estar: de alli salian como salteadores á hacer el daño que podian. Esto baste quanto á la valentia y ferocidad de los naturales de la provincia de Apalache, de cuya fertilidad tambien hemos dicho que es mucha, porque es abundante de zara, maiz y otras muchas semillas de frisoles, y calabaza, que en lengua del Perú llaman zapallu, y otras legumbres de diversas especies, sin las frutas que halláron de las de España, como son ciruelas de todas maneras, nueces de tres suertes, que la una de ellas es todo aceyte, bellota de encina, y de roble, en tanta cantidad que se queda caida á los pies de los árboles de un año para otro; porque como estos Indios no tienen ganado manso que la coma, ni ellos la han menester, la dexan perder.

En conclusion, para que se vea la abundancia y fertilidad de la pro-

vincia de Apalache decimos, que todo el exército de los Españoles, con los Indios que llevaban de servicio, que por todos eran mas de mil y quinientas personas, y mas de trescientos caballos, en cinco meses y mas que estuvieron invernando en este alojamiento, se sustentaron con la comida que al principio recogieron, y quando la habian menester la hallaban en los pueblos pequeños de la comarca en tanta cantidad, que nunca se alejaron legua y media del pueblo principal para la traer. Sin esta fertilidad de la cosecha, tiene la tierra muy buena disposicion pàra criarse en ella toda suerte de ganados, porque tiene buenos montes y dehesas, con buenas aguas, cienegas y lagunas, con mucha juncia y enea para ganado prieto, que se cria muy bien con ella, y comiéndola no ha menester grano. Esto baste para relacion de lo que

hay en esta provincia, y de sus buenas partes, que una de ellas es poderse criar en ella mucha seda, por la abundancia que tiene de morales: tiene tambien mucho pescado y bueno.

CAPÍTULO XXVII.

Sale el Gobernador de Apalache: dase una batalla de siete á siete.

El Gobernador y Adelantado Hernando de Soto, habiendo despachado al capitan Diego Maldonado que fuese á la Habana, para lo que atrás se dixo, y habiendo mandado proveer el bastimento y las demás cosas necesarias para salir de Apalache, que era ya tiempo, sacó su exército de aquel alojamiento á los últimos de marzo de mil quinientos y quarenta años, y caminó tres jornadas hácia el norte por la misma provincia, sin topar enemigos que

le diesen pesadumbre, con haber sido los de aquella tierra muy enfadosos y belicosos. El último dia de los tres se alojaron los Castellanos en un pueblo pequeño hecho península, casi todo él rodeado de una cienega, que era de mas de cien pasos en ancho, con mucho cieno hasta medios muslos: tenian puentes de madera á trechos para salir por ella á todas partes. El pueblo estaba asentado en un sitio alto, de donde se descubria mucha tierra, y se veían otros muchos pueblos pequeños que por un hermoso valle estaban derramados. En este pueblo, que era el principal de los de aquel valle, y todos eran de la provincia de Apalache, paró el exército tres dias: el segundo dia sucedió, que salieron á medio del Real cinco alabarderos de los de guarda del General, y otros dos soldados, naturales de Badajoz, el uno habia nombre Francisco de

Aguilar, y el otro Andres Moreno, que por otro nombre le llamaban Angel Moreno, porque por ser hombre alegre y regocijado, siempre en todo lo que hablaba mezclaba sin propósito esta palabra ángeles, ángeles.

Estos siete Españoles salieron del pueblo principal sin órden de los ministros de nuestro exército, solo por su recreacion á ver lo que en los otros poblezuelos habia. Los cinco de la guardia llevaban sus alabardas, Andres Moreno su espada ceñida y una lanza en las manos, y Francisco de Aguilar una espada y rodela. Con estas armas salieron del pueblo, sin acordarse de la mucha vigilancia y cuidado que los Indios de aquella provincia en matar los desmandados tenian. Pasaron la cienega y una manga de monte que no tenia veinte pasos de traviesa: de la otra parte habia tierra limpia

y muchas sementeras de maiz.

Apenas se habian alejado los siete Españoles doscientos pasos del Real, quando dieron los Indios en ellos, que, como hemos visto, no se dormian en sus asechanzas contra los que salian de órden. A la grita y voceria que unos y otros traían peleando, dando arma, y pidiendo socorro, salieron del pueblo muchos Españoles á defender los suyos; y por no perder tiempo buscando paso á la cienega, la pasaban por donde mas cerca se hallaron, con el agua y el cieno á la cinta y á los pechos. Mas por priesa que se dieron, hallaron muertos los cinco alabarderos, cada uno de ellos con diez ó doce flechas atravesadas por el cuerpo, y Andres Moreno vivo, empero con una flecha de harpon de pedernal, que sin otras que por el cuerpo tenia, le atravesaba de los pechos á las espaldas, y luego que se la quitaron

para le curar murió. Francisco de Aguilar, que era hombre fuerte y robusto mas que los otros, y como tal se habia defendido mejor que los demas, quedó vivo, aunque salió con dos flechazos que le pasaban ambos muslos, y muchos palos que en la cabeza, y por todo el cuerpo le dieron con los arcos, porque llegó á cerrar con los Indios, y ellos habiendo gastado las flechas, y viendole solo, á dos manos le dieron con los arcos tan grandes palos, que le hicieron pedazos la rodela, que no le quedó mas que las manijas, y de un golpe que le dieron á soslayo en la frente, le derribaron toda la carne de ella hasta las cejas, y le dexaron los cascos de fuera.

De esta manera quedaron siete Españoles, y los Indios se pusieron en cobro antes que el socorro llegase, porque lo habian sentido cerca. Los Christianos no pudieron ver

quantos eran los enemigos, y Francisco de Aguilar les dixo que eran mas de cincuenta: y que por ser tantos contra tan pocos los habian muerto en tan breve tiempo. Empero despues de dia en dia fue descubriendo en favor de los Indios cosas que pasaron en la refriega, y mas de veinte dias despues de ella, ya que estaba sano de sus heridas, aunque todavia flaco y convaleciente, burlándose otros soldados con él acerca de los palos que los Indios le habian dádo, y diciéndole si los habia contado, si le habian dolido mucho, si pretendia vengarlos, si pensaba desafiar los enemigos, con condicion que saliesen uno á uno, porque se escusase la ventaja de salir tantos juntos contra uno solo, y otras cosas semejantes y graciosas que los soldados unos con otros en sus burlas suelen decir, respondió Francisco de Aguilar diciendo: Yo no conté los

palos, porque no me dieron ese lugar, ni se daban tan espacio que se pudieran contar. Si me dolieron mucho ó poco, vosotros lo sabreis quando os den otros tantos, que no os faltará dia para recibirlos, yo os lo prometo: y porque hablemos de veras, veais quien son los Indios de esta provincia, os quiero contar, fuera de burla, sin quitar ni poner nada en el hecho, aunque lo que dixere sea contra mí mismo, una cortesia y valerosidad de ánimo que aquel dia usaron con nosotros.

Sabreis que, como entonces dixe, salieron mas de cincuenta Indios á darnos vista, mas luego que vieron y reconocieron que no éramos mas de siete, y que no iban caballos en nuestra defensa, se apartaron del esquadron que traian hecho otros siete Indios, y los demas se retiraron á lejos, y no quisieron pelear: y los siete solos nos

acometieron, y como no llevasemos ballestas ni arcabuces con que los pudiesemos arredar, y ellos sean mas sueltos y ligeros que nosotros, andabansenos delante, saltando y haciendo burla de nosotros, flechándonos á todo su placer, como si fueramos fieras atadas, sin que los pudiesemos alcanzar á herir. De esta manera mataron á mis compañeros, y viendome solo, porque no me fuese alabando, cerraron todos siete conmigo, y con los arcos á dos manos me pusieron qual me hallasteis: y pues me dexaron con la vida, yo les perdono los palos, y no pienso desafiarles, porque no pidan que para que valga el desafio me vuelvan á poner como me dexaron. Por mi honra he callado todo esto, y no lo he dicho hasta ahora: mas ello pasó así realmente, y Dios os libre ds salir desmandados, porque no os acaezca otra tal. Los compa-

ñeros y amigos de Francisco de Aguilar quedaron admirados de haberle oido, porque nunca habian imaginado que los Indios fueran para hacer tanta gentileza, que quisieran pelear uno á uno con los Castellanos, pudiéndolos acometer con ventaja. Mas todos los de este gran reyno presumen tanto de su ánimo, fuerzas y ligereza, que no viendo caballos no quieren reconocer ventaja á los Españoles, antes presumen tenerla ellos, principalmente si de armas defensivas anduviesen los christianos tan mal proveidos como andan los Indios.

CAPITULO XXVIII.

Llegan los Españoles á Altapaba: modo con que fueron hospedados.

Con la desgracia y pérdida de los seis Españoles, salió el Gobernador del pueblo, peninsula de la provincia de Apalache, y habiendo caminado otras dos jornadas, que por todas fueron cinco las que anduvieron para salir de esta provincia, entraron en los términos de otra llamada Altapaha. El Adelantado, por ver si los naturales de aquella provincia eran tan asperos y belicosos como los de Apalache, quiso ser el primero que la viese; y tambien porque era costumbre suya muy guardada, que á qualquiera nuevo descubrimiento de provincia habia de ir él mismo, porqué no se satisfacia de relacion agena, sino que la

habia de ver por propios ojos. Para lo qual eligió quarenta de á caballo y sesenta infantes, veinte rodeleros, veinte arcabuceros, y veinte ballesteros, que siempre que iban á qualquiera hecho iban los infantes sorteados de esta manera.

Con ellos caminó el Gobernador, dos dias, y al amanecer del dia tercero entró en el pueblo de la provincia Altapaha, y halló que los Indios se habian retirado á los montes, y llevado consigo sus mugeres, hijos y hacienda. Los Castellanos corrieron el pueblo, y prendieron seis Indios, los dos eran caballeros, y capitanes en la guerra, los quales se habian quedado en el pueblo para echar fuera de él la gente menuda. Llevaronlos todos seis ante el Gobernador para que supiese de ellos lo que habia en la provincia.

Los Indios principales, antes que el Adelantado les preguntase co-

sa alguna, dixeron: ¿Qué es lo que vosotros quereis en nuestras casas? ¿quereis paz ó guerra. Esto dixeron sin muestra alguna de pesadumbre que tuviesen de verse presos en poder ageno: antes mostraron un semblante señoril, como si estuvieran en toda su libertad, y hablaran con otros Indios sus comarcanos.

El General respondió por su intérprete Juan Ortiz diciendo, que con nadie queria guerra, sino paz y amistad con todos; que ellos iban en demanda de ciertas provincias que adelante habia, y que para su camino tenian necesidad de bastimento, porque no se podia escusar el comer, y que sola esta pesadumbre y no otra daban por los caminos: que esto era lo que querian y no otra cosa.

Los principales dixeron, pues para eso no hay para que nos pren-

dais, que aquí os daremos todo buen recaudo para vuestro viage, y os trataremos mejor que os trataron en Apalache, que bien sabemos como os fué por allá. Dicho esto, mandaron á dos Indios de los quatro que con él habian preso, que con toda diligencia fuesen á dar aviso á su curaca y señor principal, y le dixesen lo que habian visto y oido á los Castellanos, y de camino avisasen á los Indios que topasen, que pasando la palabra de unos á otros acudiesen todos á servir los Christianos que en su tierra estaban, porque eran amigos, y no venian á ofenderles. El Gobernador, oida la buena razon de los Indios, fiándose de ellos, y viendo que se negociaba mejor por bien que por mal, mandó soltarlos luego, y que los regalasen y tratasen como amigos.

Los Indios fueron con el recaudo, y los quatro quedáron con el Ge-

neral y le dixeron, tuviese por bien su señoria de volver atrás á otro pueblo mejor que aquel donde estaban, y que lo llevarian por un camino mas apacible que el que habia traido. El Gobernador, porque se acercaba á su exército, holgó de hacer lo que los Indios le dixeron, y mandó á uno de ellos que llevase aviso al Maese de Campo que fuese derecho á aquel pueblo, y no rodease por donde él habia venido. Como llegasen los Castellanos al pueblo donde los Indios los llevaron, fueron hospedados con muestras de mucho amor; y el cacique, luego que tuvo nueva de la amistad hecha con los Españoles, vino á besar las manos al Gobernador, y entre los dos pasaron palabras de comedimiento y afabilidad. Con el curaca vinieron todos sus vasallos con las mugeres é hijos que habian retirado á los campos, y poblaron sus pueblos.

Entretanto llegó el exército, y se alojó dentro y fuera del pueblo, y entre Españoles é Indios en todo el tiempo que estuvieron en esta provincia se mantuvo toda buena paz y amistad, que no la tuvieron los nuestros en poco, segun la mucha guerra que los de Apalache les habian hecho.

Habiendo descansado los Castellanos tres dias en el pueblo de Altapaha, salieron de él, caminaron diez jornadas por la ribera de un rio arriba, y vieron que toda aquella tierra parecia ser tan fértil y mas que la de Apalache, y la gente doméstica y apacible, con los quales se mantuvo la paz que al principio se habia sentado, de manera que ninguna molestia recibieron los Indios, sino fue de la comida que les gastaron, y esa tomaban los Españoles muy tasadamente, por no escandalizar los naturales. En esta

provincia de Altapaha se hallaron morales grandísimos, que aunque los habia en las otras eran nada en comparacion de estos.

Al fin de las diez jornadas que los nuestros caminaron Norte Sur el rio arriba, salieron de la provincia Altapaha, dexando al curaca y á sus Indios muy contentos de la amistad que con ellos se habia hecho; y entraron en otra provincia llamada Achalaque, la qual era pobre y esteril de comida, y habia en ella pocos Indios mozos, que casi todos los moradores de ella eran viejos, y en comun cortos de vista, y muchos de ellos ciegos; y como el haber en un pueblo y provincia muchos viejos sea indicio de que haya muchos mas mozos, no los hallando en esta tierra, se admiraron los Españoles, y aun sospecharon que estuviesen amotinados y escondidos en alguna parte para hacer algun mal hecho

contra los Christianos : mas por la pesquisa se entendió que no habia cosa encubierta mas de lo que parecia en público ; empero la causa porque habia tantos viejos, y tan pocos mozos no la inquirieron. Por esta provincia de Achalaque caminaron los Españoles grandes jornadas por salir presto de ella, asi porque era estéril de comida, como porque deseaban verse ya en la de Cofachique, donde por las nuevas que habian tenido, que en aquella provincia habia mucho oro y plata, pensaban cargarse de grandes tesoros y volverse á España.

Con este deseo doblaban las jornadas, y podianlo hacer con facilidad, porque la tierra era llana, sin montes, sierras ni rios que los estorvasen el paso largo. En cinco jornadas atravesaron la provincia de Achalaque, y dexaron al curaca y naturales de ella en mucha paz y

amistad con los Castellanos; y porque se acordasen de ellos, les dió el Gobernador, entre otras dádivas, dos cochinos, macho y hembra, para que criasen; y lo mismo habia hecho con el cacique de Altapaha, y con los demas señores de provincias que habian salido de paz, y hecho amistad á los Españoles; y aunque hasta ahora no hemos hecho mencion que el Adelantado hubiese llevado este ganado á la Florida, es así que llevó mas de trescientas cabezas, machos y hembras, que multiplicaron grandemente, y fueron de mucho provecho en grandes necesidades que nuestros Castellanos tuvieron en este descubrimiento; y si los Indios, aborreciendo mas la memoria de los que les llevaron este ganado, que estimando el provecho de èl, no lo han consumido, es de creer que segun la comodidad que aquel gran reyno tiene para lo

criar, haya hoy gran cantidad de él: porque sin los que el Gobernador daba á los curacas amigos, se perdieron muchos por los caminos, aunque sobre ellos llevaban mucha guarda y cuidado, que particularmente se les señalaba quando caminaban una de las compañias de á caballo que por su rueda los guardasen.

CAPITULO XXIX.

De la provincia Cofa y de su cacique: de una pieza de artilleria que le dexaron en guarda.

El Adelantado tenia costumbre siempre que habia de salir de una provincia é ir á otra, enviar delante mensageros que avisasen al cacique de su ida. Esto hacia, lo uno por requerirles con la paz, y asegurarlos del temor que de ver gente extraña en su tierra podian tener.

y lo otro por descubrir en la respuesta que los Indios le daban el ánimo bueno ó malo que les quedaba; y quando los Indios, por la enemistad que entre ellos habia, no osaban ir los de la una provincia á la otra, ó quando habia algun despoblado enmedio, entonces el mismo Gobernador, como hemos visto atrás, hacia el descubrimiento por la mejor órden que le era posible. Guardando pues esta costumbre, envió mensageros antes que saliese de la provincia Achalaque al curaca de la provincia llamada Cofa, que confinaba con esta, haciéndole saber como iba á su tierra á reconocerle por amigo, y á tratarle como hermano, que así lo habiá hecho con todos los demas señores de vasallos que le habian recibido de paz.

Sin este recaudo mandó á los Indios que lo llevaban, tuviesen cuidado de decir al cacique Cofa el

buen tratamiento que los Españoles habian hecho á su curaca Achalaque, y á todos los naturales de aquella provincia, porque los habian recibido de paz, y mantenidola siempre.

El cacique Cofa, y todos sus vasallos mostraron holgar mucho con el mensage, y así de comun consentimiento, y con gran fiesta y regocijo respondieron diciendo: Que su señoría y todo su exército fuesen muy enhorabuena á su casa y estado, donde los esperaban con mucho deseo de los ver y conocer, para los servir con todas sus fuerzas, por tanto le suplicaban se diese priesa á caminar.

Con la buena respuesta recibieron contento el General y todos sus soldados, y se dieron mas priesa en su camino. Al quarto dia de como habian salido de la provincia de Achalaque, llegaron al primer pueblo de la provincia Cofa, donde les

esperaba el cacique con toda la demas gente, que para muestra de la grandeza de su corte habia llamado, y con la pleveya que para servicio de los Españoles habia mandado recoger; y como supiese que los Castellanos iban cerca de su pueblo, salió un tercio de legua fuera á recibirlos, y besó las manos al Gobernador, volviendo á referir las mismas palabras que en su respuesta envió á decir. El Gobernador le abrazó, mostrándole mucho amor, y así entraron los Españoles en el pueblo, puestos en sus esquadrones los de á pie y los de á caballo.

El curaca aposentó al Gobernador en su casa, y alojó el exército en el pueblo, señalando él mismo los quarteles y barrios para tales ó tales compañias, acomodándolas todas por su órden, como si fuera el Maese de Campo, de que los ministros del exército holgaron mucho,

porque se mostraba hombre de guerra. Hecho el alojamiento, se fue el cacique con licencia del Gobernador á otro pueblo que estaba como dos tiros de arcabuz del primero.

Esta provincia Cofa es fértil y abundante de las comidas que hay en aquella tierra, y tiene todas las demas buenas partes de montes y rasos que de las otras tierras hemos dicho, para criar y sembrar. Es poblada de mucha y muy buena gente, doméstica y afable, donde el Gobernador y los suyos fueron regalados, y descansaron en el primer pueblo cinco dias, porque el curaca no consintió que se fuesen antes, y el General por via de amistad concedió en ello.

No hemos hecho mencion hasta ahora de una pieza de artilleria que el Gobernador llevaba en su exército, y la causa ha sido no haberse ofrecido en toda la jornada donde

hablar de ella hasta este lugar. Es así que habiendo visto el Adelantado que no servia sino de carga y pesadumbre, ocupando hombres que cuidasen de ella; y acemilas que la llevasen, acordó dexarsela al curaca Cofa para que se la guardase; y para que viese lo que le dexaba, mandó asestar la pieza desde la misma casa del cacique á una grande y hermosísima encina que estaba fuera del pueblo, y de dos pelotazos la desbarató toda, de que el curaca y sus Indios quedaron admirados.

El Gobernador les dixo, que en señal y muestra del amor que les tenia, y en pago de la buena amistad y hospedage que le habian hecho, queria dexarles aquella pieza que él estimaba en mucho, para que se la guardasen y tuviesen á buen recaudo hasta que él volviese por alli, ó se la enviase á pedir.

El cacique, y todos los Indios

principales que con él estaban tuvieron en mucho la confianza que de ellos se hacia, en dexarles en prendas cosa tan señalada, y así habiendo rendido las gracias con las mejores palabras que supieron decir, principalmente por la confianza, y despues por la pieza, la mandaron guardar á mucho recaudo: y puedese creer que hoy la tengan en gran veneracion y estima.

Habiendo descansado el exército cinco dias, salió de Cofa para ir á otra provincia llamada Cofaqui, la qual era de un hermano mayor del cacique Cofa, mas rico y mas poderoso que él. El curaca Cofa salió con Indios, soldados de guerra, y otros de servicio, acompañando al Gobernador una jornada, y quisiera acompañarle todas las que por su tierra se habian de caminar, mas el General no consintió, sino que se volviese á su casa y no pasase ade-

lante. El cacique, vista la voluntad del Gobernador, le besó las manos con mucha ternura y sentimiento de apartarse de él, y le dixo, suplicaba á su señoria se acordase del amor y voluntad que le tenia para emplearla en su servicío, que le era muy aficionado servidor. El Gobernador se lo agradeció con muy buenas palabras, y asi se despidieron el uno del otro.

El curaca tuvo advertencia de despedirse del Maese de Campo, y de los demas capitanes y ministros de la Hacienda Imperial, á los quales todos habló como si los hubiera conocido de mucho tiempo atrás. Luego que se hubo despedido de los Españoles, llamó á sus capitanes y les dixo, que con todos los Indios de guerra y de servicio que consigo habian traido, fuesen sirviendo y regalando al Gobernador y á todo su exército, y que se tuviesen por

Con esta embajada recibió contento el General y toda su gente, porque no pretendian amigos forzados sino de gracia, y así caminaron hasta llegar al término de Cofaqui, donde á los Indios que con ellos habian ido de la provincia de Cofa, les dieron licencia para que los de guerra y los de servicio se volviesen á sus casas, y en lugar de ellos traxeron los de Cofaqui otros que llevaron las cargas.

El Gobernador llegó al primer pueblo de Cofaqui, donde estaba el cacique, el qual, como por sus atalayas supiese que el General iba cerca, salió á recibirle fuera del pueblo, acompañado de muchos hombres nobles, hermosamente arreados de arcos y flechas, y grandes plumas, con ricas mantas de martas y otras diversas pelleginas, tan bien aderezadas como en lo mejor de Alemaña. Entre el Gobernador

y el curaca pasaron muy buenas palabras, y lo mismo hubo entre los Indios principales, y los caballeros y capitanes del exército, dándose á entender, parte por palabras y parte por señas, y así entraron en el pueblo con gran fiesta y regocijo de los Indios. El cacique por su persona aposentó á los Españoles, y él se fue con licencia del Gobernador á otro pueblo que estaba cerca, donde habia mudado su casa por desembarazar aquel para alojamiento de los Españoles: y luego otro dia bien de mañana vino á visitar al Gobernador, y despues de haber hablado largo en cosas que tocaban á la relacion de aquella provincia, dixo el Indio: Señor, yo deseo saber la voluntad de vuestra señoría, si es de quedarse aquí, donde deseamos servirle, ó de pasar adelante, para que conforme á ella se provea con tiempo lo que conviene á vuestro

servicio. El Gobernador dixo, que iba en demanda de otras provincias que le habian dicho estaban adelante, y que la una de ellas se llamaba Cofachiqui, y que no podia hacer asiento ni parar en parte alguna hasta que las hubiese visto, y andado todas.

El curaca respondió, que aquella provincia confinaba con la suya, y que entre la una y la otra habia un gran despoblado que se andaba en siete jornadas, y que para el camino ofrecia á su señoria los Indios de guerra y de servicio necesarios que le sirviesen y acompañasen hasta donde su señoria quisiese llevarlos. Asimismo le ofrecia todo el bastimento que fuese menester para el viage, que le suplicaba pidiese y mandase proveer lo que fuese servido llevar, como si estuviera en su propia tierra, que toda aquella estaba á su voluntad, y muy deseosa de servirle.

El Gobernador le agradeció el ofrecimiento, y le dixo, que pues él como capitan experimentado, y como señor de aquella tierra sabia el camino que se habia de andar, y el bastimento que seria menester, lo proveyese como en causa propia, que los Españoles no tenian necesidad de otra cosa sino de comida, y que en dexarsela toda á su voluntad y arbitrio, veria la poca ó ninguna molestia que deseaban darle.

Con esta confianza que el Gobernador hizo del Cacique, le obligó á que hiciese mas que hiciera si señaladamente le pidiera lo que habia menester, y así lo dixo él: luego mandó que con mucha diligencia y solicitud se juntase el bastimento y los Indios de carga que lo hubiesen de llevar: lo qual fue obedecido y proveido con tanta prontitud, que en quatro dias que los Españoles descansaron en el pueblo Cofaqui, se

juntaron quatro mil Indios de servicio para llevar la comida y ropa de los Christianos, y otros quatro mil de guerra para acompañar y guiar el exército.

El bastimento principal que los Castellanos procuraban donde quiera que se hallaban era el maiz, el qual en todas las Indias del Nuevo Mundo es lo que en España el trigo. Con el maiz proveyeron los Indios mucha fruta seca, de la que hemos dicho atras que la tierra produce de suyo sin cultivarla, como son ciruelas pasadas, y pasas de uvas, nueces de dos ó tres suertes, y bellota de encina y roble: provision de carne no hubo alguna, porque ya hemos dicho que no la tienen de ganado doméstico, sino la que matan cazando por los montes.

El Gobernador y los suyos, viendo tanta junta de gente, aunque se juntaban para le servir, se recata-

ban y velaban de noche y de dia mas que lo ordinario; porque los Indios debaxo de amistad, viéndolos descuidados, no se atreviesen á hacer alguna cosa en daño de ellos: mas los Indios estaban bien descuidados y agenos de ofender á los Españoles, antes con todas sus fuerzas y ánimo atendian á les servir y agradar, para con el favor y amparo de ellos vengarse de las injurias y daños que de sus enemigos los de Cofachiqui habian recibido, como luego veremos.

Un dia antes del dia señalado para la partida de los Españoles, estando el curaca en la plaza del pueblo con el General, y otros capitanes y caballeros principales del exército, mandó llamar á un Indio, que para todas las cosas de guerra que se le ofreciesen tenia elegido por Capitan General, y al presente lo estaba para ir con el Gobernador, al

qual venido que fue ante él le dixo: Bien sabeis la guerra y enemistad perpetua que nuestros padres, abuelos y antepasados siempre han tenido, y nosotros al presente tenemos con los Indios de la provincia de Cofachiqui, donde ahora vais en servicio de nuestro Gobernador, y de estos caballeros: tambien son notorios los muchos, y notables agravios, males y daños que los naturales de aquella tierra de contino han hecho y hacen en los de la nuestra, por lo qual será razon, que pues la ventura nos ofrece para nuestra venganza una ocasion tan buena como la presente, que no la perdamos.

Vos mi Capitan General, como tenemos acordado, habeis de ir en compañia y servicio del Gobernador, y de su invencible exército, con cuyo favor y amparo hareis en satisfaccion de nuestras injurias y da-

ños todo lo que contra nuestros enemigos pudieredeis imaginar; y porque entiendo no hay necesidad de que se gasten con vos muchas palabras para encargaros lo que habeis de hacer, me remito á vuestro animo y voluntad, la qual sé que se conformará con mi pretension, y con lo que en este caso á nuestra honra conviene.

CAPITULO XXXI.

Patofa promete venganza á su curaca. Cuentase un caso extraño que acaeció en un Indio guia.

El Indio Apu, que en lengua del Perú quiere decir Capitan General, ó supremo en qualquier cargo, el qual en su propio nombre se llamaba Patofa, y era de muy gentil persona y rostro, tal que su vista y aspecto certificaba ser bien empleada en él la eleccion de Capitan Ge-

neral, y prometia todo buen hecho en paz y en guerra, levantándose en pie, y soltando una manta de pellejos de gatos que en lugar de capa ténia, tomó un montante de palma, que un criado suyo en lugar de insignia de Capitan en pos de él traía. y con él hizo delante de su Cacique y del Gobernador muchas y muy buenas levadas, saltando á una parte y á otra con tanta destreza, ayre y compas, que un famoso esgrimidor, ó maestro de armas no pudiera hacer mas, tanto que admiró grandemente á nuestros Españoles: y habiendo jugado mucho rato, paró, y con el montante en las manos se fue á su curaca, y haciéndole una gran reverencia á la usanza de ellos, qué se diferenciaba poco de la nuestra, le dixo, segun los interpretes declararon: Príncipe y Señor nuestro, como criado tuyo y Capitan General de vuestros exércitos, empe-

ño mi fe y palabra á vuestra grandeza de hacer en cumplimiento de lo que se me manda todo lo que mis fuerzas é industria alcanzaren, y prometo mediante el favor de estos valientes Españoles vengar todas las injurias, muertes, daños y pérdidas que nuestros mayores y nosotros hemos recibido de los naturales de Cofachiqui: y la venganza será tal, que con mucha satisfaccion de tu reputacion y grandeza puedas borrar de la memoria lo que ahora por no estar vengado te ofende en ella: y la mas cierta señal que podrás tener de haber yo cumplido lo que me mandas, será, que habiéndo lo hecho bastantemente, osaré volver á presentarme ante vuestro acatamiento; y si la suerte saliere contraria á mis esperanzas, no me verán jamas tus ojos ni los del sol: que yo mismo me daré el castigo que mi cobardía ó mi poca ventura

mereciere, que será la muerte, quando los enemigos no quisieren darmela de su mano. El curaca Cofaqui se levantó en pie, y abrazando al general Patofa le dixo: Vuestras promesas tengo por ciertas como si ya las viese cumplidas, y así las gratificaré como servicios hechos que yo tanto deseo recibir. Diciendo esto se quitó una capa de martas hermosísimas que traía puesta y de su propia mano cubrió con ella á Patofa, en pago de los servicios aun no hechos. Las martas de la capa eran tan finas, que la apreciaban los Españoles valdria en España dos mil ducados.

El favor de dar un señor á un criado la capa, el plumage ó qualquier otra presea de su persona, principalmente si para darla se la quita en presencia del criado, era entre todos los Indios de este gran reyno de la Florida cosa de tan grande

honra y estima, que ningun otro premio se igualaba á él, y parece que conforme á buena razon tambien lo debe ser en todas naciones.

Estando ya proveido todo lo necesario para el camino de los Españoles, sucedió la noche antes de la partida un caso extraño que los admiró, y fue que, como atras hicimos mencion, prendieron los nuestrot en la provincia de Apalache dos Indios mozos, los quales se habian ofrecido guiar á los Castellanos. El uno de ellos, á quien los Christianos sin le haber bautizado llamaban Marcos, habia guiado ya todo lo que del camino sabia. El otro, que asimismo sin le haber dado agua de bautismo le llamaban Pedro, era el que habia de guiar de allí adelante hasta la provincia de Cofachiqui, donde habia dicho que hallarian mucho oro, plata y perlas preciosas.

Este mozo andaba entre los Españoles tan familiarmente como si hubiera nacido entre ellos. Sucedió que la noche antes de la partida, casi á media noche, dió grandísimas voces pidiendo socorro, diciendo que le mataban. Todo el exército se alborotó, entendiendo que era traicion de los Indios, y asi tocaron arma, y á mucha diligencia se pusieron á punto de guerra en esquadrones formados los infantes y los caballos: mas como no sintiesen enemigos, salieron á reconocer de donde habia salido el arma, y hallaron que el Indio Pedro la habia causado con sus gritos, el qual estaba temblando de miedo, asombrado y medio muerto. Preguntado qué era lo que habia visto ó sentido para pedir socorro con tan extraños gritos dixo, que el demonio con una espantable vista, y con muchos criados que le acompañaban, habia venido á él, y

dichole que no guiase á los Españoles donde habia prometido guiarles, sopena que lo mataria, y juntamente diciendo estas palabras lo habia zaleado y arrastrado por el aposento, y dadole muchos golpes por todo el cuerpo, de que estaba molido y quebrantado sin poderse menear; y que segun el demonio lo maltrataba, entendia que lo acabara de matar, sino acertaran á entrar tan presto dos Españoles que le socorrieron: que como el demonio grande los vió entrar por la puerta de su aposento, le habia dexado luego y huido, y tras él habian ido todos sus criados, por lo qual entendia que los diablos habian miedo á los Christianos: por tanto él queria ser Christiano, que por amor de Dios les suplicaba lo bautizasen luego, porque el demonio no volviese á le matar, que estando bautizado como los otros Christianos, estaria seguro que no le to-

case, porque lo habia visto huir de ellos.

Todo esto dixo el Indio Pedro Catecumeno, delante del Gobernador y de otros Españoles que se hallaron presentes, los quales se admiraron de haberle oido, y vieron que no era fingido, porque los cardenales, tolondrones é hinchazones que en el rostro y por todo el cuerpo hallaron, testificaban los golpes que le habian dado. El General mandó llamar los sacerdotes, clérigos y frayles, y les dixo, que en aquel caso hiciesen lo que bien visto les fuese, los quales habiendo oido al Indio lo bautizaron luego, y se estuvieron con él toda aquella noche y el dia siguiente, confirmándolo en la fé, y esforzándole en su salud, que decia estaba molido y hecho pedazos de los golpes que le habian dado, y por su indisposicion dexo de caminar aquel dia el Real, hasta

el siguiente: y lo llevaron dos dias á caballo, porque no podia tenerse en pie.

Por lo que hemos dicho del Indio Pedro se podrá ver quan faciles sean estos Indios y todos los del Nuevo Mundo á la conversion de la fé católica, y yo como natural y testigo de vista de los del Perú osaré afirmar, que bastaba la predicacion de este Indio, solo con lo que habia visto, para que todos los de su provincia se convirtieran y pidieran el bautismo, como él lo hizo; mas los nuestros, que llevaban intencion de predicar el evangelio despues de haber ganado y pacificado la tierra, no hicieron por entonces mas de lo que se ha dicho.

El exército salió del pueblo Cofaqui, y el curaca lo acompañó dos leguas; y pasára adelante si el Gobernador no le rogára que se volvie-

ra á su casa. Al despedirse, mostró como amigo sentimiento de apartarse del Gobernador y de los Españoles, y habiendole besado las manos, y á los mas principales de ellos, encomendó de nuevo á su Capitan General Patofa el cuidado de servir al Adelantado y á todo su exército, el qual respondió, qué por la obra veria quan á su cargo llevaba todo lo que le habia mandado. Con esto se volvió el Cacique á su casa, y los Españoles siguieron su camino en demanda de la provincia Cofachiqui, tan deseada por ellos.

CAPITULO XXXII.

El Gobernador y su exército se hallan en mucha confusion, por verse perdidos en unos desiertos, y sin comida.

El exército de los Christianos caminaba por sí á parte en sus esquadrones formados, los infantes y los de á caballo. El Capitan General Patofa que, como se ha dicho, llevaba quatro mil hombres de guerra, gente escogida, caminaba asimismo en su esquadron á parte con avanguardia y retaguardia: la gente de carga y servicio iba en medio. De esta manera caminaban estas dos naciones tan diferentes, aunque no en el gobierno militar; porque era cosa de gran contento ver la buena órden y concierto que cada qual en competencia de la otra llevaba, y los Indios en ninguna cosa que fuese

guardar buena milicia querian reconocer ventaja á los Españoles.

De noche tambien se alojaban divididos, que luego que los quatro mil Indios de carga entregaban el bastimento á los nuestros, se pasaban á dormir con los suyos; y así los Indios como los Castellanos ponian sus centinelas, y se velaban y guardaban los unos de los otros, como si fueran enemigos declarados: particularmente hacian esto los Christianos, porque de ver tanta orden y concierto en los infieles se recataban de ellos: mas los Indios iban bien descuidados de toda malicia, antes mostraban deseo de agradar en toda cosa á los Españoles: y el poner las centinelas con sus cuerpos de guardia, y la demas orden que guardaban, mas lo hacian por mostrarse hombres de guerra que no por recatarse de los Españoles. Con esta vigilancia y cuidado caminaron

todo el tiempo que les duró la compañia. Y por el parage por do fueron, que acertó á ser por lo mas angosto de la provincia de Cofaqui, salieron de ella en dos jornadas, y la segunda noche durmieron al principio del despoblado grande, que hay entre las dos provincias de Cofaqui y Cofachiquí.

Otras seis jornadas caminaron por el despoblado, y vieron que la tierra era toda apacible, y las sierras y montes que se hallaban no eran asperos ni cerrados, sino que podian andar facilmente por ellos. En estas seis jornadas, entre otros arroyos pequeños, pasaron dos rios grandes, furiosos y de mucha agua, mas por traerla tendida pudieron vadearlos, aprovechándose de los caballos, de los quales hicieron una pared del un cabo al otro del rio, para que en ella quebrase la furia del agua, que era tan recia, que á la cinta que diese

á los infantes no podian tenerse; mas con el socorro de los caballos, asiendose á ellos, pasaron sin peligro todos los de á pie, así Indios como Españoles.

Al seteno dia se hallaron en medio de la jornada en gran confusion Indios y Españoles, porque el camino que hasta allí habian llevado, que parecia un camino real muy ancho, se les acabó; y muchas sendas angostas que á todas partes por el monte habia, á poco rrecho que por ellas caminaban, se les perdian y quedaban sin senda; de manera que despues de hechas muchas diligencias se hallaron encerrados en aquel desierto, sin saber por donde pudiesen salir de él; y los montes eran diferentes que los pasados, porque eran mas altos y cerrados, que con trabajo podian andar por ellos.

Los Indios, así los que el Gobernador traia domésticos, como los

que iban con el General Patofa, se hallaron perdidos, sin que entre todos ellos hubiese alguno que supiese el camino, ni decir á qual vanda podian echar para salir mas aina de aquellos montes y desiertos. El Gobernador, llamando al Capitan Patofa le dixo, que por qual causa le habia metido debaxo de amistad en aquellos desiertos, donde para salir de ellos á parte alguna, no se hallaba camino, y como era posible ni creedero que entre ocho mil Indios que consigo traia, no hubiese alguno que supiese donde estaban, ó por donde pudiesen salir á la provincia Cofachiqui, aunque fuese abriendo los montes á mano; y que no era verisimil, que habiendo tenido guerra perpetua los unos con los otros, no supiesen los caminos públicos y secretos que pasaban de la una provincia a la otra.

El Capitan Patofa respondió, que

ni él, ni Indio de los suyos jamas habian llegado donde al presente estaban; y que las guerras que aquellas dos provincias se habian hecho, nunca habian sido en batallas campales de poder á poder, entrando los unos con exército hasta las tierras de los otros, sino solamente en las pesquerias de aquellos dos rios, y los demas arroyos que atrás habian dexado, y en las monterias y cacerias que los unos y los otros hacian por aquellos montes y despoblados que habian pasado, donde encontrándose con las tales monterias y pesquerias, como enemigos se mataban y cautivaban; y que por haber sido los de Cofachiqui superiores á los suyos, y haberles hecho siempre muchas ventajas en las peleas que así habian tenido, sus Indios andaban amedrentados y como rendidos, sin osar alargarse ni salir de sus términos; y que por esta cau-

sa no sabían á donde estában, ni por donde pudiesen salir de aquellos despoblados; y que si su señoria sospechaba que él los hubiese metido en aquellos desiertos con astucia y engaño, para que pereciesen en ellos con su exército, se desengañase, porque su señor Cofaqui, ni él, que se preciaban de hombres de verdad, habiéndolos recibido por amigos, no habian de imaginar, quanto mas hacer cosa semejanre. Y para certificarse que era verdad lo que decia, tomase los rehenes que quisiese, y que si bastaba su cabeza para satisfacerle, que muy de su grado se la entregaba luego, para que mandase cortarsela, no solo á él, sino tambien á todos los Indios que con él venian, los quales todos estaban á su obediencia y voluntad, así por ley de guerra, porque era su Capitan General, como por particular mandato que su curaca y se-

ñor le habia dado, diciendo que en toda cosa le obedeciesen hasta la muerre.

El Gobernador, oyendo las buenas palabras de Patofa, y viendo el ánimo apasionado con que las decia, porque no hiciese alguna desesperacion le dixo, que le creia, y estaba satisfecho de su amistad. Luego llámaron al Indio Pedro, de quien diximos le habia maltratado el demonio en Cofaqui, el qual desde la provincia de Apalache hasta aquel dia habia guiado á los Españoles, con tanta noticia de la tierra, que la noche antes decia todo lo que el dia siguiente habian de hallar en el camino. Este mozo, tambien como los demas Indios, perdió el tino que hasta allí habia traido, y dixo, que como habia quatro ó cinco años que habia dexado de andar por aquel camino estaba olvidado de tal manera, que totalmenee se hallaba perdido,

que ni sabia el camino, ni acertaria á decir á tiento por do pudiesen salir á la provincia de Cofachiqui. Muchos Españoles, viéndole cerrarse y desconfiar de la noticia del camino decian, que de temor del demonio, que le habia maltratado y amenazado, no queria guiarles, ni decir por qual parte habian de salir por aquel despoblado.

Con esta confusion, sin saber como salir de ella, caminaron nuestros Españoles lo que del dia les quedaba, sin camino alguno, sino por donde hallaban mas claro y abierto el monte. Yendo así perdidos, llegaron al poner del sol á un rio grande, mayor que los dos que habian pasado, que por mucha agua no se podia vadear, cuya vista les causó mayores congojas, porque ni para lo pasar tenian balsas ó canoas, ni bastimento que comer mientras las hiciesen, que era lo que mas pena les daba:

porque la comida que de Cofaqui habian sacado, habia sido tasada para siete dias, que habian dicho duraria atravesar el despoblado; y aunque habian llevado quatro mil Indios de carga, habian sido las cargas tan livianas, que no eran medias de las ordinarias; y un Indio á todo reventar no puede llevar mas de media anega de zara ó maiz, y estos por ir cargados no habian dexado de llevar sus armas como los demas Indios que iban por soldados, que como todos ellos habian salido de su tierra con intencion de vengarse de los de Cofachiqui, iban apercibidos de sus armas, y tambien las llevaban por no volverse con las manos en el seno, habiendo de pasar por tierras agenas y de enemigos. Por estas causas, porque estos eran casi diez mil hombres, y cerca de trescientos y cincuenta caballos á comer del maiz, quando llegó el seteno dia de su ca-

mino ya no llevaban cosa de comer: y aunque el dia ántes se habia echado vando guardasen la comida, y se tasasen en ella, porque se temia si la hallarian tan presto ó no, era ya tarde, que ya no habia que guardar. De manera que nuestros Españoles se hallaron sin guia, sin camino, sin bastimento, perdidos en unos desiertos, atajados por delante de un caudaloso rio: por las espaldas con el largo despoblado que habian andado, y por los lados con la confusion de no saber quando ni por donde pudiesen salir de aquellos breñales, y sobre todo la falta de la comida, que era lo que mas les congojaba.

CAPITULO XXXIII.

Van quatro Capitanes á descubrir la tierra. Extraño castigo que Patofa hizo en un Indio.

Habiendo considerado el Gobernador las dificultades é inconvenientes en que su exército se hallaba, le pareció era lo mas acertado, y aun forzoso, no caminar el Real hasta haber hallado camino y salida de aquellos desiertos: así luego que amaneció el dia siguiente mandó que saliesen quatro quadrillas, dos de caballos, y dos de infantes, y que las dos fuesen el rio arriba, y las otras dos el rio abajo, con órden y aviso que cada una de ellas fuese siguiendo la ribera del rio, sin apartarse de él, y las otras dos siguiesen el mismo viage una legua de tierra adentro, á ver si por una via ó por otra topaban algun camino, ó des-

cubrian tierra poblada. Mandó á cada uno de los Capitanes, que volviesen dentro en cinco dias con lo que hubiesen hallado. Estos Capitanes fueron el Contador Juan de Añasco, Andres de Vasconcelos, Juan de Guzman y Arias Tinoco.

Con el Capitan Juan de Añasco fué el General Patofa, que no quiso quedar en el Real, y acertaron á ser los que fueron por la orilla del rio arriba: con ellos fué el Indio Pedro, que estaba corrido de haber perdido el tino, y le parecia que yendo por aquel viage habia de salir con su empresa, y poner los Españoles en la provincia de Cofachiqui, como lo habia prometido. Con cada compañía de los Españoles fueron mil Indios de los de guerra, para que derramados por los montes procurasen hallar algun camino.

El Gobernador se quedó en la ribera del rio, aguardando las nuevas

que los suyos le traxesen, donde él y su gente pasaron extrema necesidad de comida, porque no comian sino pámpanos de parrizas que habia por montes y arroyos: los quatro mil Indios de servicio que quedaron con el General salian en amaneciendo á buscar de comer por los campos, y volvian á la noche con yerbas y raices que eran de comer, y con algunas aves y animalejos que habian muerto con los arcos. Otros traían peces que habian pescado, que ninguna diligencia que les fuese posible dexaban de hacer por haber comida; y todo lo que así hallaban sin tocar en ello, ni esconder parte alguna, lo traían á los Españoles, en cuyas camaradas ellos iban repartidos; y era tanta la fidelidad y respeto que en esto los Indios les tenian, que aunque se cayesen de hambre no tomaban cosa alguna antes de haberla presentado á los Es-

pañoles, los quales vencidos con este comedimiento, daban á los Indios de lo que así traían la mayor parte, mas todo era nada para tanta gente.

El Gobernador, pasados tres dias que habia estado en aquel alojamiento, viendo que no se podia llevar tanta hambre, que cierto era mas que se puede encarecer, mandó que matasen algunos cochinos de los que llevaban para criar, y se diesen de socorro ocho onzas de carne á cada Español, socorro mas para acrecentar la hambre que para la entretener: de la carne tambien partieron los Españoles con los Indios, porque viesen que no querian aventajarse en cosa alguna, sino pasar igual necesidad con ellos.

Era cosa de grandísimo contento para los soldados ver el buen semblante que el General mostraba á los suyos en esta afliccion, por esforzarles y ayudar á pasar la hambre,

aunque él no era aventajado en cosa alguna, como si fuera el menor de todos ellos. Lo mismo hacian los soldados con el Capitan, que por consolarle de la pena que, haciendo oficio de buen padre, sentia de ver los suyos en tanto trabajo, disimulaban la hambre que sentian, y fingian menos necesidad de la que pasaban; mostraban en sus rostros alegria y contento de hombres que estuviesen en toda abundancia y prosperidad.

Olvidadosenos ha de haber dicho atrás en su lugar un exemplar castigo que el Capitan Patofa hizo en un Indio de los suyos: por ser tan extraño será razon que no quede en olvido, y caerá bien donde quiera que se ponga. Es así que al quinto dia que vinieron caminando por el despoblado, un Indio de los que llevaban carga (que en lengua de la isla Española llaman tameme), sin

haber recibido agravio, movido de cobardia, ó deseo de ver á su muger é hijos, ó porque el diablo le hubiese dicho la hambre que habian de pasar, ó por otra causa que él se sabia, acordó huirse. El Español á cuyo cargo iba, echándolo menos, dió cuenta de ello al General Patofa, el qual mandó á quatro Indios mozos, gentiles hombres, que á toda diligencia volviesen por aquel Indio, y no parasen hasta haberlo alcanzado, y se lo traxesen maniatado. Los Indios se dieron tan buena priesa, que en breve espacio lo alcanzaron, lo volvieron al Real y pusieron delante de su Capitan. Este, despues de haber en presencia de sus soldados afeado su cobardia, su pusilanimidad, el desacato de su príncipe y curaca, el poco respeto á su Capitan General, y la traicion y alevosia que á sus compañeros y á toda su nacion habia hecho, le di-

xo: No quedará tu delito y maldad sin castigo, porque otros no tomen de ti mal exemplo. Diciendo esto, mandó que le llevasen á un arroyo pequeño que pasaba por el alojamiento, y Patofa presente le quitaron esa poca ropa que llevaba, que no le dexaron mas de los pañetes. Luego por mandado del Capitan traxeron muchos renuevos de árboles de mas de una braza en largo, y dixo al Indio: Echate de pechos sobre ese arroyo, y bebe toda esa agua, y no ceses hasta que la agotes. Mandó á quatro gandiles que en alzando la cabeza del agua le diesen con las varas hasta que volviese á beber, é hizo que le enturviasen el agua, porque la bebiese con mayor pena. El Indio puesto en el tormento bebió hasta que no pudo mas, empero los verdugos le daban en parando de beber cruelísimos barazos, que lo tomaban de la cabeza á los pies, y no

cesaban de darle hasta que volvia á beber. Algunos parientes suyos, viendo el castigo tan riguroso, y sabiendo que no habia de parar hasta haberlo muerto, fueron corriendo al Gobernador, y echados á sus pies le suplicaron hubiese piedad del pobre pariente. El General envió un recado al Capitan Patofa, diciendole tuviese por bien cesase el castigo tan justificado, y no pasase adelante su enojo. Con esto dexaron al Indio ya medio muerto, que sin sed habia bebido tanta agua.

CAPITULO XXXIV.

De un cuento particular acerca de la hambre que los Españoles pasaron: como hallaron comida.

Volviendo á la hambre y necesidad que el Gobernador y su exército pasaron aquellos dias, me pareció contar un caso particular que pasó entre unos soldados de los mas aventajados que en el Real habia, para que por él se considere y vea lo que se padeceria en comun, que decir cada cosa en particular seria nunca acabar, y hacer nuestra historia muy prolija. Es así, que un dia de los de mayor hambre, quatro soldados de los mas principales y valientes, que por ser tales hacian donayre y risa, aunque falsa, del trabajo y necesidad que pasaban, quisieren, porque eran de una camarada,

saber qué bastimento habia entre ellos, y hallaron que apenas habia un puñado de zara. Para lo repartir, para que creciese algo, la cocieron; y en buena igualdad, sin agravio alguno cupieron á diez y ocho granos. Los tres de ellos, que eran Antonio Carrillo, Pedro Moron, y Francisco Pechudo comieron luego sus partes. El quarto, que era Gonzalo Silvestre, echó sus diez y ocho granos de maiz en un pañuelo y los metió en el seno. Poco despues se topó con un soldado Castellano que se decia Francisco de Troche, natural de Burgos, el qual le dixo ¿ llevais algo que comer ? Gonzalo Silvestre le respondió por donaire : sí, unos mazapanes muy buenos, recien hechos, me traxeron ahora de Sevilla. Francisco de Troche en lugar de enfadarse rio el disparate. A este punto llegó otro soldado, natural de Badajoz, que se de-

cia Pedro de Torres, el qual endereszando su pregunta á los que hablaban en los mazapanes, les dixo: ¿vosotros teneis algo que comer? que no era otro el lenguage de aquellos dias. Gonzalo Silvestre respondió, una rosca de Utrera tengo muy buena, tierna y recien sacada del horno, si quereis de ella partiré con vos largamente. Rieron el segundo imposible como el primero. Entonces les dixo Gonzalo Silvestre, pues porque veais que no he mentido á ninguno de vosotros, os daré cosa que al uno le sepa á mazapanes, si les ha en gana, y al otro á rosca de Utrera, si se le antoja. Diciendo esto sacó el pañuelo con los diez y ocho granos de zara, dió á cada uno de ellos seis granos, tomó para sí otros seis, y todos tres se los comieron luego, antes que se recreciesen mas compañeros y cupiesen á menos, y habiéndolos co-

mido se fueron á un arroyo que pasaba cerca, y se hartaron de agua, ya que no podian de vianda: así pasaron aquel dia con no mas comida, porque no la habia. Con estos trabajos y otros semejantes, no comiendo mazapanes ni roscas de Utrera, se ganó el Nuevo Mundo, de donde traen á España doce ó trece millones de oro, plata y piedras preciosas; por lo qual me precio muy mucho de ser hijo de Conquistador del Perú, de cuyas armas y trabajos ha redundado tanta honra y provecho á España.

Volviendo á los quatro capitanes que fueron á descubrir caminos decimos, que con la misma hambre y necesidad que pasaron el Gobernador, y los de su exército caminaron ellos seis dias. Los tres capitanes de ellos no hallaron cosa digna de memoria, sino hambre y mas hambre. Solo el contador Juan de

Añasco tuvo mejor dicha, que habiendo caminado tres dias, siempre el rio arriba, sin apartarse de él, al fin de ellos halló un pueblo asentado en la ribera por la misma parte que él iba, en la qual halló poca gente, mas mucha comida para pueblo tan pequeño, que solo en una casa de depósito habia quinientas hanegas de harina hecha de maiz tostado, sin otro mucho que habia en grano, con que los Indios y Españoles se alegraron lo que se puede imaginar, y despues de haber visto lo que habia en las casas, subieron en las mas altas, y descubrieron que de allí adelante el rio arriba estaba poblada la tierra de muchos pueblos grandes y pequeños, con muchas sementeras á todas partes, de que los nuestros dieron gracias á Dios, y ellos y los Indios mataron la hambre que llevaban. Pasada la media noche, despacharon quatro de á ca-

ballo, que á toda diligencia volviesen á dar aviso al Gobernador de lo que habian visto y descubierto. Los quatro Españoles volvieron con la buena nueva, y para ser creidos llevaron muchas mazorcas de zara, y unos cuernos de vacas, que no se pudo saber de donde los hubiesen traido los Indios; porque en todo lo que estos Españoles anduvieron de la Florida, nunca hallaron vacas; y aunque es verdad que en algunas partes hallaron carne fresca de vaca, nunca vieron vacas, ni fue posible con los Indios, por caricias ni amenazas, que dixesen donde las habia.

El General Patofa y sus Indios, la noche que durmieron en el pueblo, lo mas secretamente que pudieron, sin que los Españoles supiesen cosa alguna de su hecho, lo saquearon, y robaron el templo que servia solamente de entierro, donde, como adelante dirémos de otros

mas famosos, tenian lo mejor y mas rico de sus haciendas. Mataron todos los Indios que dentro y fuera del pueblo pudieron haber, sin perdonar sexô ni edad, y á los que así mataban les quitaban los cascos de la cabeza, de las orejas arriba, con admirable maña y destreza. Estos cascos llevaban para que por vista de ojos viese su curaca y señor Cofaqui la venganza que en sus enemigos habian hecho de las injurias recibidas, porque segun despues se vió, este pueblo era de la provincia de Cofachiqui, que tan deseada habia sido de los Españoles, y tanta hambre les habia costado el descubrirla.

El dia siguiente á mediodia salió Juan de Añasco del pueblo con todos sus Españoles é Indios, que no osaron esperar en él al Gobernador, temiendo no se apellidasen los de la tierra, y juntasen gran nú-

mero de gente, que segun la mucha poblacion que por el rio arriba habia, podian juntarse muchos, dar en ellos y matarlos todos; que no eran poderosos para resistirlos: por esto les pareció mas seguro volver atrás á recibir el Gobernador.

CAPÍTULO XXXV.

Llega el exército donde hay bastimento. Patofa se vuelve á su casa. Juan de Añasco va á descubrir tierra.

Los quatro caballeros que con la relacion y buena nueva de haber hallado comida y tierra poblada dexámos en el camino, llegaron donde el Gobernador estaba, habiendo caminado en un dia á la vuelta lo que habian caminado en tres á la ida, que fueron mas de doce leguas, y le dieron aviso de lo que habian descubierto.

El qual, luego que amaneció, mandó caminar la gente donde los quatro caballeros la guiasen. Los soldados tenian tanta hambre, y tan buena gana de ir donde hallasen comida, que caminaron á rienda suelta, sin que fuese posible ponerlos en órden, ni que caminasen en esquadron como solian, sino que iba adelante el que mas podia: y tanta fue la priesa que se dieron á caminar, que el dia siguiente antes de mediodia estaban ya todos en el pueblo.

Al Gobernador le pareció parar en él algunos diás, así porque la gente se refrescase y reformase del trabajo pasado, como por esperar los tres capitanes que por las otras partes habian ido á descubrir la tierra. Los quales, habiendo caminado tres dias en seguimiento del viage que cada uno de ellos habia tomado, y habiendo hallado casi todos tres igualmente muchos caminos y sen-

das que por todas partes atravesaban la tierra, por las quales hallaban rastro de Indios, mas no pudiendo haber alguno para se informar de él, ni pudiendo descubrir poblado, por no alejarse mas, y porque no llevaban mas término, se volvieron al puesto al fin del quinto dia que se habian partido del Gobernador: y no le hallando, siguieron el rastro que el exército dexaba hecho, y en otros dos dias, habiendo padecido la hambre y trabajos que se pueden imaginar, como hombres que habia mas de ocho dias que no habian comido sino yerbas y raices, y aun no hasta hartar, llegaron al pueblo donde el Gobernador estaba, en cuya presencia, y en la de todos los compañeros, refiriendo los unos á los otros los trabajos y hambre que habian pasado, se alentaron, y cuidaron de reformarse.

Toda la hambre y necesidad que

hemos contado que pasaron estos Españoles en los despoblados la cuenta muy largamente Alonso de Carmona en su relacion, y dice que fueron quatro los puercos que mataron para socorrer la gente, y que eran muy grandes, con que (dice) sacamos el vientre de mal año: debió decirlo por ironia, por ser cosa tan poca para tanta gente.

En este primer pueblo de la provincia de Cofachiqui, donde se juntó todo el exército, paró el Gobernador siete dias, para que la gente se rehiciese del trabajo pasado, en los quales el capitan Patofa y sus ocho mil Indios con el secreto posible hicieron todo el mal y daño que pudieron en sus enemigos. Corrieron quatro leguas de tierra á todas partes donde pudiesen dañar. Mataron los Indios é Indias que pudieron haber, y les quitaron los cascos para llevarselos en testimonio de

sus hazañas: saquearon los pueblos y templos que pudieron alcanzar: no los quemaron como quisieran, porque no lo viese ó supiese el Gobernador. En suma no dexaron de hacer cosa de las que en daño de sus enemigos y venganza propia pudieron haber imaginado; y pasara adelante la crueldad, si al quinto dia de aquella estada no llegara á noticia del Gobernador lo que Patofa y sus Indios habian hecho y hacian. El qual, considerando que no era justo que debaxo de su favor y sombra nadie hiciese daño á otro, y que no seria bien que por el mal que otro hacia sin consentimiento suyo, él cobrase enemigos para adelante, pues iba antes combidando con la paz á los Indios que haciéndoles guerra, acordó despedir á Patofa, para que con todos los suyos se volviese luego á su tierra, y así lo puso por obra: que habiéndole rendi-

do las gracias por la amistad y buena compañia que le habia hecho, y habiéndole dado para él y para su curaca piezas de paños y sedas, lienzos, cuchillos, tixeras, espejos y otras cosas de España que ellos estiman en mucho, lo envió muy contento y alegre de la merced y favor que se le habia hecho; empero mucho mas lo iba él, por haber cumplido bastantemente la palabra que á su señor habia dado, de le vengar de sus enemigos y ofensores.

Despues que Patofa y sus Indios se fueron, quedó el Gobernador en el mismo pueblo descansando otros dos dias: mas ya que vió su gente reforzada, le pareció pasar adelante, y caminar por la ribera del rio arriba ácia donde iba la poblacion. Así fué el exército tres dias, sin topar Indio alguno vivo, sino muchos muertos y sin cascos, donde vieron los Castellanos la mor-

tandad que Patofa habia hecho, de cuya causa los naturales se habian retirado la tierra adentro donde no pudiesen haberlos. En los pueblos hallaron comida, que era lo que habian menester.

Al fin de los tres dias paró el exército en un muy hermoso sitio de tierra fresca, de mucha arboleda de morales, y otros árboles fructíferos cargados de fruta. El Gobernador no quiso pasar adelante hasta saber que tierra fuese aquella, y habiendo hecho alojar toda su gente, mandó llamar al contador Juan de Añasco, y le dió órden que con treinta soldados infantes siguiese el mismo camino que hasta allí habian traido, el qual aunque angosto pasaba adelante, y procurase haber aquella noche algun Indio para tomar lengua de lo que en aquella tierra habia, y saber como se llamaba el señor de ella, y las demas cosas

que les convenia saber, y quando no pudiese haber Indio, traxese alguna otra buena relacion, para qne con ella el exército pasase adelante no tan á ciegas como hasta allí habia venido; y al fin de la comision le dixo, que pues en todas las jornadas que habian hecho particulares, siempre habia tenido buen suceso, de cuya causa se las encomendaba á él ántes que á otro, procurase tenerlo tambien en aquella que tanto les importaba.

Juan de Añasco, y sus treinta compañeros salieron del Real á pie, antes que anocheciese, y con todo el silencio posible, como gente que iba á saltear, siguieron el camino que les fue señalado, el qual quanto mas adelante iba, tanto mas se iba ensanchando y haciendo camino real. Habiendo pues caminado por ser casi dos leguas, oyeron con el silencio de la noche un murmullo co-

mo de pueblo que estaba cerca; y caminando otro poco mas para salir de una manga de monte que por delante llevaban, que les quitaba la vista, vieron lumbres, oyeron ladrar perros, llorar niños, y hablar hombres y mugeres, de manera que reconocieron que era pueblo: por lo qual se apercibieron nuestros Españoles para prender algun Indio por los arrabales secretamente sin que los sintiesen, deseando cada qual de ellos ser el primero que le echase mano, por gozar de la honra de haber sido mas diligente. Yendo así todos con este cuidado, se hallaron burlados de sus esperanzas, porque el rio que hasta alli habian llevado á un lado, se les atravesaba y pasaba entre ellos y el pueblo. Los christianos pararon un buen rato en la ribera del rio en una gran playa y desembarcadero de canoas, y habiendo cenado y descansado, que se-

rian ya las doce de la noche, se volvieron al Real, do llegaron poco antes que amaneciese, y dieron cuenta al Gobernador de lo que habian visto y oido.

El qual, luego que fue de dia, salió con cien infantes y cien caballos, y fue á ver el pueblo, y reconocer y saber lo que en él habia de pro y contra para su descubrimiento. Llegando al desembarcadero de las canoas, Juan Ortiz y Pedro el Indio dieron voces á los Indios que estaban en la otra ribera diciéndoles, que viniesen á oir y volver con una embaxada que les querian dar para el señor de aquella tierra. Los Indios, viendo cosa tan nueva para ellos, como Españoles y caballos, á mucha priesa entraron en el pueblo, y publicaron lo que les habian dicho.

CAPITULO XXXVI.

Sale la señora de Cofachiqui á hablar al Gobernador : ofrece bastimento y pasage para el exército.

Poco despues que los Indios dieron la nueva en el pueblo, salieron seis Indios principales, que á lo que se entendió debian ser regidores Eran, de buena presencia y casi de una edad, de quarenta á cincuenta años, los quales entraron en una gran canoa, y con ellos otros Indios de servicio que la guiaban y gobernaban.

Puestos los seis Indios ante el Gobernador, hicieron todos juntos á una tres diversas y grandes reverencias: la primera al Sol, volviendose todos al oriente, la segunda á la Luna, volviendo los rostros al occidente, y la tercera al Gobernador, enderezándose ácia donde él es-

taba, el qual estaba sentado en una silla que llamaban de descanso, que solian llevar siempre do quiera que iba, en que sentarse, y recibiese los curacas y embaxadores con la gravedad y ornamento que á la grandeza de su cargo y oficio convenia. Los seis Indios principales, hecho el acatamiento, la primera palabra que hablaron fue decir al Gobernador: Señor ¿quereis paz ó guerra? y porque sea regla general, es de saber, que en todas las provincias que el Gobernador descubrió, siempre al entrar en ellas le hacian esta pregunta á las primeras palabras que le hablaban. El General respondió que queria paz y no guerra, y les pedia solamente paso, y bastimento para pasar adelante, á ciertas provincias en cuya demanda iba: y que pues sabian que la comida era cosa que no se podia escusar, le perdonasen la pesadumbre que en

darsela podian recibir, y les rogaba le proveyesen de balsas y canoas para pasar aquel rio, y le hiciesen amistad mientras caminasen por sus tierras, que él procuraria darles la ménos molestia que pudiese.

Los Indios respondieron que aceptaban la paz, y que en lo de la comida ellos tenian poca, porque el año pasado en toda su provincia habian tenido una gran pestilencia, con mucha mortandad de gente, de la qual solo aquel pueblo se habia librado, de cuya causa los moradores de los demás pueblos de aquel estado se habian huido á los montes, y no habian sembrado, y que con ser pasada la peste aun no se habian recogido todos los Indios á sus casas y pueblos: que eran vasallos de una Señora moza por casar, recien heredada: que volverian á darle cuenta de lo que su señoria pedia, y con lo que respondiese lo

avisarían luego; y entretanto esperase con buena confianza, porque entendian que su Señora, siendo como era muger discreta, y de pecho señoril, haria en servicio de los Christianos todo lo que le fuese posible. Dichas estas razones, y habida licencia del Gobernador, se fueron á su pueblo, y dieron aviso á su Señora de lo que el Capitan de los Christianos les habia pedido para su camino.

Apenas pudieron haber dado los Indios la embaxada á su Señora, quando vieron los Castellanos aderezar dos grandes canoas, y entoldar una de ellas con grande aparato y ornamento, en la qual se embarcó la Señora del pueblo, y ocho mugeres nobles que vinieron en su compañia, y no se embarcó mas gente en aquella canoa. En la otra se embarcaron los seis Indios principales que llevaron el recaudo, y

con ellos venian muchos remeros, que bogaban y gobernaban la canoa, la qual traia á jórro la canoa de la Señora, donde no venian remeros, ni hombre alguno sino las mugeres solas. Con este concierto pasaron el rio, y llegaron donde el Gobernador estaba. Auto es este bien al propio semejante, aunque inferior en grandeza y magestad, al de Cleopatra, quando por el rio Cindo, en Cilicia, salió á recibir á Marco Antonio, donde se trocaron las suertes de tal manera, que la que había sido acusada de crimen *lesæ Majestatis* salió por Juez del que la habia de condenar; y el Emperador y Señor por esclavo de su sierva, hecha ya Señora suya, por la fuerza del amor, mediante las excelencias, hermosura y discrecion de aquella famosisima gitana, como larga y galanamente lo cuenta todo el maestro del gran Español Trajano, digno

discipulo de tal maestro: del qual, pues se asemejan tanto los pasos de las historias, pudieramos hurtar aquí lo que bien nos estuviera, como lo han hecho otros del mismo autor, que tiene para todos, sino temieramos que tan al descubierto se habia de descubrir su galanisimo brocado entre nuestro baxo sayal.

La India, Señora de la provincia de Cofachiquí, *puesta* ante *el* Gobernador, habiéndole hecho su acatamiento, se sentó en su asiento que los suyos le traian, y ella sola habló al Gobernador, sin que Indio ni India de las suyas hablase palabra. Volvió á referir el recaudo que sus vasallos le habian dado, y dixo, que la pestilencia del año pasado le habia quitado la posibilidad del bastimento que ella quisiera tener para mejor servir á su señoria; mas que haria todo lo que pudiese en su servicio, y para que lo viese por la

obra, luego de presente ofrecia una de dos casas que en aquel pueblo tenia de deposito, con cada seiscientas hanegas de zara, que habia hecho recoger para socorrer los vasallos que de la peste hubiesen escapado, y le suplicaba tuviese por bien de dexarle la otra para su necesidad, que era mucha: y que si adelante su señoria hubiese menester maiz, que en otro pueblo cerca de allí tenia recogidas dos mil hanegas para la misma necesidad, que de allí tomaria lo que mas quisiese, y para alojamiento de su señoria desembarazaria su propia casa, y para los capitanes y soldados mas principales mandaria desocupar la mitad del pueblo, y para la demas gente se harian muy buenas ramadas en que estuviesen á placer. Y que si gustaba de ello, le desembarazarian todo el pueblo, y se irian los Indios á otro que estaba cerca,

y para pasar el exército aquel rio se proverian con brevedad balsas y canoas de madera, que para el dia siguiente habria todo recaudo de ellas, porque su señoria viese con quanta prontitud y voluntad le servian.

El Gobernador respondió con mucho agradecimiento á sus buenas palabras y promesas, y estimó en mucho que en tiempo que su tierra pasaba necesidad le ofreciese mas de lo que le pedia: en correspondencia de aquel beneficio dixo, que él y su gente procurarian pasarse con la menos comida que ser pudiese, por no darle tanta molestia, y que el alojamiento y las demas provisiones estaban muy bien ordenadas y trazadas. Por lo qual en nombre del Emperador de los Christianos, y Rey de España, su señor, lo recibia en servicio para gratificarselo á su tiempo y ocasiones: y de

parte de todo el exército y suya lo recibià en particular favor y regalo para nunca olvidarlo.

Demas de esto hablaron en otras cosas de aquella provincia, y de las que habia por la comarca, y á todo lo que el Gobernador le preguntó, respondió la India con mucha satisfaccion de los circunstantes, de manera que los Españoles se admiraban de oir tan buenas palabras, tan bien concertadas, que mostraban la discrecion de una bárbara, nacida y criada lejos de toda buena enseñanza y policia. Mas el buen natural, do quiera que lo hay, de suyo y sin doctrina florece en discreciones y gentilezas; y al contrario el necio, quanto mas le enseñan, tanto mas torpe se muestra.

Notaron particularmente nuestros Españoles, que los Indios de esta provincia y de las dos que atrás quedaron fueron mas blandos de con-

dicion, mas afables y menos feroces que todos los demas que en este descubrimiento hallaron: porque en las demas provincias, aunque ofrecian paz y la guardaban, siempre era sospechosa, que en sus ademanes y palabras ásperas se les veia que la amistad era mas fingida que verdadera, lo qual no hubo en la gente de esta provincia Cofachiqui, ni en la de Cofaqui y Cofa, que atrás quedan, sino que parecia que toda su vida se habian criado con los Españoles: que no solamente les eran obedientes, mas en todas sus obras y palabras procuraban descubrir y mostrar el amor verdadero que les tenian, que cierto era de agradecerles, que con gente nunca jamas hasta entonces vista usasen de tanta familiaridad.

CAPITULO XXXVII.

Pasa el exército el rio Cofachiqui: alojase en el pueblo: envian á Juan de Añasco por una viuda.

La Señora de Cofachiqui, hablando con el Gobernador en las cosas que hemos dicho, fue quitando poco á poco una gran sarta de perlas gruesas, como avellanas, que le daban tres vueltas al cuello, y descendian hasta los muslos; y habiendo tardado en quitarlas todo el tiempo que duró la plática, con ellas en la mano, dixo á Juan Ortiz, intérprete, las tomase, y de su mano las diese al Capitan General. Juan Ortiz respondió, que su señoria se las diese de la suya, porque las tendria en mas. La India replicó que no osaba, por no ir contra la honestidad que las mugeres debian tener.

El Gobernador preguntó á Juan Ortiz qué era lo que aquella Señora decia, y habiéndolo sabido le dixo, decidle que en mas estimaré el favor de darmelas de su propia mano que el valor de la joya, y que en hacerlo así no va contra su honestidad, pues se trata de paces y amistad, cosas tan lícitas é importantes entre gentes no conocidas. La Señora, habiendo oido á Juan Ortiz, se levantó en pie para dar las perlas de su mano al Gobernador, el qual hizo lo mismo para recibirlas, y habiéndose quitado del dedo una sortija de oro con un muy hermoso rubí que traia, se lo dió á la Señora en señal de la paz y amistad que entre ellos se trataba. La India le recibió con mucho comedimiento, y lo puso en un dedo de sus manos. Pasado este auto, habiendo pedido licencia, se volvió á su pueblo, dexando á nuestros Castellanos muy satisfechos y

enamorados, así de su buena discrecion como de su mucha hermosura, que la tenia muy en extremo perfecta; y tan embelesados quedaron con ella, que entonces ni despues no fueron para saber como se llamaba, sino que se contentaron con llamarla señora, y tuvieron razon, porque lo era en toda cosa. Y como ellos no supieron el nombre, no pude yo ponerle aquí, que muchos descuidos de estos y otros semejantes hubo en este descubrimiento.

El Gobernador se quedó en la ribera del rio para dar órden que con brevedad lo pasase el exército. Envió á mandar al Maese de Campo, que con toda presteza viniese la gente donde él quedaba. Los Indios entretanto hicieron grandes balsas, y traxeron muchas canoas, y con la diligencia que ellos y los Castellanos pusieron, pasaron el rio en todo

el dia siguiente, aunque con desgracia y pérdida, que por descuido de algunos ministros que entendian en el pasage de la gente, se ahogaron quatro caballos, que por ser tan necesarios y de tanta importancia para la gente, lo sintieron nuestros Españoles mas que si fueran muertes de hermanos.

Alonso de Carmona dice que fueron siete los caballos que se ahogaron, y que fue por culpa de sus dueños; que de muy agudos los echaron al rio, sin saber por donde habian de pasar, y que llegando á cierta parte del rio se hundian y no parecian mas: debia ser algun bravo remolino que se los sorbia y tragaba. Pasado el rio se alojó el exército en el medio pueblo que los Indios les desembarazaron, y para los que no cupieron, hicieron grandes y frescas ramadas, que habia mucha y muy buena arboleda de que las

hacer: habia asimismo entre las ramadas muchos árboles con diversas frutas, y grandes morales, mayores y mas viciosos que los que hasta allí se habian visto. Damos siempre particular noticia de este árbol por la nobleza de él, y por la utilidad de la seda, que do quiera se debe estimar en mucho.

El dia siguiente hizo diligencias el Gobernador para informarse de la disposicion y partes de aquella provincia llamada Cofachiqui. Halló que era fértil para todo lo que quisiesen plantar, sembrar y criar en ella. Supo asimismo que la madre de la señora de aquella provincia estaba doce leguas de allí retirada como viuda. Dió órden con la hija que enviase por ella, la qual envio doce Indios principales, suplicándole viniese á visitar al Gobernador, y ver una gente nunca vista, que traian unos animales extraños.

La viuda no quiso venir con los Indios, antes quando supo lo que la hija habia hecho con los Castellanos, mostró mucho sentimiento, y haber recibido gran pena de la liviandad de la hija, que tan presto y con tanta facilidad hubiese querido mostrarse á los Españoles, gente, como ella misma decia, nunca conocida ni vista. Riñó ásperamente con los embaxadores por haberlo consentido; sin esto dixo é hizo otros grandes extremos, quales los suelen hacer las viudas melindrosas.

Todo lo qual sabido por el Gobernador, mandó al contador Juan de Añasco, que pues tenia buena mano en semejantes cosas, fuese con treinta compañeros infantes el rio abaxo por tierra, á un sitio retirado de la comunidad de los otros pueblos, donde le habian dicho que estaba la señora viuda, y en toda buena paz y

amistad la traxese, porque deseaba que toda la tierra que descubriese y dexase atras quedase quieta, pacífica y sin contradicion alguna, reducida á su devocion, por tener menos que pacificar quando la poblase.

Juan de Añasco, aunque era ya bien entrado el dia, se partió luego á pie con sus treinta compañeros, y sin otros Indios de servicio llevó consigo un caballero Indio que la señora del pueblo de su propia mano le dió para que lo guiase, y que quando se hallase cerca de donde su madre estaba, se adelantase y diese aviso de como los Españoles iban á rogarle se viniese en amistad con ellos, y que lo mismo le suplicaba ella y todos sus vasallos.

A este caballero mozo habia criado en sus brazos la viuda madre de la señora de Cofachiqui, por lo qual, y por serle pariente cercano, y prin-

cipalmente por haber salido el mozo afable y nobilísimo de condicion lo queria mas que si fuera su propio hijo, y por esta causa lo envió la hija con la embaxada á la madre, porque por el amor del mensagero se le hiciese menos molesto el recaudo.

El Indio mostraba bien en el aspecto de su rostro y en la disposicion de su persona la nobleza de su sangre, y la generosidad de su ánimo, que donde hay lo uno debe haber lo otro, que son conjuntos, como la fruta y el árbol. Era hermoso de cara y gentil hombre de cuerpo, de edad de veinte á veinte y un años: iba muy galan como embaxador de tal embaxada: llevaba sobre la cabeza un gran plumage matizado de diversas colores de plumas que acrecentaban su gentileza, y una manta de gamuzas finas en lugar de capa, que los veranos por el calor

no se sirven de aforros, y si alguna vez los traen es el pelo á fuera. Llevaba un hermosísimo arco en las manos, que demas de ser bueno y fuerte, tenia dado un betun, que estos Indios de la Florida les dan del color que quieren, que parece fino esmalte, y pone el arco y qualquier otra madera como vidriado. A las espaldas llevaba su aljaba de flechas. Con este ornato iba el Indio, y tan contento de acompañar los Españoles, que bien al descubierto se le veia el deseo que tenia de les servir y agradar.

CAPITULO XXXVIII.

Deguellase el Indio embaxador. Juan de Añasco pasa adelante en su camino.

Habiendo caminado de la manera que hemos dicho al Capitan Juan

de Añasco, y sus treinta caballeros casi tres leguas de camino, pararon á comer y á descansar un rato á la sombra de unos grandes árboles, porque hacia mucho calor. El caballero Indio que con ellos iba por embaxador, habiendo ido hasta entonces muy alegre y regocijado, entreteniendo los Españoles por todo el camino, con darles cuenta de lo que se la pedian de las cosas de su tierra y de las comarcanas, empezó á entristecerse y ponerse imaginativo con la mano en la mexilla: daba unos suspiros largos y profundos, que los nuestros notaron bien, aunque no le preguntaron la causa de su tristeza, por no congojarle mas de lo que de suyo lo estaba.

El Indio, sentado como estaba en medio de los Españoles, tomó su aljaba, y poniéndola delante de sí, sacó una á una muy despacio las flechas que en ella iban, las quales

por la policia y artificio que en su hermosura tenian, eran admirables. Todas eran de carrizos: unas tenian por casquillos puntas de cuernos de venado, labrados en grandisima perfeccion, con quatro esquinas como punta de diamante, otras tenian por casquillos espinas de pescados maravillosamente labradas al proposito de las flechas, otras habia con casquillos de madera de palma, y de otros palos fuertes y recios que hay en aquella tierra. Estos casquillos tenian dos, tres harpones, tan perfectamente hechos en el palo como si fueran de hierro, ó acero. En suma todas las flechas eran tan lindas cada una de por sí, que convidaban á los circunstantes á que las tomasen en las manos, y las gozasen mirándolas de cerca. El Capitan Juan de Añasco, y cada qual de sus compañeros tomó la suya para la ver, y todos loaban la policia y

curiosidad del dueño. Notaron particularmente que estaban emplumadas en triangulo, porque saliesen mejor del arco: en fin cada una tenia nueva y diferente curiosidad que la hermoseaba de por sí.

Y no es encarecimiento lo que de las flechas de este caballero hemos dicho, que antes quedamos cortos en la pintura de ellas; porque todos los Indios de la Florida, principalmente los nobles, ponen toda su felicidad en la lindeza y policia de sus arcos y flechas: Las que hacen para su ornamento y traer cotidiano, que las hacen con todo el mayor primor que pueden, esforzándose cada uno en aventajarse del otro con nueva intencion ó mayor policia, de manera que es una contienda y emulacion muy galana y honesta que de ordinario pasa entre ellos. Las flechas que hacen de muchas que hacen de municion para

gastar en la guerra, son comunes y valadíes, aunque á necesidad todas sirven, sin ser respetadas las pulidas de las no pulidas, ni las estimadas de las despreciadas.

El Indio embaxador, que como deciamos sacaba sus flechas una á una del aljava, casi en las últimas sacó una que tenia una casquilla de pedernal hecho como punta y cuchilla de daga, de una sesma en largo, con la qual, viendo que los Castellanos estaban descuidados y embebecidos en mirar sus flechas, se hirió en la garganta, de tal suerte que se degolló, y cayó luego muerto.

Los Españoles se admiraron de caso tan extraño, y se dolieron de no haber podido socorrerle: y deseando saber la causa de aquella desgracia, y haberse muerto con tanta tristeza, habiendo estado poco antes tan alegre y regocijado, lla-

maron los Indios de servicio que consigo llevaban, y les preguntaron si la sabian. Ellos còn muchas lágrimas y sentimiento de la muerte de su principal, por el amor que todos le tenian, y porque sabian quanto les habia de pesar á sus señoras, madre é hija, de su triste fallecimiento dixeron, que segun lo que entendian, no podia haber sido otra la causa sino haber caido aquel caballero en la cuenta de que aquella embaxada que llevaba era contra el gusto y voluntad de su señora la vieja: pues era notorio que con los primeros embaxadores que le enviaron no habia querido salir á ver los Castellanos, y que ahora en guiar y llevar los mismos Españoles donde ella estaba, para que de grado ó por fuerza la traxesen, no correspondia al amor que ella le tenia, ni à la crianza que como madre y señora le habia hecho. Demas de esto

habria entendido, que sinó hacia lo que su señora la moza le mandaba, que era guiar los Españoles, y llevar la embaxada, ya que tan inconsideradamente se habia encargado de ella, caeria en su desgracia, y perderia su servicio; y que qualquiera de los dos delitos, ó que fuese contra la madre, ó contra la hija, afirmaban los Indios le habia de ser de mas pena que la misma muerte. Por lo qual, viéndose metido en tal confusion, y no pudiendo salir de ella sin ofender á alguna de sus señoras, habia querido mostrar á entrambas el deseo que tenia de las servir y agradar, y que por no hacerle contrario, ya que habia caido en el primer yerro, queriendo excusar el segundo, habia elegido por mejor la muerte que enojar á la una ó á la otra, y así la habia tomado por sus propias manos. Esto y no otra cosa decian los Indios que á

su entender hubiese causado la muerte de aquel pobre caballero; y á los Españoles no les pareció mal la conjetura de los Indios.

Juan de Añasco y sus treinta compañeros, aunque con pesadumbre de la muerte de su guia, pasaron adelante en su demanda, y caminaron aquella tarde otras tres leguas por el camino que hasta allí habian llevado, que era camino real. El dia siguiente, para pasar adelante, preguntaron á los Indios, si sabian donde y quanto de allí estaba la señora viuda. Respondieron que de cierto no lo sabian, porque el Indio muerto traia el secreto de la estancia de ella: mas que ellos atiento los guiarian donde les mandasen. Con toda esta confusion siguieron su viage los Castellanos; y habiendo caminado casi quatro leguas, ya cerca de medio dia, que ardia bravisimamente el sol, viendo Indios, y

poniéndose en emboscada, prendieron un Indio y tres Indias, que no eran mas los que venian, de los quales quisieron informarse donde estaria la viuda. Ellos respondieron llanamente, que habian oido decir que se habia retirado mas lejos de donde primero estaba, mas que no sabian donde, y que si querian llevarlos consigo, ellos irian preguntando por ella á los Indios que topasen por el camino: que podria ser estuviese cerca, y podria ser que estuviese lejos. Es frasis del general lenguage del Perú.

CAPITULO XXXIX.

Juan de Añasco se vuelve al exército sin la viuda. Lo que hubo acerca del oro y plata de Cofachiqui.

Nuestros Españoles, habiendo oido los Indios, quedaron confusos en lo que harian, y despues de haber hablado sobre ello muchos y diversos pareceres, uno de los compañeros dixo mas advertidamente: Señores, por muchas razones me parece que no vamos bien acertados en este viage, porque no habiendo querido salir esta muger con los Indios principales que le llevaron la primera embaxada, antes habiendo mostrado pesadumbre con ella, no sé como recibirá la nuestra: que ya nos consta que no gusta de venir donde el Gobernador está; y podria ser que sabiendo que vamos á la hacer fuer-

za tuviese gente apercibida para defenderse, y tambien para ofendernos: y qualquiera de estas cosas que intente no somos parte para le contradecir, ni para nos defender y volver en salvo; porque no llevamos caballos, que son los que ponen temor á los Indios: y para las pretensiones de nuestro descubrimiento y conquista no veo que una viuda recogida en su soledad sea de tanta importancia, que hayamos de aventurar las vidas de todos los que aquí vamos por traerla sin haber necesidad de ella; pues tenemos á su hija, que es la señora de la provincia, con quien se puede negociar y tratar lo que fuere menester. Demas de esto no sabemos el camino, ni lo que hay de aquí allá, ni tenemos guia de quien podamos fiarnos, sin lo qual, la muerte tan repentina que ayer se dió el embaxador que traiamos, nos amonesta que nos recatemos; por-

que no debió de ser sin algunas consideraciones de las que he dicho. Sin estos inconvenientes, dixo volviéndose al Capitan, os veo ir fatigado, así del peso de las muchas armas que llevais, como del excesivo calor del sol que hace, y tambien de vuestra corpulencia, que sois hombre de muchas carnes, las quales rasones no solamente nos persuaden, empero nos fuerzan á que nos volvámos en paz.

A todos los demas pareció bien lo que el compañero habia dicho, y de comun consentimiento se volvieron al Real, y dieron cuenta al Gobernador de todo lo que les habia sucedido en el camino.

Tres dias despues se ofreció un Indio á guiar los Castellanos por el rio abaxo, y llevarlos por el agua donde estaba la madre de la señora del pueblo, por lo qual con parecer y consentimiento de la hija volvió

á su porfia Juan de Añasco, y con él fueron veinte Españoles en dos canoas. El primer dia de su navegacion hallaron quatro caballos de los ahogados, atravesados en un gran arbol caido, y llorándolos de nuevo siguieron su viage, y habiendo hecho las diligencias posibles, se volvieron al fin de seis dias con nuevas de que la buena vieja, habiendo tenido aviso de que una vez y otra hubiesen ido los Christianos por ella, se habia metido la tierra adentro y escondidose en unas grandes montañas donde no podia ser habida, por cuya causa la dexó el Gobernador sin hacer mas caso de ella.

Entretanto que pasaban en el campo las cosas que hemos dicho del Capitan Juan de Añasco, no reposaba el Gobernador ni su gente en lo poblado, principalmente con las esperanzas que de largo tiempo

habian traido, de que en esta provincia de Cofachiqui habian de hallar mucho oro, plata y perlas preciosas. Deseando pues ya verse ricos y libres de esta congoja, pocos dias despues de llegados á la provincia, dieron en inquirir lo que en ella habia. Llamaron los dos Indios mozos que en Apalache habian dicho las riquezas de esta provincia Cofachiqui, los quales por orden del Gobernador hablaron á la señora del pueblo, y la dixeron, que mandase traer de aquellos metales que los mercaderes, cuyos criados ellos habian sido, solian comprar en su tierra para llevar á vender á otras partes, que eran los mismos que los Castellanos buscaban.

La señora mandó traer luego los que en su tierra habia de aquellos colores que los Españoles pedian, que era amarillo y blanco, porque le habian mostrado anillos de oro, y

piezas de plata, y tambien le habian pedido perlas y piedras como las que tenian los anillos. Los Indios, habiendo oido el mandato de su señora, traxeron con toda presteza mucha cantidad de cobre, de un color muy dorado y resplandeciente, que excedia al azófar de por acá, de tal manera, que con razon pudieron los Indios criados de los mercaderes haberse engañado con la vista, entendiendo que aquel metal, y el que les hábian mostrado los Castellanos era todo uno, porque no sabian la diferencia que hay del azofar al oro.

2 En lugar de plata traxeron unas grandes planchas gruesas como tablas, y eran de una margagita, que para darme á entender no sabré pintarlas ahora de la manera que eran, mas de que á la vista eran blancas y resplandecientes como plata, y tomadas en las manos, aunque fuesen

de una vara en largo, y de otra en ancho, no pesaban cosa alguna, y manoseadas se desmoronaban como un terron de tierra seca.

A lo de las piedras preciosas dixo la señora, que en su tierra no habia sino perlas, y que si las querian fuesen á lo alto del pueblo, y señalando con el dedo que estaban al descubierto, les mostró un templo que allí habia del tamaño de los ordinarios que por acá tenemos, y dixo: Aquella casa es entierro de los hombres nobles de este pueblo, donde hallareis perlas grandes y chicas, y mucha aljofar: tomad las que quisieredes, y si todavia quisieredes mas, una legua de aquí esta un pueblo, que es casa y asiento de mis antepasados, y cabeza de nuestro estado, allí hay otro templo mayor que éste, el qual es entierro de mis antecesores, donde hallareis tanto aljofar y perlas, que aunque de ellas

cargueis todos vuestros caballos, y os carguis vosotros mismos todos quantos venis, no acabareis de sacar las que hay en el templo: tomadlas todas, y si fuere menester mas, cada dia podremos haber mas y mas en las pesquerías que de ellas se hacen en mi tierra.

Con estas buenas nuevas y con la gran magnificencia de la Señora se consolaron algun tanto nuestros Españoles de haberse hallado burlados en sus esperanzas en el mucho oro y plata que pensaban hallar en esta provincia, aunque es verdad que en lo del cobre ó azofar habia muchos Españoles que porfiaban en decir que tenia mezcla, y no poca, de oro. Mas como no llevaban agua fuerte, ni puntas de toque, no pudieron hacer ensaye, ó para quedar desengañados del todo; ó para cobrar nueva esperanza mas cierta.

CAPITULO XL.

Los Españoles visitan el entierro de los nobles de Cofachiqui, y el de los curacas.

Para ver las perlas y aljofar que habia en el templo, aguardaron á que el contador y capitan Juan de Añasco volviese del segundo viage que hizo, y entretanto mandó el Gobernador á personas de quien él se fiaba, velasen el templo, y él mismo lo rondaba de noche, porque no se atreviese alguien con la codicia de lo que habia oido á desordenarse y querer llevar en secreto lo mejor que en el templo ó entierro hubiese. Mas luego que el contador vino, fueron el Gobernador y los demas oficiales de la hacienda imperial, y otros treinta caballeros entre capitanes y soldados principales á ver las perlas, y las demás cosas que

con ellas habia. Hallaron que á todas las quatro paredes de la casa habia arcas arrimadas hechas de madera, al mismo modo de las de España, que no les faltaba sino gonces y cerrajas. Los Castellanos se admiraron de que los Indios no teniendo instrumentos como los oficiales de Europa las hiciesen tan bien hechas. En estas arcas que estaban puestas sobre bancos de media vara en alto, ponian los cuerpos de sus difuntos, con no mas preservativos de corrupcion que si los echaran en sepulturas hechas en el suelo, porque del hedor de los cuerpos mientras se consumian, no se les daba nada; porque estos templos no les servian sino de osarios, donde guardaban los cuerpos muertos, y no entraban en ellos á sacrificar, ni hacer oracion, que como al principio diximos, viven sin estas ceremonias; y no diremos mas de este entierro

por no repetir en el de los señores curacas, que veremos presto, donde habrá bien que decir, lo que aquí hubieremos dicho.

Sin las arcas grandes que servian de sepulturas, habia otras menores, en las quales, y en unas cestas grandes texida de caña, la qual los Indios de la Florida labran con grande artificio y sutileza, para todo lo que quieren hacer de ella, como en España de la mimbre, habia mucha cantidad de perlas y aljofar, y mucha ropa de hombres y mugeres de las que ellos visten, que es de gamuzas, y otras pelleginas, que en todo extremo aderezan con su pelage, tanto que para aforros de ropas de principes y grandes señores se estimaran en nuestra España en mucha cantidad de dineros.

El Gobernador y los suyos holgaron mucho de ver tanta riqueza junta, porque al parecer de todos

ellos habia mas de mil arrobas de perlas y aljofar. Los oficiales de la Hacienda Real, yendo prevenidos de una romana, pesaron en breve espacio veinte arrobas de perlas, entretanto que el Gobernador se apartó de ellos, mirando lo que en la casa habia. El qual, volviendo á los oficiales les dixo, que no habia para que hiciesen tantas cargas impertinentes y embarazosas para el exército, que su intencion no habia sido sino llevar dos arrobas de perlas y aljofar, y no mas, para enviar á la Habana, para muestra de la calidad y quilates de ellas; que la cantidad dixo, creeran han á los que escribieremos de ella. Por tanto vuelvanse á su lugar, y no se lleven mas de las dos arrobas. Los oficiales le suplicaron diciendo, que pues estaban ya pesadas, y no se habia hecho mella segun las que quedaban, las permitiese llevar, porque la mues-

tra fuese mas abundante y rica. El Gobernador condescendió en ello, y él mismo, tomando de las perlas á dos manos juntas, dió á cada uno de los capitanes y soldados que con él habian ido una almozada, diciendo que hiciesen de ellas rosarios en que rezasen, y las perlas eran bastantes para servir de rosarios, porque eran gruesas como garbanzos gordos.

Con no mas daño del que hemos dicho dexaron los Castellanos aquella casa de entierro, y quedaron con mayor deseo de ver la que la señora les habia dicho que era de sus padres y abuelos. Dos dias despues fueron á ella el General, los oficiales y los demas capitanes, soldados de cuenta, que por todos fueron trescientos Españoles. Caminaron una gran legua, que toda ella parecia un jardin, donde habia mucha arboleda, así de arboles frutales como de no

frutales, y por entre rodos ellos se podia andar à caballo sin pesadumbre alguna, porque estaban apartados unos de otros como puestos á mano.

Toda aquella gran legua caminaron los Españoles derramados por el campo, cogiendo fruta, y notando la fertilidad de la tierra. Así llegaron al pueblo llamado Talomeco, el qual estaba asentado en un alto sobre la barranca del rio: tenia quinientas casas, todas grandes, de mejores edificios y demas estofa que las ordinarias; que bien parecia en su aparato, que como asiento y corte de señor poderoso, habia sido labrado con mas policía y ornamento que los otros pueblos comunes. De léjos se parecian las casas del señor, porque estaban en lugar mas eminente, y se mostraban ser suyas por la grandeza y por la obra sobre las otras aventajada.

En medio del pueblo, frontero de las casas del señor, estaba el templo ó casa de entierro que los Españoles iban á ver, la qual tenia cosas admirables en grandeza, riqueza, curiosidad y magestad, extrañamente hechas y compuestas: que estimara yo en mucho saberlas decir como mi autor deseaba que se dixeran. Recíbase mi voluntad, y lo que yo no acertare á decir quede para la consideracion de los discretos, que suplan con ella lo que la pluma no acierta á escribir: que cierto, particularmente en este paso, y en otros tan grandes que en la historia se hallarán, nuestra pintura queda muy léjos de la grandeza de ellos, y de lo que se requeria para los poner como ellos fueron: de donde diez y diez veces (frasis del lenguage del Perú, por muchas veces) suplicaré encarecidamente se crea de veras, que antes quedo cor-

ro y menoscabado de lo que convenia decirse, que largo y sobrado en lo que se hubiese dicho.

CAPITULO XLI.

Grandezas que se hallaron en el templo y entierro de los señores de Cofachiqui.

Los Castellanos hallaron el pueblo Talomeco sin gente alguna, porque en él habia sido la pestilencia pasada mas rigurosa y cruel que en otro alguno de toda la provincia, y los pocos Indios que de ella escaparon aun no se habian reducido á sus casas; y así pararon los nuestros poco en ellas hasta llegar al templo, el qual era grande. Tenia mas de cien pasos de largo, y quarenta de ancho: las paredes eran altas conforme al hueco de la pieza, la techumbre muy levantada, con mucha corriente, porque como no hallaron la

invencion de la teja, erales necesario empinar mucho los techos porque no se les lloviese la casa. La techumbre de este templo mostraba ser de carrizo y cañas delgadas y hendidas por medio, de las quales hacen estos Indios unas esteras pulidas y muy bien texidas á manera de esteras moriscas; las quales, echadas quatro, cinco ó seis unas sobre otras hacen una techumbre por defuera y dentro vistosa y provechosa, que no las pasa el sol ni el agua. Dende esta provincia en adelante por la mayor parte no usan los Indios de la paja para techar y cubrir sus casas, sino de las esteras de cañas.

Sobre la techumbre del templo habia puestas por su órden muchas conchas grandes y chicas de diversos animales marinos, que no se supo como las hubiesen llevado la tierra adentro; ó es que tambien se

crian en los rios, tantos y tan caudalosos como por ella corren. Las conchas estaban puestas lo de dentro á fuera, por el mayor lustre que tienen, entre las quales habia asimismo muchos caracoles de la mar de extraña grandeza. Entre las conchas y los caracoles habia espacios de unos á otros, porque todo iba puesto por su cuenta y orden. En aquellos espacios habia grandes madejas de sartas, unas de perlas, y otras de aljofar, de media braza en largo, que iban tendidas por la techumbre, descendiendo de grado en grado, que adonde se acababan unas sartas empezaban otras, y hacian con el resplandor del sol una hermosa vista. De todas estas cosas estaba el templo cubierto por de fuera.

Para entrar dentro abrieron unas grandes puertas, que eran en proporcion del templo. Junto á la puerta estaban doce gigantes entallados

de madera, contrahechos al vivo, con tanta ferocidad y brabeza en la postura, que los Castellanos sin pasar adelante se pusieron á mirarlos muy despacio, admirados de hallar en tierras tan bárbaras obras que si se hallaran en los mas famosos templos de Roma en su mayor pujanza de fuerzas é imperio, se estimaran y tuvieran en mucho, por su grandeza y perfeccion. Estaban los gigantes puestos como por guardas de la puerta, para defender la entrada á los que por ella quisiesen entrar.

Los seis estaban á la una mano de la puerta, y los seis á la otra, uno en pos de otro, descendiendo de grado en grado de mayores á menores: que los primeros eran de quatro varas en alto, y los segundos algo menos, y así hasta los últimos.

Tenian diversas armas en las manos, hechas conforme á la gran-

deza de sus cuerpos. Los dos primeros, uno de cada parte, que eran los mayores, tenian sendas porras guarnecidas al postrer quarto de ellas, con puntas de diamantes, y cintas de aquel cobre, hechas ni mas ni menos que las porras que pintan á Hércules, que parecia que por estas se hubiesen sacado aquellas, ó por aquellas éstas: tenian los gigantes las porras alzadas en alto con ambas manos, con ademan de tanta ferocidad y braveza, como que amenazaban dar al que entraba por la puerta, que ponia espanto.

Los segundos, uno de un lado y otro de otro, que este es el órden que todos llevaban, tenian montantes hechos de madera, de la misma forma que los hacen en España, de hierro y acero. Los terceros tenian bastones diferentes de las porras, que eran á manera de espadillas de espadar lino, largos de braza y me-

dia, rollizos los dos tercios primeros, y el postrero se ensancha poco á poco hasta rematar en forma de pala. Los quartos en orden tenian hachas de armas grandes, conforme á la estatura de los gigantes: la una de ellas tenia el hierro de azofar, la cuchilla era larga y muy bien hecha, y de la otra parte tenia una punta de quatro esquinas, y de una quarta en largo. La otra hacha tenia otro hierro, ni mas ni menos con punta y cuchilla, sino que para mayor admiracion y extrañeza era de pedernal.

Los quintos en su orden tenian arcos del largo de sus cuerpos, enarcados con las flechas puestas como para las tirar. Los arcos y las flechas estaban hechas en todo el estremo de curiosidad y perfeccion que estos Indios tienen en hacerlas: el casquillo de la una de ellas era de una punta de cuerno de venado

labrada en quatro esquinas, la otra flecha tenia por casquillo una punta de pedernal de la misma forma y tamaño de una daga ordinaria.

Los sextos y últimos tenian unas muy largas y hermosas picas con los hierros de cobre. Todos ellos, así como los primeros, parecia que amenazaban herir con sus armas á los que querian entrar por la puerta: unos puestos para herir de alto abaxo, como los de las porras; otros de punta, como los de los montantes y picas; otros de tajo, como los de las hachas; otros de reves, como los de los bastones; los flecheros amenazaban tirar de lejos; y cada uno de ellos estaba en la postura mas brava y feroz que requeria la arma que en las manos tenia: y esto fue lo que mas admiró á los Españoles, ver quan al natural y al vivo estaban contrahechos en todo.

Lo alto del templo de las paredes arriba estaba adornado como el techo de afuera, con caracoles y conchas puestas por su órden, y entre ellas madejas de sártas de perlas y aljofar tendidas por la techumbre, que guardaban y seguian el pavimento del techo. Entre las sartas, caracoles y conchas habia en el techo grandes plumages, hechos de diversos colores de plumas, como las que hacen para su traer. Sin las sartas de perlas y aljofar que habia tendidas por el techo, y sin los plumages que habia hincados, habia otros muchos plumages y madejas de aljofar y perlas, colgadas de unos hilos delgados, y de color amortiguado, que no se divisaba: parecia que las madejas y plumages estaban en el ayre, unos mas altos que otros, porque pareciese que caian del techo. De esta manera estaba adornado lo alto del templo de las

paredes de arriba, que era cosa agradable mirarlo.

CAPITULO XLII.

Prosigue las riquezas del entierro: depósito de armas que en él habia.

Baxando la vista del techo abaxo vieron nuestros capitanes y soldados que por lo mas alto de las quatro paredes del templo iban dos hiladas una sobre otra de estatuas de figuras de hombres y mugeres, de comun tamaño de la gente de aquella tierra, que son crecidos como Filisteos. Estaban puestas cada una en su vasa ó pedestal, unas cerca de otras en compás, y no servian de otra cosa sino de ornamento de las paredes, porque no estuviesen descubiertas por lo alto sin tapices. Las figuras de los hombres tenian diversas armas en las manos, todas

las que otras veces hemos nombrado, las quales estaban guarnecidas con anillos de perlas y aljofar, ensartado de quatro, cinco, seis vueltas cada anillo; y para mayor hermosura tenian á trechos rapacejos de hilo de colores finísimas, que á todo lo que estos Indios quieren se les dân en extremo finas. Las estatuas de las mugeres no tenian cosa alguna en las manos.

Por el suelo, arrimadas á las paredes, encima de unos bancos de madera muy bien labrada, como era toda la que en el templo habia, estaban las arcas que servian de sepulturas, en que tenian los cuerpos muertos de los curacas que habian sido señores de aquella provincia Cofachiqui, y de sus hijos, hermanos y sobrinos, hijos de hermanos, que en aquel templo no se enterraban otros.

Las arcas estaban bien cubiertas

con sus tapas. Una vara de medir encima de cada arca, habia una estatua entallada de madera, arrimada á la pared sobre su pedestal, la qual era retrato sacado al vivo del difunto ó difunta que en el arca estaba, de la edad que era quando falleció. Los retratos servian de recordacion y memoria de sus pasados. Las estatuas de los hombres tenian sus armas en las manos, y las de los niños y mugeres sin cosa alguna.

El espacio de pared que habia entre los retratos de los difuntos y las estatuas que estaban en lo alto de las paredes estaba cubierto de rodelas y paveses grandes y chicos, hechos de cañas, tan fuertemente texidas, que podia esperar con ellos una jara tirada con ballesta, que tirada con arcabuz pasa mas que con ballesta: los paveses y rodelas estaban enredadas con hilos de perlas y

aljofar, y por el cerco tenian rapacejos de hilos de colores que los hermoseaban mucho.

Por el suelo del templo á la larga iban puestas encima de bancos tres hiladas de arcas de madera, grandes y chicas, unas sobre otras, puestas por su órden, que las grandes eran las primeras, y sobre éstas habia otras menores, y sobre aquellas otras mas chicas, y de esta manera estaban puestas quatro, cinco y seis arcas unas encima de otras, subiendo de mayores á menores en forma de piramide. Entre unas arcas y otras habia calles que iban á la larga del templo, y cruzaban al través del un lado al otro, por las quales sin estorvo alguno podian andar por todo el templo, y ver lo que en él habia á cada parte.

Todas las arcas grandes y chicas estaban llenas de perlas y aljofar, las perlas estaban apartadas

unas de otras: por sus tamaños estaban en las arcas, que las mayores estaban en las primeras arcas, y las no tan grandes en las segundas, y otras mas chicas en las terceras; y así de grado en grado, hasta el aljofar, el qual estaba en las arquillas mas altas. En todas ellas habia tanta cantidad de aljofar y perlas, que por vista de ojos confesaron los Españoles que era verdad y no soberbia ni encarecimiento lo que la Señora de este templo y entierro habia dicho, que aunque se cargasen todos ellos, que eran mas de novecientos hombres, y aunque cargasen sus caballos, que eran mas de trescientos, no acabarian de sacar del templo las perlas y aljofar que en él habia. No debe causar mucha admiracion ver tanta cantidad de perlas, si se considera que no vendian aquellos Indios ninguna de quantas hallaban, sino que las traian

todas á su entierro, y que lo habrian hecho de muchos siglos atrás. Y haciendo comparacion se puede afirmar, pues se vé cada año, que si el oro y plata que del Perú se ha traido y trae á España no se hubiera sacado de ella, pudieran haber cubierto muchos templos con tejas de plata y oro.

Con la bravosidad y riqueza de perlas que habia en el templo, habia asimismo muchos y muy grandes fardos de gamuza blanca y teñida de diversas colores; y la teñida estaba apartada, la de cada color de por sí. Tambien habia grandes lios de mantas de muchas colores, hechas de gamuza, y otra gran muchedumbre de mantas de pelleginas aderezadas con su pelo, de todos los animales que en aquella tierra se crian, grandes y chicos. Habia muchas mantas de pellejos de gatos de diversas especies y pin-

turas, y otras de martas finisimas, todas tan bien aderezadas, que en lo mejor de Alemaña ó Moscovia no se pudieran mejorar.

De todas estas cosas, y de la manera y órden que se ha dicho estaba ordenado el templo, así el techo como las paredes y el suelo, cada cosa puesta con tanta policía y órden quanta se puede imaginar de la gente mas curiosa del mundo. Estaba todo limpio sin polvo ni telarañas, donde parece debia de ser mucha la gente que cuidaba del ministerio y servicio del templo, de limpiar y poner cada cosa en su lugar.

Al derredor del templo habia ocho salas, apartadas unas de otras, y puestas por su órden y compás, las quales mostraban ser anexas al templo, y á su ornato y servicio. El Gobernador y los demas caballeros quisieron ver lo que en ellas ha-

bia, y hallaron que todas estaban llenas de armas, puestas por la órden que dirémos. La primera sala que acertaron á ver estaba llena de picas, que no habia otra cosa en ella, todas muy largas, muy bien labradas con hierros de azofar, que por ser tan encendido de color parecian de oro. Todas estaban guarnecidas con anillos de perlas y aljofar, de tres y quatro vueltas puestos á trechos por las picas. Muchas de ellas estaban aderezadas por medio (donde cae sobre el hombro, y la punta cabe el hierro) con mangas de gamuza de colores, y á los remates de la gamuza en ambas partes, alta y baxa, tenia flecos de hilo de colores, con tres, quatro, cinco y seis vueltas de perlas ú de aljofar, que las hermoseaban grandemente.

En la segunda sala habia solamente porras, como las que dixi-

mos que tenian los primeros gigantes que estaban á la puerta del templo, salvo que las de la sala, como armas que estaban en recamara de señor, estaban guarnecidas con anillos de perlas y de aljofar, y de rapacejos de hilo de colores puestos á trechos, de manera que el un color matizase con otro, y todos con las perlas, y las otras picas de los gigantes no tenian guarnicion alguna.

En otra sala, que era la tercera, no habia sino hachas, como las que diximos que tenian los gigantes de la quarta órden, con hierros de cobre, que de la una parte tenian cuchilla, y de la otra punta de diamante de una sesma, y de una quarta en largo. Muchas de ellas tenian hierros de pedernal, asidos fuertemente á las astas con anillos de cobre. Estas hachas tambien tenian por las astas sus anillos de

perlas y aljofar, y rapacejos de hilo de colores.

En otra sala, que era la quarta, habia montantes hechos de diversos palos fuertes, como eran los que tenian los gigantes de la segunda órden, todos ellos guarnecidos con perlas y aljofar, y rapacejos por las manijas y por las cuchillas hasta el primer tercio de ellas.

En la quinta sala habia solamente bastones, como los que diximos que tenian los gigantes de la tercera órden, empero guarnecidos con sus anillos de perlas y aljofar, y rapacejos de colores por toda la asta, hasta donde empezaba la pala: y porque el capítulo no salga de la proporcion de los demas, dirémos en el siguiente lo que resta.

CAPITULO XLIII.

Sale de Cofachiqui el exército dividido en dos partes.

En la sala sexta no habia otra cosa sino arcos y flechas labradas en todo el extremo de perfeccion y curiosidad que tienen en hacerlas. Por casquillos tenian puntas de madera, de huesos de animales terrestres y marinos, y de pedernal, como diximos del caballero Indio, que se mató. Sin estas maneras de casquillos de cobre, como las que en nuestra España ponen á las jaras, otras habia con harpones hechos del mismo cobre, y con escoplillos, lanzuelas y quadrillas, que parecia se hubiesen hecho en Castilla. En las flechas que hallaron con puntas de pedernal notaron, que tambien se diferenciaban los casquillos unos de otros; que unos habia en forma de

harpon, otros de escoplillo, otros redondos como punzon, otros con dos filos como punta de daga. Todo lo qual á los Españoles que lo miraban con curiosidad causaba admiracion, que en una cosa tan bronca como el pedernal se labrasen cosas semejantes; aunque mirando lo que la historia Mexicana dice de los montantes, y otras armas que los Indios de aquella tierra hacian de pedernal, se perderá parte de la maravilla de las nuestras. Los arcos eran hermosamente labrados, y esmaltados de diversas colores, que se los dan con cierto betun, que los ponen tan lustrosos que se pueden mirar en ellos. Hablando de este templo dice Juan Coles estas palabras: Y en un apartado habia mas de cincuenta mil arcos con sus carcages ó aljavas llenas de flechas.

Sin el lustre que les bastaba, tenian los arcos muchas vueltas de

perlas y aljofar puestas á trechos; las quales vueltas ó anillos empezaban desde las manijas, é iban por su órden hasta las puntas; de tal manera que las sortijas primeras eran de perlas gruesas, y de siete y ocho vueltas, y las segundas de perlas menores y de menos vueltas; y así iban de grado en grado hasta las últimas que estaban cerca de las puntas, que eran de aljofar muy menudo. Las flechas tambien tenian á trechos anillos de aljofar, mas no de perlas, sino de aljofar solamente.

En la séptima sala habia gran cantidad de rodelas, hechas de madera y de cuero de vaca, traidos de lejas tierras, las unas y las otras todas estaban guarnecidas de perlas y aljofar, y rapacejos de hilos de colores.

En la octava sala habia muchedumbre de paveses, todos hechos

de caña texida una sobre otra, con mucha policia, y tan fuertes que pocas ballestas se hallaban entre los Españoles que con una jara los pasasen de claro; la qual experiencia se hizo en otras partes, fuera de Cofachiqui. Los paveses tambien como las rodelas estaban guarnecidos con redecillas de aljofar, perlas y rapacejos de colores.

De todas estas armas ofensivas y defensivas estaban llenas las ocho salas, y en cada una de ellas habia tanta cantidad del género de armas que en ella habia, que particularmente admiró al Gobernador y á sus Castellanos la multitud de ellas, demas de la policia y artificio con que estaban hechas, y puestas por su órden.

El General y sus capitanes, habiendo visto y notado las grandezas y suntuosidad del templo, su riqueza, la muchedumbre de las armas,

y el ornato y órden con que cada cosa estaba puesta y compuesta, preguntaron á los Indios, qué significaba aquel aparato tan solemne: respondieron, que los señores de aquel reyno, principalmente de aquella provincia, y de otras que adelante verian, tenian por la mayor de sus grandezas el ornamento y suntuosidad de sus entierros, y así procuraban engrandecerlos con armas y riquezas, todas las que podian haber, como lo habian visto en aquel templo. Y porque este fue el mas rico y soberbio de todos los que nuestros Españoles vieron en la Florida, me pareció escribir tan larga y particularmente las cosas que en él habia; y tambien porque el que me daba la relacion me lo mandó así, por ser una de las cosas, como él decia, de mayor grandeza y admiracion de quantas habia visto en el Nuevo Mundo, con haber

andado lo mas y mejor de México y del Perú; aunque es verdad, que quando él pasó á aquellos dos reynos ya estaban saqueados de sus mas preciadas riquezas, y derrivadas por el suelo sus mayores magestades.

Los oficiales de la Hacienda Imperial trataron de sacar el quinto que á la hacienda de su magestad pertenecia de las perlas, aljofar y la demas riqueza que en el templo habia, y llevarlo consigo. El Gobernador les dixo, que no servia el llevarlo sino de embarazar el exército con cargas impertinentes, que aun las necesarias de sus armas y municiones no las podia llevar, que lo dexasen todo como estaba: que ahora no repartian la tierra, sino que la descubrian, que quando la repartiesen y estuviesen de asiento, entonces pagaria el quinto el que la hubiese en suerte. Con esto no to-

caron á cosa alguna de las que habian visto, y se volvieron donde la Señora estaba, trayendo bien que contar de la magestad de su entierro.

Todo lo que se ha dicho del pueblo de Cofachiqui lo refiere Alonso de Carmona en su relacion, no tan largamente como nuestra historia; empero particularmente dice de la provincia y del recibimiento que hizo al Gobernador, pasando el rio, y que ella y sus damas todas traian grandes sartas de perlas gruesas echadas al cuello, y atadas á las muñecas, y los varones solamente al cuello; y dice, que las perlas pierden mucho de su hermosura y buen lustre por sacarlas con fuego, que las pára negras. Y en el pueblo Talomeco, donde estaba el entierro y templo rico, dice que hallaron quatro casas largas, llenas de cuerpos muertos de la peste que en él habia

habido. Hasta aquí es de Alonso de Carmona.

Otros diez dias gastó el Adelantado, despues de haber visto el templo, en informarse de lo que habia en las demas provincias que confinaban con aquella de Cofachiqui; y de todas tuvo relacion que eran fértiles y abundantes de comida, y pobladas de mucha gente. Habida esta relacion, mandó apercibir para pasar adelante en su descubrimiento; y acompañado de sus capitanes se despidió de la India, Señora de Cofachiqui, y de los mas principales del pueblo, agradeciéndoles por muchas palabras la cortesia que en su tierra le habian hecho, y así los dexó por amigos y aficionados de los Españoles.

Del pueblo salió el exército dividido en dos partes, porque no llevaban comida bastante para ir todos juntos. Por lo qual dió órden el Ge-

neral, que Baltasar de Gallegos, Arias Tinoco y Gonzalo Silvestre, con cien caballos y doscientos infantes fuesen doce leguas de allí, donde la Señora les habia ofrecido seiscientas hanegas de maiz que tenia en una casa de depósito, y que tomando el maiz que pudiesen llevar, saliesen al encuentro al Gobernador, el qual iria por el camino real á la provincia de Chalaque, que era la que por aquel viage confinaba con la de Cofachiqui. Con esta órden salieron los tres Capitanes con los trescientos soldados, y el Gobernador con el resto del exército, el qual en ocho jornadas que anduvo por el camino real, sin habérsele ofrecido cosa alguna digna de memoria, llegó á la provincia de Chalaque.

Los tres Capitanes tuvieron sucesos que contar; y fueron, que llegados al depósito tomaron doscientas hanegas de zara, que no pudie-

ron llevar mas, y volvieron á enderezar su camino al camino real por donde el Gobernador iba; y á los cinco dias que habia caminado, llegaron al camino principal, y por el rastro que el exército dexaba hecho, vieron que el General habia pasado, y que iba adelante, con lo qual se alborotaron los doscientos soldados infantes, y quisieron sin obedecer á sus Capitanes caminar todo lo que pudiesen hasta alcanzar al General; porque decian que llevaban poca comida, y que no sabian qué dias tardarian en alcanzar al Gobernador; por lo qual era bien prevenir con tiempo, y darse priesa á llegar donde él estuviese, antes que se les acabase el bastimento y pereciesen de hambre. Esto decian los soldados con el miedo de lo que pasaron en el despoblado antes de llegar á la provincia de Cofachiqui.

CAPITULO XLIV.

Succso que tuvieron los tres Capitanes en su viage: como llegó el exército á Xuala.

Los tres Capitanes recibieron pena del motin que los infantes intentaban, porque llevaban tres caballos enfermos de un torozon que el dia antes les dió, y les era impedimento para no poder caminar todo lo que los peones querian, y así les dixeron, que por un dia mas ó menos de camino no era razon desamparasen tres caballos, pues veian de quanto prevecho y ayuda les eran contra los enemigos. Los infantes replicaron diciendo, que mas importaba la vida de trescientos Castellanos, que la salud de tres caballos, y que no sabian si duraria el camino un dia, diez, veinte ó ciento, y que era justo prevenir lo

mas importante, y no las cosas de tan poco momento. Diciendo esto, ya como amotinados, dieron en caminar sin órden á toda priesa. Los tres Capitanes se pusieron delante, y uno de ellos, en nombre de todos les dixo: Señores, mirad que vais donde está vuestro Capitan General, el qual, como sabeis, es hombre tan puntual en las cosas de la guerra, que le pesará mucho saber vuestra inobediencia, y el quebrantamiento de su mandato y orden; y podria ser, como yo lo creo, que hoy ó mañana, y á lo mas largo esotro dia, lo alcanzásemos, que no es de creer que dexándonos atrás se aleje tanto; y siendo esto asi, habriamos caido en grande mengua y afrenta, que sin haber pasado extrema necesidad hubiesemos hecho flaqueza en temer tanto la hambre incierta, que por solo el temor de ella hubiesemos desamparado tres

caballos, que son de estimar en mucho; pues sabeis que son el nervio y fuerza de nuestro exército, y que por ellos nos temen los enemigos, y nos hacen honra los amigos. Y pues se siente y llora tanto quando nos matan uno; ¿quánto mas de llorar será, que por nuestra flaqueza y cobardia, sin necesidad alguna, no mas de con las imaginaciones de ella, hayamos desamparado y perdido tres caballos? Y lo que en esto veo mas digno de lamentar, es la pérdida de vuestra reputacion y de la nuestra, que el General y los demas capitanes y soldados con mucha razon dirán, que en quatro dias que anduvimos sin ellos, no supimos gobernaros, ni vosotros obedecernos. Mas quando se haya sabido como el hecho pasó, verán que toda la culpa fue vuestra, y que nosotros no eramos obligados mas que á persuadiros con buenas razones. Por tanto apartaos

señores de hacer cosa tan mal hecha, que mas honra nos será morir como buenos soldados por hacer el deber, que vivir en infámia por haber huido un peligro imaginado.

Con estas palabras se aplacaron los infantes, y acortaron las jornadas, mas no tanto que dexasen de caminar cinco y seis leguas, que era lo mas que los caballos enfermos podian caminar.

Otro dia despues de apaciguado el motin, caminando estos soldados á mediodia, se levantó repentinamente una gran tempestad de recios vientos contrarios, con muchos relampagos y truenos, y mucha piedra gruesa que cayó sobre ellos; de tal manera, que sino acertaran á hallarse cerca del camino unos nogales grandes, y otros árboles gruesos, á cuya defensa se socorrieron, perecieran: porque la piedra ó granizo fue tan grueso, que los granos

mayores eran como huevos de gallina, y los menores como nueces. Los rodeleros ponian las rodelas sobre las cabezas, mas con todo eso si la piedra les cogia al descubierto los lastimaba malamente. Quiso Dios que la tormenta durase poco, que si fuera mas larga no bastaran las defensas que habian tomado para escapar de la muerte; y con haber sido breve, quedaron tan mal parados que no pudieron caminar aquel dia ni el siguiente. El dia tercero siguieron su viage, y llegaron á unos pueblos pequeños, cuyos moradores no habian osado esperar en sus casas al Gobernador, y se habian idó á los montes: solamente habian quedado los viejos y viejas, y casi todos ciegos: estos pueblos se llamaban Chalaques.

A otros tres dias de camino, despues de los pueblos Chalaques, alcanzaron al Gobernador en un hermoso

valle de una provincia llamada Xuala, donde habia llegado dos dias antes, y por esperar los capitanes y los trescientos soldados que en pos de él iban, no habian querido pasar adelante.

Del pueblo de Cofachiqui, donde la Señora quedó, hasta el primer valle de la provincia Xuala habria por el camino que estos Castellanos fueron cincuenta leguas, poco mas ó menos, toda tierra llana y apacible, con rios pequeños que por ella corrian, con distancia de tres ó quatro leguas de tierra entre unos y otros. Las sierras que vieron fueron pocas, y esas con mucha yerba para ganados, y faciles de andar por ellas á pie ó á caballo. En comun todas las cincuenta leguas, así de lo que hallaron poblado y cultivado, como lo que estaba inculto y por labrar, eran de buena tierra.

Todo lo que se anduvo desde la provincia de Apalache hasta la de Xaula, donde tenemos al Gobernador y á su exército, que fueron, sino las he contado mal, cincuenta y siete jornadas de camino; fue casi el viage al nordeste, y muchos dias al norte. El rio caudaloso que pasaba por Cofachiqui, decian los hombres marineros que entre estos Españoles iban, que era el que en la costa llamaban de Santa Elena, no porque lo supiesen de cierto, sino que segun su viage les parecia que era él. Esta duda y otras muchas que nuestra historia calla, se aclararán quando Dios nuestro Señor sea servido que aquel reyno se gane para aumento de su Santa Fé Católica.

A las cincuenta y siete jornadas que estos Españoles anduvieron de Apalache á Xuala, echamos á una con otra quatro leguas y media,

que unas fueron de mas y otras de menos, y conforme á esta cuenta han caminado hasta Xuala doscientas y sesenta leguas pocas menos: y de la baía del Espíritu Santo hasta Apalache diximos habia andado ciento y cincuenta leguas, de manera, que son por todas quatrocientas leguas pocas menos.

En los pueblos de la jurisdiccion y vasallage de Cofachiqui por do pasaron nuestros Españoles, hallaron muchos Indios naturales de otras provincias hechos esclavos, á los quales, para tenerlos seguros y que no se huyesen, les deszocaban un pie, cortándoles los nervios por cima del empeyne donde se junta el pie con la pierna, ó se los cortaban por cima del calcañar, y con estas prisiones, perpetuas é inhumanas los tenian metidos la tierra adentro, alejados de sus términos, y servianse de ellos para labrar las tierras, y

hacer otros oficios serviles. Estos eran los que prendian con las asechanzas que en las pesquerias y cacerias unos á otros se hacian, y no en guerra descubierta de poder á poder con exércitos formados.

Atras diximos como el capitan y contador Juan de Añasco fue dos veces por la madre de la señora de Cofachiqui, y no diximos la causa principal porque se hizo tanta instancia y diligencia por ella: y fue, porque los Españoles habian sabido que la viuda tenia consigo seis, ó siete cargas de perlas gruesas por horadar, y que por no estar horadadas eran mejores que todas las que habian visto en los entierros, las quales por haber sido horadadas, con agujas de cobre calentadas al fuego, habian cobrado algun tanto de humo, y perdido mucha parte de la fineza y resplandor que de suyo tenian: querian, pues, los nues-

tres ver si eran tan grandes, y tan buenas como los Indios se las habian encarecido.

CAPITULO XLV.

Algunas grandezas de ánimo de la señora de Cofachiqui.

En el pueblo y provincia de Xuala, la qual aunque era provincia de por sí apartada de la de Cofachiqui, era de la misma señora, descansó el Gobernador con su exército quince dias, porque en el pueblo y su término hallaron mucha zara, y todas las demas semillas y legumbres que hemos dicho habia en la Florida. Tuvieron necesidad de parar todo este largo tiempo, por regalar y reformar los caballos, los quales, por la poca comida de maiz que en la provincia de Cofachiqui habian tenido, estaban flacos y debilitados: y aun de esta causa se entendió que

hubiesen desmayado los tres caballos, de que atras hicimos mencion, aunque entonces por facilitar el mal para aplacar los amotinados se dixo que habia sido torozon.

Este pueblo estaba asentado á la falda de una sierra, ribera de un rio, que aunque no muy grande, corria con mucha furia, hasta el qual llegaba el término de Cofachiqui. En el pueblo Xuala sirvieron y regalaron mucho al Gobernador y á todo su exército, que como era del señorio de la señora de Cofachiqui, y ella lo habia enviado á mandar, hacian los Indios todas las demostraciones que podian, así por obedecer á su Señora, como por agradar á los Españoles.

Pasados los quince dias, ya que los caballos estaban reformados, salieron de Xuala, y el primer dia caminaron por las tierras de labor y sementeras que tenia, que eran mu-

chas y buenas. Otros cinco dias caminaron por una sierra no habitada de gente, empero tierra muy apacible: tenia mucha cantidad de robles, algunos morales y mucho pasto para ganado: habia quebradas y arroyos, aunque de poca agua muy corrientes: tenia valles muy frescos y deleytosos. Tenia esta sierra, por donde la pasaron veinte leguas de travesia.

Volviendo á la señora de Cofachiqui, que aun no hemos salido de su señorío, porque es justo que sus generosidades queden escritas decimos, que no contenta con haber servido y regalado en su casa y córte al General, y á sus capitanes y soldados, ni satisfecha con haberles proveido el bastimento que para él camino hubieran menester, con estar su tierra tan necesitada como lo estaba, ni con darles Indios de carga que les sirviesen por todas las cincuenta leguas que hay hasta la

provincia de Xuala; mandó á sus vasallos que de Xuala, donde habia mucha comida, llevasen sin tasa alguna toda la que los Españoles pidiesen para las veinte leguas de despoblado que habian de pasar antes de Guaxule, y que les diesen Indios de servicio, y todo buen recaudo como á su propia persona. Juntamente con esto proveyó, que con el General fuesen quatro Indios principales que llevasen cuidado de gobernar y dar órden á los de servicio para que los Españoles fuesen mas regalados en su camino, toda la qual prevencion hizo para sus provincias.

Pues ahora es de saber, que tampoco se descuidó de las agenas; con deseo que en todas hubiese el mismo recaudo, para lo qual mandó á los quatro Indios principales, que habiendo entrado en la provincia de Guaxule, que por aquella via con-

finaba con la suya, se adelantàsen, y como Embaxadores suyos encargasen al curaca de Guaxule sirviese al Gobernador y á todo su exército como ella lo habia hecho: donde no lo amenazasen con guerra á fuego y sangre, de la qual embaxada el General estaba ignorante, hasta que los quatro Indios principales, habiendo pasado el despoblado, le pidieron licencia para adelantarse á la hacer. Lo qual sabido por el Gobernador y sus Capitanes, les causó admiracion y nuevo agradecimiento ver que aquella señora India no se hubiese contentado con el servicio y regalo que con tanto amor y voluntad en su casa y tierra les habia hecho, sino que tambien hubiese prevenido las armas; de donde vinieron á entender mas al descubierto el ánimo y deseo que siempre esta Señora tuvo de servir al Gobernador y á sns Castellanos; porque es así,

que aunque hacia todo lo que podia por agradarles, y ellos lo veian, siempre decia al General, la perdonase no poder lo que deseaba poder en su servicio, de que en efecto se congojaba y entristecia de tal manera, que era menester que los mismos Españoles la consolasen. Con estas grandezas de ánimo generoso, y otras que con sus vasallos usaba, segun ellos las apregonaban, se mostraba muger verdaderamente digna de los estados que tenia, y de otros mayores, é indigna de que quedase en su infidelidad. Los Castellanos no la convidaron con el bautismo, porque, como ya se ha dicho, llevaban determinado de predicar la Fé despues de haber poblado y hecho asiento en aquella tierra, que andando como andaban de camino, de unas provincias á otras sin parar, mal se podia predicar.

FIN DEL TOMO II.

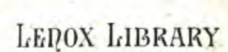
INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Pág.

FIN.


LENOX LIBRARY


AUCTOR PRETIOSA FACIT


Digitized by Google

